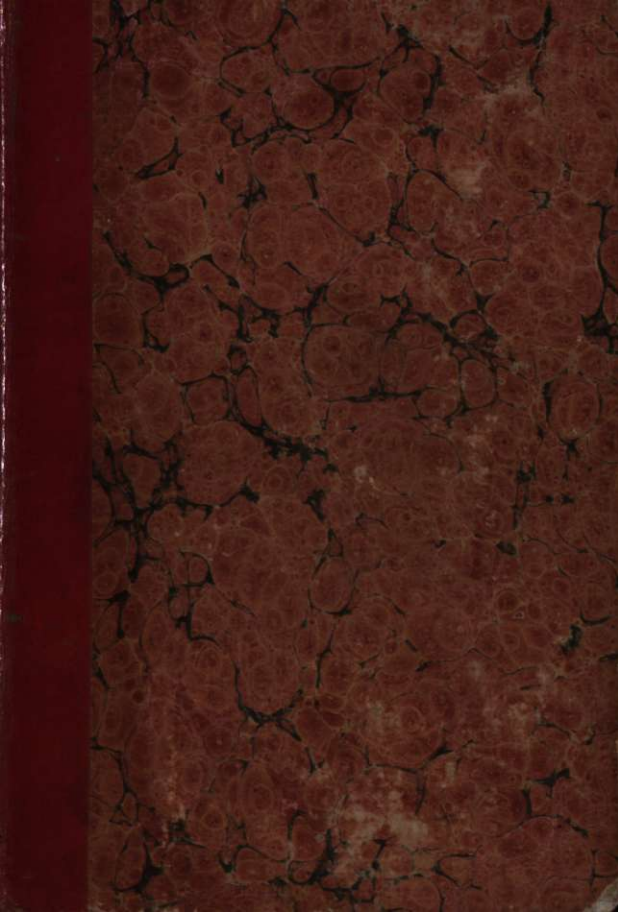
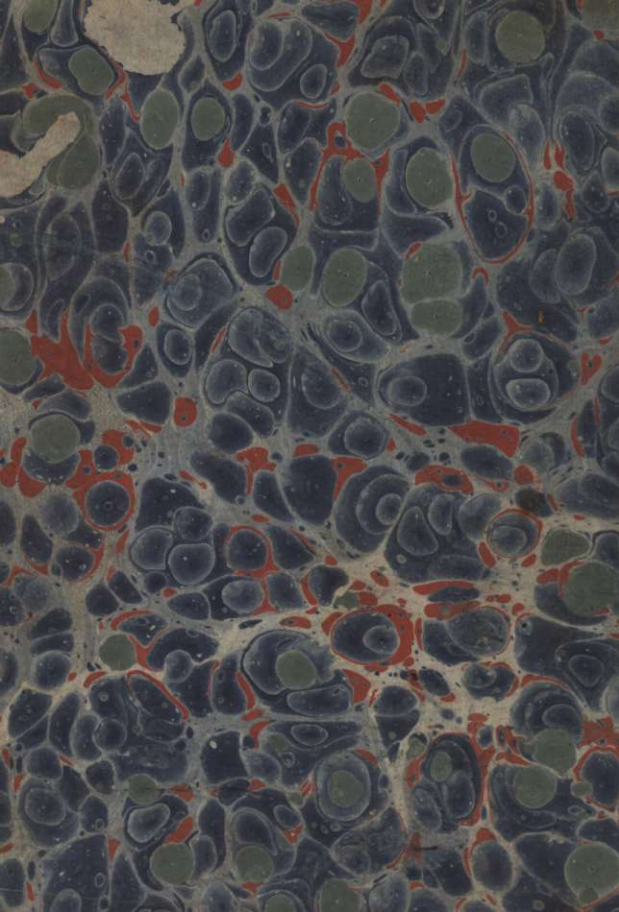
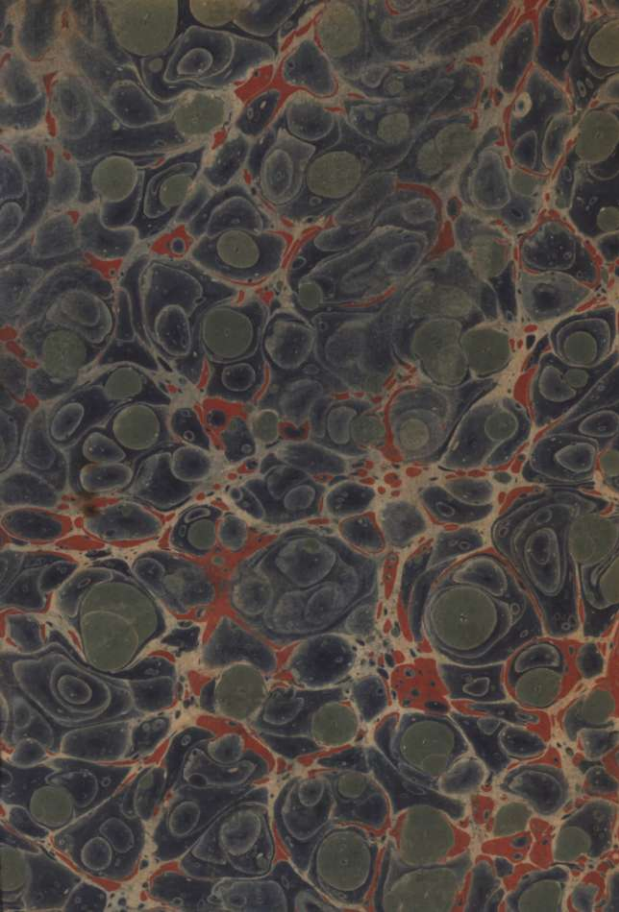








ANT
XIX
251

EMBUER

EMBUER

EMBUER

DOÑA MERCEDES DE CASTILLA,

O

EL VIAGE A CATAY.

DE PEDRO J. O'NEILL

TOMO II.

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MADRID

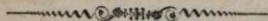
1854

En venta en la librería de...

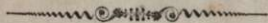
BOYA MERCEDES DE CASTILLA

O

EL VIAGE A CUBA



Imprenta de la REVISTA MEDICA, plaza
de la Constitucion, número 11.



**DOÑA MERCEDES
DE CASTILLA.**

O

EL VIAGE A CATAY.

NOVELA ESCRITA EN INGLES POR EL CELEBRE

INGENIO AMERICANO

J. FENIMORE COOPER.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. Pedro A. O'Crowley.

TOMO II.

Brindo esta copa á una muger, modelo
Del sexo amable, cuya forma pura
Siendo de astros benéficos hechura,
Mas que á la tierra pertenece al cielo.

PINKNEY.

Cádiz: 1842.



DOÑA MARGARITA

DE CASTELLANO

O

EL VIAJE A CATALUÑA

NOVELA HISTÓRICA EN INGLES POR EL SEÑOR

INGENIERO AMERICANO

J. F. KENNEDY, COPIST.

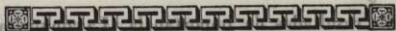
TRADUCIDA AL CASTELLANO

Esta obra es propiedad de su editor,
quien perseguirá ante la ley al que la
reimprima.

TOMO II.

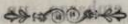
Impreso en Nueva York por el
Señor J. F. Kennedy, en el
Número 10 de la Calle de
Washington, en la
Ciudad de Nueva York.

Edición: 1843.



DOÑA MERCEDES

DE CASTILLA.



TOMO II.

CAPITULO I.

La voz del canto mora en tus oteros,
Oh madre España! y los recuerdos gratos
De tus dulces y tristes melodías,
Que mis sueños pueriles arrullaron,
Sacuden hoy con pena estreñeciente
El corazón del pobre desterrado!

EL SANTUARIO DE LA SELVA.

DESDE el momento que Isabela empenó su Real palabra á fin de patronizar á Colon en su grandioso proyecto, cesaron todas las dudas razonables acerca de la salida de la expedicion, aunque contadas eran las personas que anticipasen de

ella resultados de importancia. La conquista del reino de Granada parecía á la verdad en aquel momento, de tan superior ventaja á todas las consecuencias probables de esta empresa novel, que á la última absorbía completamente el interés relacionado con la primera.

Existía, sin embargo, un corazon juvenil y generoso, cuyas esperanzas todas se hallaban concentradas en el próspero éxito de aquel viage. Apenas es necesario añadir que aludimos al de Mercedes de Valverde. Esta doncella castellana habia vigilado el desarrollo sucesivo de los acontecimientos, con aquella intensidad de esperanza que solo tal vez á las almas juveniles, fervorosas, inespertas, é incorruptas les es dado sentir; y ahora que todos sus anhelos estaban en víspera de realizarse, un gozo noble y tierno se difundió sobre su completo sistema moral, á tal punto que hacia su dicha actualmente de todas veras deleitosa. Aunque amaba con tanta sinceridad y con todo el celo femenino, la naturaleza habia dotado su corazon ardoroso de un talento sagaz y penetrante, que cuando le avi-

vaban los sentimientos que tan dispuestos se hallan á concentrar todas las energías del sexo hermoso, manifestábanle la justeza de la desconfianza que así la reina como su tutora habian acogido, y justificaban plenamente la indecision de estas á sus ojos, los que podria decirse estaban mas bien hechizados que ciegos con el ascendiente de la pasion que la dominaba. Conocia Mercedes asaz bien lo que se debia á su fama virginal, á sus grandes esperanzas, á su elevada posicion junto á la persona de Isabela, y á su inmediata confianza, para admitir por un instante la idea de disponer indignamente de su mano; y mientras diferia, con la altivez y discrecion propias de su alta cuna y del decoro mugeril, á cuanto la reputacion y la prudencia tenian derecho de exigir de una noble doncella, confiaba implicitamente en que su amante conseguiria justificar su eleccion, con toda la ilimitada seguridad de una muger. Habiala enseñado su tia á creer que el viage de Colon iba á conducir á sucesos vastisimos, y su entusiasmo religioso así como el de la reina la impelian á esperar tuviese éxito la mayor parte de lo que tan ferviente esperaba.

En tanto que sabian los que se hallaban cerca de la persona de Isabel que las condiciones pactadas entre los soberanos y el navegante estaban estendiéndose por escrito y recibiendo las necesarias formalidades, D. Luis de Bodadilla ni pretendia una entrevista con su amada, ni se veia favorecido accidentalmente con gracia semejante; no apenas, empero, se divulgó, que, poseedor de todos los documentos necesarios, habia dejado Colon la corte para dirigirse al punto destinado para su embarque, cuando el jóven, sin reparo ninguno, acudió á la generosidad de su tia, suplicándola patrocinase sus pretensiones, ahora que se hallaba en visperas de ausentarse de España para acometer una aventura, que la mayor parte de los hombres consideraban como un acto de desespero. Todo lo que pedia era la aseguranza de que asi su dama como sus parientes y amigos le recibirian con aprecio, toda vez que regresara triunfante.

—Veo que has tomado una leccion de ese nuevo amigo tuyo, contestóle la animosa y benigna Doña Beatriz sonriéndose, y que á la fuerza exiges tambien tus condiciones.

Pero sábetelo, Luis, que Mercedes de Valverde no es la hija de un humilde labriego para que se la aprecie con liviandad; sino que descende de la sangre mas noble de España; pues su madre era Guzman, y cuéntanse entre sus relacionados un sin número de Mendozas. Además, es una de las herederas mas ricas de Castilla, y bajo tales circunstancias mal visto seria que su tutora olvidase su vigilancia hasta el punto de prestar oído á las pretensiones de uno de los caballeros andantes de la cristiandad, solo porque este fuera hijo de su propio y bien amado hermano.

—Y aun concediendo señora, á Doña Mercedes todas esas preeminencias—y eso que nada habeis dicho de las prendas mas altas que tan superior la hacen... de su corazon, de su hermosura, de su veracidad y de sus mil virtudes... y aun cuando sea todo lo que decís ¿será acaso un Bobadilla indigno de ella?

—Como! aun cuando ella sea cuanto tu mismo dices tambien Luis... objeto codiciable á causa de su corazon, de su veracidad, de sus mil virtudes, paréceme que un catálogo mas cercenado de dotes pudiera con-

tentar á un vagamundo, por recelo de que algunas de ellas no se le perdiesen en sus muchas romerías.

Rióse Luis, en despecho de sí mismo, al advertir la afectada seriedad con que le hablaba su tia; y reprimiendo con feliz esfuerzo el leve disgusto que despertaba en su interior tal lenguaje, contestóle en términos que no desacreditasen el buen concepto que la jovialidad de su carácter le habia adquirido.

—No puedo llamaros Hija—Marquesa, á imitacion de Doña Isabel, respondió el mancebo con una sonrisa tan halagadora, cual habia acostumbrado á usar el difunto hermano de Doña Beatriz siempre que procurara alcanzar de ella algun favor, derritiéndola con sus zalamerías; lo que hizo se estremeciera buenamente la cariñosa dama—pero con mayor verdad puedo deciros tia—marquesa... y una tia á quien amo entrañablemente por cierto... quisiera ahora preguntaros porqué razon visitais tan severa mis indiscreciones juveniles? Yo esperaba que decidido el viage de Colon se hubiese olvidado todo en el noble proyecto que á la vista tenemos tan de consuno.

—Luis, contestó la tía, mirando á su sobri-
no con la severa resolucion que tan frecuente
se exhibia en todos sus actos, asi como tam-
bien en sus palabras y aspecto, ¿crees que
el alarde de un poco de valor, será suficien-
te para gauar á Mercedes, para adormecer la
vigilancia de sus amigos, para adquirir la
aprobacion de su tutora? Has de saber, ra-
paz harto confiado, que Mercedes de Guzman
fué la compañera de mis dias infantiles; y
despues de su Alteza, mi amiga mas afecta
y cara; que depositó en mi lealtad toda su
confianza á fin de que hiciese plena justicia
al bien estar de la huérfana que en este mun-
do dejaba. Padeció una muerte lenta, y tu-
vimos lugar de discutir entre nosotras acer-
ca de la futura suerte de su hija querida.
Jamás cupo en nuestra idea que la niña lle-
gase á ser esposa sino de un noble cristiano;
pero hay caractéres tan diversos, solapados ba-
jo tan digna profesion, que las meras este-
rioridades no nos engañaban. Creo en mi áni-
ma que la pobre muger tenia mas presente las
fortunas mundanas de la huérfana desvalida,
que aun sus propios pecados, y que con

mayor frecuencia oraba para alcanzar de Dios el afianzamiento de las primeras que el perdón de los últimos. Poco sabes, Luis, la fuerza que manda el amor de una madre, ni puedes comprender todas las agonias que laceran el corazón, cuando se vé precisada una madre á dejar una tierna flor como Mercedes, abandonada al frío nutrimento de un mundo insensible y egoísta.

—Fácil me es imaginar que el alma de mi propia madre se amoldára para el cielo, sin las acostumbradas recomendaciones de preces y de misas, Doña Beatriz; ¿mas será posible que las tías no profesen á sus sobrinos alguna parte de aquel afecto, que encarece tanto el amor de las madres hácia sus hijos?

—También ese lazo es estrecho y fuerte, noble doncel, y sin embargo desigual al otro; además que no estás tú en el caso de una tierna niña, de corazón sensible, sincero, y fervoroso, lleno de la confianza de su propia pureza y rebozado con aquellos afectos que en su madurez hacen á las madres lo que son.

—Por Santiago! ¿y no soy yo cabalmente el jóven que puede hacer feliz á una criatura

semejante? Tambien yo soy sensible, y pardiez harto sensible para el provecho de mi propia paz, y tambien soy sincero, como puede verse por mi constancia á este mi primer amor, cuando fácil me era haber tenido mas de cincuenta; y si no rebozo exactamente con la confianza de pureza, poseo la de juventud, fuerza, salud y valor, que son igualmente útiles para un caballero; al paso que me sobra abundancia de aquel afecto que constituye á los buenos padres de familia. Estas, Doña Beatriz, son todas las cualidades que razonablemente pueden exigirse de un hombre.

—Segun eso, rodavalles, te consideras por todos títulos un digno esposo para Mercedes de Valverde?

—Poco á poco, señora tia, que teneis un modo muy brusco de determinar las cuestiones. ¿Quien hay, ó puede haber que sea exactamente digno de tal conjunto de perfecciones? Tal vez no sea yo del todo *merecedor* de ella, pero tampoco me contemplo en todas luces su *desmerecedor*. Soy casi tan noble como mi dama, poseo una hacienda tan pingüe como la suya, estoy en edad adecuada; tengo

las demas dotes que honran á un caballero y mas apegado amor á ella que á mi propia alma. Creo que esta última cualidad no es un grano de anís, pues el que ama con tanto fervor no dejará de esmerarse en hacer dichoso al objeto de sus afanes.

—Eres un muchacho inesperto y necio, dotado de un corazón excelente, de un carácter feliz y desinteresado, y de una cabeza formada para contener ideas mas cuerdas que las que por lo comun en ella se abrigan, exclamó la tía, cediendo á un impulso de afecto natural, aun mientras fruncia las cejas al escuchar las locuras de su sobrino.

—Oyeme, empero, y por una vez piensa con gravedad, y reflexiona sobre lo que te digo. Ya te he hablado acerca de la madre de Mercedes, te he referido las dudas que asediaron su lecho de muerte, contado te he sus ansiedades y su confianza en mí. Su Alteza y yo estábamos á solas con ella, la mañana de aquel día que su espíritu tomó vuelo para la bienaventuranza; y entónces la moribunda hizo efusion de sus sentimientos en tal guisa que nos dejó á entrambas una impresion que ja-

mas podrá borrarésenos, mientras algo quede que hacer en obsequio de la felicidad de su hija. Has creído que la reina te trataba con despeto. Quizás, en tus discursos poco meditados, te habrás atrevido á motejar á su Alteza de haber llevado su celo en pró del bien estar de una súbdita mas allá del límite impuesto á los derechos de una soberana...

—Despacio, Doña Beatriz, interrumpiéndole presuroso el mancebo, en esto me haceis gran injusticia. Podré haber sentido... sin duda he sentido agudamente las consecuencias de la desconfianza de Doña Isabel respecto á mi constancia; pero nunca un pensamiento mio se le ha rebelado hasta el punto de haber presumido dudar de su derecho en cuanto á disponer de nuestros servicios, y de nuestras vidas tambien. Este es un privilegio anexo á su alta autoridad, y que todos acatar debemos; pero nosotros, que tan á fondo calamós el corazón de la reina y los motivos que la guían, tambien sabemos que nada hace por capricho ni por deseo de mandar, al paso que mucho efectúa impelida del afecto de madre que profesa á su pueblo.

Al decir esto Don Luis con veraz mirada y facciones á las cuales prestaba animacion la sinceridad, era imposible no traslucir que sus dichos fuesen el eco de sus intenciones. Si considerasen los hombres las consecuencias que á veces resultan de sus palabras mas insignificantes, usarian en sus discursos menor ligereza, y el oficio de chismoso, tal vez el mas indecente en todo el catálogo de los destinos sociales, llegaria á abolirse por falta de ocupacion. Pocos se cuidaban menos, ó eran mas irresflexivos acerca de las resultas que pudieran acarrear lo que hablasen, que Luis de Bobadilla; y sin embargo esta improvisada aunque sincera réplica le hizo lado en el concepto de mas de una persona de las que ejercian una influencia material sobre sus fortunas. Aquel honrado encomio de la reina penetró directamente en el corazon de la marquesa de Moya, quien mas bien idolatraba que queria á su régia ama, pues la antigua y estrecha intimidad que entre ellas habia existido le diera un profundo conocimiento del carácter puro y casi santo de Isabela, y luego que repitió á esta las espresiones de

su sobrino, la bien establecida reputacion de veracidad que disfrutaba la marquesa hizo que fuesen creidas sin repugnancia. Por muy correctas que sean nuestras miras en general, uno de los medios mas seguros de interesar los sentimientos ajenos es la aseguanza de que se nos respeta y estima; al paso que de todos los mandatos divinos el mas dificil de obedecer es aquel que nos impera »amar á los que nos odian« Isabela, apesar de su alto destino y escelsas cualidades, era muger en toda la acepcion de la palabra; y cuando descubrió que á despecho de su propia frialdad para con Don Luis conservaba este una deferencia tan profunda hácia su carácter, y tal aprecio hácia sus sensaciones y motivos, cual su propia conciencia la susurraba que merecia tan justamente, sintióse mejor dispuesta á mirar con tolerancia los defectos peculiares del mancebo, y á achacarlos á un exceso de espíritus animales; lo que, bajo unos auspicios ménos favorables, hubiera podido atribuir á propensiones poco nobles.

Pero esto es anticipar en cierto modo los sucesos. La consecuencia inmediata del dis-

curso de Luis fué una espresion ménos severa en el rostro de su tia, y tornar á esta mas indulgente hácia su solicitud de que se le concediera una entrevista privada con Mercedes.

—Puede que en esto te haya yo hecho injusticia, Luis, repuso la de Moya, pues te supongo bien instruido en tus deberes para con su Alteza, y conocedor de aquel casi divino apego á la justicia que reina en su corazon, y se difunde desde alli por toda la Castilla. Nada has perdido en mi aprecio con exhibir de ese modo tu respeto y amor hácia la reina, porque es imposible acatar las virtudes que ensalzan al séxo femenino y no admirarlo en su mas escelsa representante.

—¿No lo demuestro, tia, en mi adhesion á vuestra pupila? ¿No es mi eleccion, hasta cierto punto una prenda de la verdad y justicia de mis sentimientos sobre esas materias?

—Ah! Luis de Bobadilla, no es difícil enseñar al corazon á inclinarse hácia la doncella mas noble y rica de España, cuando acontece que esta sea tambien la mas hermosa.

—¿Conque soy un hipócrita, marquesa? ¿Acusais al hijo de vuestro hermano de fingir lo

que no siente? ¿Le juzgais influido por una pasión tan baja como la del oro y de las haciendas?

—De las haciendas que esten en países estraños tal vez, muchacho irreflexivo;—no, empero, codicias tu las que existen en tu patria; contestóle riéndose Doña Beatriz. No, Luis, nadie que te conozca acusarte ha de hipocresía. Creemos en la verdad y ardor de tu afecto, y por esa causa misma desconfiamos de tu pasión.

—Como! ¿tienen mas cabida para con la reina los sentimientos ficticios que los reales? ¿placerla ha mas un amor mentido y espúreo que esta pasión en todos conceptos varonil, recta y honrada?

—Es cabalmente ese sentimiento honrado, recto y varonil, como tu le llamas, el que es mas á propósito para despertar las simpatías en el tierno pecho de una doncella. No hay iman que mas fiel pruebe la lealtad de las sensaciones morales, que el corazón cuando la cabeza no se halla esclava de la vanidad; y mientras mas verídica es una pasión, menos tarda en descubrirla el objeto de ella. Dos gotas de agua no se deslizan juntas mas naturalmente que dos corazones, sobrino mio, cuando existe entre

ellos una fuerte afinidad. Si tu no amaras de veras á Mercedes, te oiria yo reir y cantar en compañía de ella, siempre que lo permitiesen las circunstancias, y en cuanto fuera decoroso en ti, como mi próximo pariente y carísimo relacionado, y en ella compatible con la dignidad de virgen noble, y vuestra festiva satisfaccion ni por un instante me desazonaria.

—Y mucho que soy vuestro próximo pariente y carísimo relacionado, amada tia; y á pesar de eso, mayor trabajo me cuesta conseguir una vislumbre de vuestra pupila...

—La que está bajo la tutela especial de la reina.

—Bien, sea así: ¿y por qué razon á un Bobadilla se lo ha de prohibir aunque sea la princesa mas estirada de estos reinos?

Recurrió entonces Luis á todos los arbitrios de la persuasion, y aprovechándose de la pequeña ventaja que habia conseguido, á fuerza de adular y zalamear á Doña Beatriz, obtuvo su promesa de solicitar de la complaciente Isabel la concesion de una entrevista privada con Mercedes. Y á la reina pertene-

cia otorgar la venia, pues que Isabela, desconfiando del influjo que la sangre pudiera ejercer, habia precavido á la marquesa sobre este punto; y ambas habian quedado acordadas en reconocer que seria prudente dejar que los dos jóvenes se viesen lo menos posible. Al solicitar el permiso fué cuando la tia refirió en sustancia la conversacion que acabamos de dar, é hizo mencion á su regia señora de los sentimientos de su sobrino respecto á ella. El efecto de semejante informe fué necesariamente favorable á las miras del doncel, y unos de sus primeros frutos la licencia deseada para que tuviese lugar la entrevista.

—Ellos no son soberanos: observó la reina con una sonrisa que bien conoció la favorita tenia mucho de melancólica, al paso que no alcanzaba á penetrar, si procedia de una sensacion de verdadera tristura, ó era resultado de aquel retrospecto del alma sobre ciertas emociones que bien sabe es imposible despertar otra vez—ellos no son soberanos, hija marquesa, para que se les obligue á amartelarse por poderes, ni á casarse como

personas desconocidas. Tal vez será prudencia impedir que su trato se haga demasiado frecuente, pero mas que cruel seria negar al jóven, ahora que está próximo á ausentarse para tomar parte en una empresa de éxito tan dudoso, una oportunidad de declarar su pasion y hacer protestaciones de constancia. Si en verdad tiene tu pupila algun afecto hacia él, la memoria de esta entrevista solazará muchas penosas horas mientras esté ausente Don Luis.

—Y añadirá cebo á la llama; contestó la marquesa con sequedad.

—No podemos saber eso, Beatriz; pues el corazon amoldado por la mano del Altísimo para que reciba la blanda impresion de sus deberes religiosos, puede, merced al mismo agente divino, templarse hasta el término de resistirse á la indulgencia de sensaciones mas mundanas. Jamás olvidará Mercedes sus incumbencias, al paso que la fantasia alimentándose de si misma, no seria cuerdo quizás dejar tan completamente á sus propias ilusiones una imaginacion tan entusiasta como la de nuestra jóven pupila. Las realidades son

á veces menos azarosas que las creaciones de la fantasía. Tampoco tu sobrino podrá perder mucho con esta concesión, pues conservando siempre en su recuerdo el objeto que ahora parece perseguir con tanto afán, se esmerará con mayor ahínco para merecerlo.

—Mucho temo, señora, que las conclusiones mejor deducidas sean poco válidas en un asunto que respeta á la irrefrenable fogosidad de los afectos.

—Tal vez no, Beatriz y sin embargo no veo una razón porqué rehusar debamos esta entrevista ahora que Don Luis se halla tan próximo á ausentarse. Dile que le otorgo lo que desea, é insinúale al mismo tiempo tenga presente que no es lícito á un Grande dejar á Castilla sin haberse presentado á su soberana.

—Recelo, Señora, contestó riéndose la Marquesa, que Don Luis considerará este último mandato, por muy bondadoso y honorífico que sea de hecho, como una fuerte reprehension, pues que mas de una vez lo ha verificado sin presentarse ni aun á su propia tía.

—En esas ocasiones sus viajes no tuvie-

ron otro objeto que el de un irreflexivo capricho; pero ahora se le vé empeñado en una empresa noble y honrosa, y le haremos conocer que todos están á cabo de la diferencia.

En seguida tomó la conversacion otro giro, pues quedó resuelto que habria de accederse á la solicitud del jóven. En la ocasion presente se habia separado Isabela de una ley, que estableciera para su propio gobierno, bajo el influjo de sus sentimientos mugeriles, los cuales con frecuencia la hacian olvidarse de que era soberana, cuando no existian unos deberes demasiado graves para obligarle á mantener el recuerdo de la alta dignidad que la condecoraba; porque difícil hubiera sido decidir bajo que aspecto aquella purisima y escelente muger merecia con preferencia la estimacion del género humano, si por su escelso caracter como reina justiciera y concienzuda, ó como hembra incomparable en virtudes cuando obraba directamente segun los impulsos mas blandos de su sexo. Respecto á su amiga, era esta mas tenaz que la reina tal vez en el cumplimiento de las que consideraba sus obligaciones para con

su pupila; pues que siendo mayor su responsabilidad, se veía espuesta á la sospecha de que obraba con la mira de acrecentar la opulencia y fortalecer las conexiones de su propia familia. Sin embargo, los deseos de Isabel eran leyes para la marquesa de Moya, quien buscó la primera oportunidad para avisar á su pupila de que habia determinado permitir á D. Luis ofreciese personalmente sus respetos á su dama, antes de partir de la corte para acometer una empresa tan llena de misterios como de peligros.

Recibió nuestra heroína esta nueva con las mezcladas sensaciones de zozobra, deleite, desconfianza y júbilo, que tan propensas estan á sacudir el corazon de la muger, en la flor de sus afectos, cuando se le sujeta una vez á la pasion dominante. Nunca habia creído posible la tierna doncella que D. Luis se ausentara en espedicion semejante, sin procurar verse con ella á solas; pero ahora que se hallaba segura de haber otorgado su admision tanto la reina como su tutora, casi casi penábala semejante condescendencia. Estas emociones contradictorias, sin

embargo, pronto se arrullaron en la tierna melancolía que gradualmente fué posándose en torno de sus maneras, al acercarse la hora de la despedida. Ni eran mas consistentes sus sensaciones respecto al anheloso alistamiento de Luis en la expedición. A veces gloriábase la noble virgen en la resolución de su amante, y en el desinteresado sacrificio que hacia para la gloria y engrandecimiento de la iglesia, acordándose orgullosa que de toda la alta nobleza de Castilla, tan solo él aventuraba con el piloto extranjero su vida y reputación; mas luego, otra vez, asaltábanla dudas agonizadoras al recelar que la pasión de las aventuras y el deseo de visitar tierras lejanas se rebullía en su corazón á par que su amor hacia ella. Pero esto nada tenia de extraño. Mientras mas puros é ingenuos son los sentimientos de aquellos que se someten verdaderamente á la influencia de esta pasión, mas sensibles se les vé á las desconfianzas, y mas espuestos á los celos atormentadores de sí mismos.

Decidida ya, condujose Doña Beatriz con toda franqueza respecto á los jóvenes aman-

tes. Luego que D. Luis fué admitido á su propia presencia, la mañana señalada, le dijo ella que le esperaba Mercedes á quien veria en la sala donde acostumbraba recibir las visitas. Tomando entonces el mancebo suficiente tiempo apenas para besar la mano de su tia, y hacer las otras demostraciones de respeto, que las costumbres de aquella época exigian de la gente moza para con las personas de mayor edad, mas especialmente cuando existian entre ellas vínculos de sangre tan cercanos como los que unian á la Marquesa de Moya y al conde de Llera, desapareció presuroso el jóven, y no tardó en hallarse en la presencia de su dama. Como Mercedes estaba preparada para la entrevista, solo manifestó la sensacion que en aquel instante la agitaba, en virtud de carminársele el rostro con un rubor mas subido, y de resplandecerle con mas intenso lustre los ojos, que siempre eran brillantes, aunque algunas veces tan suaves y melancólicos.

—Luis! escapósele de los labios, y en seguida cual si la hubiese avergonzado la emocion que el tono de su voz manifestára,

retiró la doncella el pié que habia avanzado involuntariamente para recibirle, mientras empero continuaba tendida su mano hacia él en amistosa confianza.

—Mercedes! y retiróse la mano para poner término á los besos con que se la cubrían—Mas difícil de ver te has vuelto estos últimos dias que será descubrir el dicho Catay del piloto genovés; pues entre Doña Isabel y Doña Beatriz nunca fué paraíso mas estrictamente guardado por los ángeles tutelares, que vigilada es tu persona por tus protectoras.

—¿Y puede ser necesaria tan rígida custodia, Luis, cuando tu eres el único peligro que se recela?

—¿Juzgan acaso que habré de robarte, á fuer de damisela moruna puesta á las ancas de un caballero cristiano, y esconderte en la caravela de Colon, para que en amor y compañía naveguemos en busca del Gran Khan ó del Preste Juan de las Indias?

—Tal vez te crean á *tí* capaz de tal acto de locura, querido Luis, pero dudo que á *mí* puedan sospecharme.

—No: tu eres un verdadero modelo de prudencia en todas las materias que necesitan fueses sentimental para con tu amante.

—Luis! exclamó de nuevo la jóven, y esta vez se agolparon á sus ojos lágrimas involuntarias.

—Perdóname, Mercedes; querida, queridísima Mercedes; pero estas demoras y estas frias y crueles precauciones hacen que me olvide á mi mismo. ¿Soy por acaso algun menesteroso y desconocido aventurero, que de tal suerte me tratan, ó un noble hidalgo de Castilla?

—Te olvidas, Luis, de que las nobles doncellas castellanas no tienen costumbre de recibir á solas ni aun á los nobles caballeros castellanos, y á no haber sido por esta condescendencia de su Alteza, y por la bondad de mi tutora, quien acontece que sea tu propia tia, esta entrevista no hubiera tenido lugar.

—A solas! ¿y llamas á esto recibirme á solas, y lo decantas como un favor escesivo de parte de su Alteza, cuando ves que nos vigilan con los ojos, ya que no con los oídos?

Temo dar un poco mas de aliento á mi voz no sea que mis palabras interrompan las meditaciones de aquella venerable señora.

Al espresarse de ese modo Luis de Bobadilla miró al soslayo hacia la dueña de su dama, cuya persona estaba visible por la puerta entreabierta que caia á un aposento contiguo, donde la buena de la anciana estaba sentada leyendo con toda atencion unas devotas homilias.

—Aludes á mi pobre Pepita, contestó riéndose Mercedes; pues la presencia de la sirviente, á que se habia acostumbrado desde la infancia, no era mayor restriccion á sus propios inocentes pensamientos, [y sencillas palabras, que lo hubiera sido una reduccion de si misma, si cupiese en lo posible semejante cosa.

—Muchas han sido las protestas de la honrada anciana contra esta entrevista, la cual insiste ella en que es contraria á todos los usos de las damas nobles, y que, en su sentir, jamas hubiera otorgado mi bendita madre si aun viviese.

—Ay! la tal dueña tiene una cara que

haria enristrar la lanza contra ella á cuantos están dotados de mientes generosas. Cualquiera puede leer la envidia de tu juventud y belleza escrita en cada arruga de su rostro inamable.

—Entonces poco conoces tu á mi escelente Pepita para quien es ageno todo sentimiento envidioso, y que solo tiene una debilidad conocida; esa es, la de profesarme demasiado afecto, y una indulgencia que carece de límites.

—Ay! pues yo detesto á una dueña casi tanto como á un infiel.

—Señor, interpuso Pepita, cuyos vigilantes oídos, á pesar de su libro y de sus homilias, habian escuchado cuanto pasaba, temo que sea esa una opinion general entre los caballeros juveniles; pero tambien me aseguran que esa misma dueña, que es tan desagradable para el amador, suele con el tiempo tornarse en objeto asaz gracioso para el marido. Pero ya que mis facciones y arrugas os son tan repugnantes, que sin duda mucho os penan, cerrando esta puerta quedarán sin testigos intrusos tan desagradables es-

pectáculos, así como encerradas mi fastidiosa tos, y vuestras propias protestaciones amorosas, señor caballero.

—Dijose esto en mejor language que el usado comunmente por las mugeres de la clase á que pertenecía la dueña, y con una asabilidad tan inalterable, que ni agriarla pudieron las observaciones petulantes de Don Luis.

—No cerrarás la puerta, Pepita, gritó Mercedes, sonrojándose hasta los cabellos, y lanzándose de su silla para interponer su propia mano contra la verificación del acto. ¿Qué puede tener que decirme el conde de Llera que no te sea lícito escuchar?

—No, querida niña, el noble hidalgo vá á hablarte de amor.

—¿Y es á ti, cuyos labios vierten con tanta frecuencia el language del amor, á quien eso puede asustar? ¿Me has hablado tu misma de otra cosa, desde que me conoces y cuidas?

—Mal agüero es para vuestra pretension, señor, dijo Pepita sonriéndose, mientras suspendía el movimiento de la mano que iba á cerrar la puerta, si Doña Mercedes equipa-

ra vuestro afecto con el mio. Seguramente, hija, no supones que yo sea un jóven noble, campechano y galan, que viene á verter toda su alma á tus pies, y equivocas las sencillas frases de mi cariño con las que es probable fluyan de la melosa lengua de un Bobadilla, empeñado en conseguir la correspondencia de la doncella mas hermosa de España.

Sobrecogióse Mercedes, pues su corazon, aunque tan inocente como la pureza misma, le habia enseñado la diferencia entre el lenguaje de la nodriza y el del amante, aun cuando uno y otro espresaran el afecto mas vehementemente. Su mano soltó el asido marco de la puerta, y fué á colocarse con su lindisima compañera sobre el ruborizado rostro. Aprovechóse Pepita de esta ventaja, y dejó encerrados á los dos amantes. Una sonrisa de triunfo brilló en las hermosas facciones de Luis, quien, despues de haber obligado á su dama con blanda instancia á volver al asiento del cual se habia levantado para recibirla, dejóse caer sobre un escaño que estaba á sus pies, y colocando sus bien torneados miem-

bros en una graciosa actitud, y la mas apropiado para clavar los ojos en aquella preciosa cara, que á fuer de ídolo habia elevado á un puesto mas escelso, renovó de este modo su coloquio.

—Esa es el *non plus ultra* de las dueñas, exclamó el jóven; aunque bien pudiera yo haber adivinado que ninguna que perteneciese á la secta carrasqueña y cobibidora de entes semejantes, tendria cabida á tu lado. La tal Pepita es una alhaja, y puede considerarse como poseedora vitalicia de su actual destino, toda vez que, por la artimaña del Genovés, mi propia resolucion, y tu favor gentil, me esté reservada la dicha de ser tu esposo.

—Olvidas, Luis, contestó Mercedes temblando aun mientras se reia de su propio concepto, que si el marido aprecia á la dueña á quien no podia tolerar el amante, acontecer puede que el amante aprecie á la dueña que parezca insufrible al marido.

—*Peste!* estos son argumentos muy retorcidos, y mal adaptados á la filosofia monda y lironda de Luis de Bobadilla. Solo hay

una cosa que pueda, ó que en verdad pretendo saber, en materias de controversia, y la que estoy pronto á sostener delante de todos los doctores de Salamanca y á la faz de toda la caballeria de la cristiandad, inclusa la de los infieles; y esa es, que eres la mas hermosa, la mas dulce, la mejor, la mas virtuosa, y por todos títulos la mas hechicera virgen de España; y que ningun otro caballero viviente ha amado ni ama, honrado ni honra á su dama como yo á ti.

El language de la lisonja es siempre halagüeño á los oídos femeniles, y Mercedes, dando á las palabras del mancebo la impresion de sinceridad que sus maneras tan plenamente garantizaban, se olvidó de la dueña y de su corto episodio, en el deleite de escuchar una declaracion que tan grata era para sus afectos. Sin embargo, la esquivez propia de su sexo, y la fecha tan reciente de su mútua confianza, hizo que su respuesta fuese menos abierta de lo que pudiera haberlo sido.

—Dicho me han, contestó ella, que vosotros los jóvenes hidalgos, que anhelais oca-

siones de manifestar vuestra destreza y bizzarria con lanza y adarga, en lid y torneo, estais siempre haciendo protestaciones de este jaez en prò de esta ó de aquea damisela noble, á fin de provocar á otros á sostener la asercion contraria para hacer alarde de sus proezas como caballeros, y ganar alta nombradia como galanes.

—Eso proviene de lo mucho que estás encerrada en los gabinetes impenetrables de Doña Beatriz, no sea que algunos osados ojos españoles miren profanamente á tu hermosura. No estamos ahora, Mercedes, en el siglo de los caballeros andantes, ni en el de los trovadores, cuando hacian los hombres mil locuras á fin de parecer aun mas débiles de lo que la naturaleza los criara. En aquellos tiempos, vuestros caballeros *hablaban* florida-mente acerca del amor, pero en los actuales *sienten* mucho mas de lo que espresar les es dado. En fin, tus palabras tienen cierto gusto á la profunda moralidad de Pepita la dueña.

—Nada digas contra Pepita, Luis, quien mucho te ha favorecido hoy, pues de lo con-

trario tu lengua, y tus ojos tambien, se hallarian asaz cohibidos en su presencia. Ahora esa que tu llamas moralidad de la buena dueña es por cierto la moralidad de la escellentisima y nobilissima Doña Beatriz de Cabrera, Marquesa de Moya, quien, segun creo, es por su sangre una de las señoras de la casa de Bobadilla.

—Bien, bien, me atrevo á decir que no hay gran diferencia entre las lecciones de una duquesa y las de una dueña en la reclusion del gabinete, cuando se trata de guardar á una jóven como tú, bella, rica y virtuosa. Dicese que á vosotras vírgenes nobles os enseñan á mirarnos á nosotros galanes de la última volada, como á otros tantos endriagos, y que os predicán que el único medio para alcanzar un asiento en el paraíso es el de pensar perversamente de nosotros; y luego, cuando se ha tratado un casamiento conveniente, os alarman, pobrecillas, con la orden terminante de salir de vuestro escondrijo y desposaros con uno de esos mismos monstruos.

—¿Y así te han tratado por ventura? Parece que mucho se trabaja á fin de conse-

guir que los jóvenes de uno y otro sexo se miren con mútua desconfianza. Pero Luis, estas palabras son la ociosidad misma, y perdemos en ellas los momentos mas preciosos: momentos que no tornen quizas! ¿En que altura se halla el señor Colon de sus pretensiones y cuando piensa despedirse de la corte?

—Ya se ha ausentado de ella; pues habiendo conseguido de la reina cuanto solicitaba, ha dejado á Santa Fé, guarecido con la autoridad régia para su apoyo mas firme. Ahora bien, si alguna vez llegare á tus oídos el nombre de un tal Pedro de Muñoz, ó Pedro Gutierrez, desde la corte de Catay, sabrás á quien atribuir todas sus locuras.

Preferiria, Luis, que emprendieses este viage bajo tu propio nombre, á que lo hicieras con una apellidacion fingida. Raras veces son prudentes los incógnitos de esta clase, y cierto es que no acometes esta empresa—aquí la sangre parlera de Mercedes traslucióse en sus megillas mientras asi se espresaba—impelido de motivos que puedan acarrearle vergüenza.

—Es el deseo de mi tia; por mi parte colocariame tus divisas en mi yelmo, tu em-

blema sobre mi tarja, y haria que se divulgase cerca y léjos que Luis de Bobadilla, conde de Llera, iba en busca de la corte de Catay con intencion de desafiar á toda su caballeria á que presente una damisela tan bella y virtuosa como tú.

—No estamos en el siglo de los caballeros andantes, seor hidalgo, sino en el de la razon y verdad, contestó Mercedes riéndose, aunque cada sílaba que le probaba el sincero y pleno afecto del jóven noble iba directamente hasta su corazon, robusteciendo el dominio que tenia ya en él, y acrecentando la llama que interior ardia con añadirle el cebo mas adecuado al propósito—no estamos en el siglo de los caballeros andantes, Luis de Bobadilla, como tu mismo de afirmar acabas, sino en uno tan positivo que hasta el amador se torna escudriñante, y se halla tan dispuesto á descubrir las faltas de su dama como á notar sus perfecciones. Algo mejor espero de ti, que el saber que hayas cabalgado por las carreteras de Catay, provocando desafíos, y buscando gigantes, á fin de ensalzar mi fermosura, mientras instigabas á otros á

retarla, aunque solo fuera en contraresto de tus jactancias ociosas. Ah! Luis, ahora estás comprometido en una empresa verdaderamente nobilísima, en una que juntará tu nombre con el de los mas aplaudidos, y que formará el orgullo y el triunfo de tus dias venideros, cuando los ojos de entrambos se enturbien con la vejez y repasemos con anhelo nuestra vida pretérita en busca de algo que enorgullecernos pueda.

Grato fué sobremanera al jóven escuchar á su dama, en la inocencia de su corazon y en la plenitud de sus sentimientos, enlazando así su destino con el suyo; y luego que ella dejó de hablar, sin conocer cuanto podria deducirse indirectamente de sus palabras, prosiguió el mancebo prestando un atento oido, cual si se empenase en recoger aun tan halagüenos sonos, mucho despues que hubiesen espirado en su tímpano.

—¿Qué empresa puede ser mas noble, ni mas digna de despertar toda mi resolucion, que la de ganar tu mano? exclamó él despues de esta pausa; ese es mi solo objeto al seguir á Colon: si me apresto á participar de sus

vicisitudes es para desvanecer las objeciones de Doña Isabela, y antes le acompañaré hasta el cabo del mundo, que ver deshonrada tu eleccion. *Tu* eres mi gran Khan, adorada Mercedes, y tus sonrisas y tu afecto el único Catay que yo busco.

—No digas tal, querido Luis, pues que ignoras la nobleza de tu propia ánima, y la generosidad de tus propias intenciones. Ese de Colon es un proyecto estupendo, y á par que me regocijo de que haya tenido imaginacion para concebirlo y corazon para emprenderlo en persona propia, á causa de los beneficios que debe producir al Pagano, y del modo con que necesariamente debe redundar en gloria de Dios, temo sin embargo que no va poco en mi júbilo la idea de que tu nombre será para siempre asociado con esta hazaña grandiosa, y de que tus detractores quedarán avergonzados al ver con cuanta resolucion y cuanto espiritu habrá alcanzádose un fin tan maravilloso.

—No es eso mas que la verdad, Mercedes, toda vez que lleguemos á las Indias: pero si los santos nos abandonasen, y sufrie-

ra desconcierto nuestro designio, mucho recelo que hasta tu misma te avergonzarías de confesar el interés que ahora te tomas, al ver que volvía sin éxito un aventurero desgraciado, haciéndose por lo mismo un objeto de escarnio y de mofa en vez del digno portador de ese distintivo que con tanta confianza aguardar pretendes.

—Entonces, Luis de Bobadilla, no me conoces, no—repuso Mercedes con presteza, y acentos espresados con un tierno ahinco que le hizo subir á las mejillas la sangre, mientras se aumentaba el brillo de sus ojos hasta que emitieron un lustre que parecía casi sobrenatural—entonces, Luis de Bobadilla no me conoces; deseo que participes de la gloria de esa empresa, porque la calumnia y la censura no del todo han estado ociosas con tu juventud, y porque presiento que el favor de su Alteza ha de conseguirse mas fácilmente por ese medio; mas si piensas que yo creo necesario que poseyera el sobrino de mi tutora el espíritu adecuado para entrar en el proyecto de Colon, á fin de inclinar hácia él mis afectos, entonces ni entiendes los sen-

timientos que contigo me enlazan, ni tienes una justa idea de las horas de pesadumbre que por causa tuya he transcurrido.

—Queridísima, generosísima, nobilísima doncella! Soy indigno de tu veracidad, de tu sincera pureza, y de todos los sentimientos que me consagras! Arrójame de ti, una vez por todas á fin de que no vuelva yo á causarte un momento de pesar.

—No Luis; ese remedio seria mas penoso que la maladia, que te empeñes en curar. Si, mucho lo recelo; contestó la hermosa virgen, sonriéndose y ruborizándose al hablar, mientras clavaba en el jóven sus ojos elocuentes, de modo que dejaba traslucir un volúmen entero de ternezas.—Contigo habré de ser infelice ó dichosa, segun á la Providencia le plazca, pero sin ti... miserable de veras!

Tomó ahora el coloquio aquel giro inconexo á par que comprehensivo, que suele caracterizar la conversacion de aquellos que sienten tanto como raciocinan, é incluyó mayor número de intereses, de sentimientos y de sucesos que los limites de nuestra obra nos

permite recordar. Como de costumbre, vióse á Luis inconsistente, celoso, arrepentido, lleno de fervor y de protestaciones, ora presintiendo un millar de males, ora figurándose en su fantasía un paraíso terrenal: al paso que Mercedes, se mostraba entusiasta, generosa, apasionada, y sin embargo razonable sobremanera, templada y femenil, correspondiendo á los votos de su fogoso pretendiente con una ternura que parecía perder en su amor todas las demás consideraciones, y repeler con esquivéz virginal, y con la dignidad propia de su sexo, las rapsodias, siempre que estas se deslizaban hácia lo exagerado ó indiscreto.

Duró la entrevista una hora, y apenas es necesario añadir, que sendos juramentos de constancia, y votos de no casarse con otra persona fueron tomados y repetidos una y otra vez. Al tiempo de separarse, abrió Mercedes una cajita que contenia sus joyas, y sacando una de ellas la ofreció á su amante como prenda de la veracidad de sus promesas.

—No te daré un guante para que lo lleves

en el yelmo, cuando te presentes en los torneos, Luis; mas te endono este símbolo santo, á fin de que al mismo tiempo conserves en tu memoria el grandioso proyecto que á la vista tienes, y el recuerdo de una que aguardará el resultado con dudas y temores poco menos activos que los del mismo Colon. No necesitas de otro crucifijo para decir tus padre-nuestros, y estas piedras son záfiro, que bien sabes constituyen los emblemas de la fidelidad—virtud que fomentar debes en tu pecho respecto á tu eterna salud, y que no habrá de pesarme saber que conservas siempre viva en tu alma cuando pienses en la indigna dadora de semejante bagatela.

Dijose esto con acentos en parte melancólicos, y en parte livianos, porque Mercedes experimentaba, al despedirse de su amante, tan onerosa pesadumbre sobre su corazon, á la par que cierta esperanza promovida por el sentimiento á que sus palabras acababan de aludir, que la estimulaban á sonreírse jubilosa; mientras salian de sus labios aquellas espresiones seductoras con que las almas juveniles y puras suelen confesar sus emocio-

nes, cuando oprimen al corazón los pensamientos de ausencia y de peligros. Fué la dádiva una crucecita, engastada en las piedras preciosas ya mencionadas, y de alto valor intrínseco, á par que preciosa á causa de los motivos y del carácter de quien la regalaba.

—Has tenido muy presente en esto el cuidado de mi alma, Mercedes, dijo sonriéndose Don Luis, luego que hubo besado la rica cruz una y otra vez; y pareces resuelta á que, si el soberano de Catay se negase á convertirse á nuestra fé, nosotros no nos convirtamos á la suya. Mucho recelo que mi oferta aparezca á tus ojos frívola y valadi, comparada con tan magnífica dádiva.

—Un rizo de tus cabellos, Luis, es todo cuanto deseo. Bien sabes que no tengo necesidad de joyas.

—Si yo creyera que la vista de mi guedejada cabeza habria de darte el mas ligero placer, cabello por cabello se separaria de ella al instante, y yo me alejaria de las costas de España con una cholla tan pelada como la de un monge, ó sea como la de un



Agareno; pero tambien los Bobadillas tenemos nuestras alhajuelas, y adornarse con ellas habrá la esposa de un Bobadilla: este collar perteneció á mi madre, Mercedes; dicen que en otros tiempos fué propiedad de una reina, aunque nadie lo ha usado que tanto lo honrará como tú.

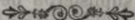
—Lo acepto, Luis, por ser tuya la dádiva, y rehusarla no estaria bien; sin embargo lo recibo con temblor, pues advierto en estos presentes señales inequívocas de nuestras diferentes naturalezas. Tu has elegido lo brillante y ostentoso, que con el tiempo llega á fatigar, y rara vez conduce á la dicha; mientras mi corazon mugeril me ha encaminado á la constancia. Recelo que alguna brillante beldad del Oriente sea mas adecuada para conseguir tu admiracion duradera, que una pobre doncella castellana, quien tiene por única recomendacion su fé y su cariño.

Siguiéronse fervorosas protestaciones de parte del mancebo, á quien Mercedes permitió un cariñoso y prolongado abrazo antes de separarse. Lloró ella sobre el seno de Don Luis, y en el instante preciso de la partida,

como siempre sucede á las mugeres, la naturaleza venció á los usos del mundo, y su alma toda manifestó su debilidad. Al fin arrancóse de sus brazos el jóven noble, y aquella misma noche tomó el camino de la costa, bajo un nombre fingido, y en humilde trage. Colon le habia precedido ya.



CAPITULO II.



Mas do está Haroldo! y olvidar podemos
Que hacia las ondas vago se encamina
Sin que su pecho abrumen las zozobras
Que a los demas mortales agonizan!
Pues no por el lamentase su amada
Con sollozo falaz; ni mano amiga
Tendese para darle ahi los postrero
Cuando el frio extraño pasa a agenos climas!

LORD BYRON.

No ha de suponer el lector que los ojos de la Europa estuviesen fijos en nuestros aventureros. La verdad y la mentira, compañeras inseparables en todos tiempos, segun parece, no se hallaban difundidas entónces por toda la faz del mundo merced á los periódicos, con diligencia mercenaria; y solo unos pocos predilectos lograban noticia precoz de las empresas

semejantes á aquella en que Colon se hallaba interesado. Asi es que Luis de Bobadilla se ausentó de la corte sin que se le notase, y los pocos que desde luego echaron de menos su presencia, ora le supusieron de visita en algunos de sus castillos, ora empleado en alguna nueva correria, de las que acostumbraba, y que se tenian por mengua de su nobleza y se juzgaban como indignas de su cuna. Respecto al Genovés mismo, apenas se hizo el mas leve caso de su desaparicion, aunque se susurraba entre los cortesanos, que Isabela habia entrado en ciertos compromisos con él; circunstancia que concedia al aventurero un rango mas alto y ventajas mayores de las que sus futuros servicios podrian jamás justificar, segun las conjeturas mas probables. Los demas empleados en la expedicion eran demasiado insignificantes para merecer noticia, y habian partido individualmente hácia la costa sin que el conocimiento de sus acciones se extendiese mucho mas allá del angosto círculo de sus propios amigos y relacionados. Tampoco esta expedicion, tan osada en su designio como interesante en sus consecuencias, esta ya desti-

nada á darse á la vela desde uno de los puertos principales de España; sino que se habian espedido órdenes para que se suministrasen los medios adecuados en una ensenada de clase inferior, y la cual parecia poseer por única recomendacion para este servicio extraordinario un surtido de robustos marinos, y una posicion en las afueras del estrecho de Gibraltar, que infestaban á veces multitud de piratas procedentes de las costas de Africa. Sin embargo, dícese que la orden señalaba el lugar en cuestion, á causa de haber este incurrido en cierta pena legal, por cuyo motivo se le habia condenado á servir á la corona por espacio de un año con dos caravelas armadas en guerra. Parece que semejantes castigos formaban la política de una época en que las armadas estaban constituidas generalmente de buques embarcados en los puertos de mar, y en que por lo comun se tripulaban las escuadras con soldados de los tercios de tierra.

Palos de Moguer, lugar sentenciado á satisfacer este tributo por causa de alguna omision, era una villa de corta importancia

aun á fines del siglo décimo quinto; desde entónces acá ha ido cada vez á menos, hasta quedar reducido á una aldea insignificante de pescadores. Parecido á la mayor parte de los lugares que deben poco á la naturaleza, su poblacion era robusta, y emprendedora hasta el punto que á la empresa ponía límites la ignorancia en aquella época. No poseía carracas suntuosas, pues que su trajin peculiar y su falta de opulencia confinaba todos sus esfuerzos á la navegacion de la ligera caravela y de la aun mas diminutiva saluca. Y en verdad, todos los arbitrios que Colon habia logrado conseguir de las dos coronas, en virtud de sus prolongadas solicitudes, fueron una órden para el armamento de las dos caravelas antemencionadas, con la dotacion de oficiales y marineros que siempre componian las reales espediciones. Sin embargo, no deberá el lector inferir de este hecho que hubiese mezquindad de espíritu, ni falta de buena fé por parte de Isabela. Esto era debido en cierto punto á la exhausta condicion de su tesoro; consecuencia de sus recientes guerras con el Infiel, y tal vez en

mayor grado á la esperiencia y discrecion del gran navegante mismo, quien comprendia perfectamente que para los objetos de descubrimiento los buques de aquel porte serian mas útiles y seguros que otros de mayor cala.

Sobre un promontorio peñascoso, y distante una legua corta de la aldea de Palos, estaba sito el convento de la Rabida, tan célebre desde entonces por su hospitalidad á Colón. En la porteria de este edificio siete años antes, el piloto genovés, llevando de la mano á su tierno hijo, se presentára en solicitud de un poco de vianda para su niño hambriento y desmayado. (á) El hecho es

(á) En efecto, á la caída de una tarde eierto estrangero, humildemente vestido y acompañado de un párvulo, se paró á descansar delante de la puerta del espresado convento y solicitó del portero un pedacito de pan y un trago de agua para alentar á su fatigado hijo. Acertó á pasar por allí Fray Juan Perez, religioso de la misma casa, y reparando en la noble figura de Colón, pues era este el necesitado caminante, le hizo subir á su celda, é informado del objeto de su viage, acogió con entusiasmo sus teorías, se hizo cargo de su tierno niño, y proporcionó al navegante me-

harto conocido para necesitar repeticion, y nos contentaremos con añadir, que la larga residencia del navegante en el convento, y los buenos amigos que habia hallado entre los reverendos franciscanos que lo ocupaban, así como entre otros sugetos de las inmediaciones, fueron quizás poderosos motivos para influirle en dirigir la eleccion que hizo la corona de este punto particular. No solo habia circulado Colon sus opiniones entre los religiosos, sino entre las personas mas inteligentes de la vecindad, y los primeros prosélitos que obtuvo en España pertenecieron á esta aldea.

dios para trasladarse á Córdoba, donde estaba la corte á la sazón.

Apesar que Cooper se detiene poco sobre este hecho por demasiado sabido, no me parece ocioso especificarlo en este lugar, á causa del maravilloso antitesis que se deduce de esta ocurrencia: Colon, que venia á España para regalar á la corona nada menos que un mundo, se vió precisado á mendigar á los primeros pasos que dió en ella, un mendrugo de pan y una alcarraza de agua del portero de un pobre convento de frailes mendicantes!!!

¡Qué tema tan vasto de reflexiones para el filósofo!

N. del T.

Sin embargo de todas las circunstancias mencionadas, la orden de la corona para alistar las caravelas esparció la consternacion entre los marineros de Palos. En aquel siglo, creiase una maravillosa proeza hacer viages costanceros al Africa, y arrimarse al equador. Las noticias mas vagas, respecto á aquellas regiones desconocidas, existian entre el pueblo, y muchos llegaban hasta á creer que en virtud de seguir rumbo al sud seria posible abordar una parte de la tierra, donde la vida animal y vegetal hubiese de tener término por causa del calor intenso del sol. La revolucion de los planetas, el movimiento diurno del globo terráqueo y la causa de las mudanzas de las estaciones, eran á la sazón misterios profundos, hasta para los hombres sabios; ò si bien existian destellos de la verdad, eran cual los primeros albores de la mañana, que vacilantes y turbios anuncian la proximidad del dia. No es pues extraño que los sencillos é incultos marineros de Palos considerasen la orden de la corona como una sentencia de esterminio para cuantos estuviesen destinados á obedecerla. Creia-

se que el océano, tan luego como se traspasaran ciertos límites, sería como el firmamento, una especie de vacío en estado de caos; mientras la imaginación de los ignorantes evocara sendas corrientes y remolinos que se suponía condujeran á climas tórridos y á escenas horribles de destrucción. Muchos también juzgaban posible alcanzar los límites más remotos de la tierra, y deslizarse desde allí al vacío por medio de corrientes rápidas á par que imperceptibles.

Tal era el estado de las cosas á mediados del mes de julio. Todavía se hallaba Colón en el convento de la Rabida, siendo huésped de su constante y adherente amigo, fray Juan Pérez, cuando un hermano lego entró en la celda donde estaban ambos con el objeto de anunciarles que un forastero se había apeado en la portería y preguntaba con ahínco por el Sr. Cristóval Colón.

—¿Tiene aspecto de ser algún mensajero de la Corte? preguntó el navegante; pues desde el mal éxito que tuvo la misión de Juan de Peñalosa, aguardamos nuevas órdenes de su Alteza á fin de llevar á cabo sus magnánimas intenciones.

—No creo tal, señor, dijo el lego; los ginetes de la reyna vienen por lo comun en grave aprieto, con sus caballos hechos una espuma, y con aire afanoso y voces gritadoras, mientras este jóven cabalgador tiene un aire sumamente modesto, y monta una robusta mula andaluza.

—¿Te dijo su nombre, buen Sancho?

—Dijome dos, señor, nombrándose Pedro de Muñoz, ó Pero Gutierrez sin Don ninguno.

—Está muy bien, exclamó Colon, dirigiéndose á la puerta con alguna premura, aunque cohibiéndose al instante. Estoy esperando á ese mozo, y bien venido sea. Hazle entrar sin dilacion, amigo Sancho, y prescinde de toda ceremonia inútil.

—¿Algun conocido de la corte? observó el prior, haciendo indirectamente la pregunta.

—Un jóven, padre mio, dotado de tal espíritu, que va á arriesgar su vida y reputacion en prò de la gloria del Altísimo, y del adelanto de su santa iglesia, embarcándose en nuestra espedicion. Desciende de un linage respetable, y no carece de los dones de

la fortuna. A no haber sido por el cuidado de sus tutores, y la inhabilidad de sus pocos años, no nos hubiera hecho falta el oro para subvenir á nuestros apuros. Por lo demas, viene á aventurar su propia persona, si podemos denominar aventura á una expedicion que parece burlarse hasta de las órdenes mismas de sus Altezas.

Al concluir el navegante esta observacion, abrióse la puerta, y entrò en el aposento Don Luis de Bobadilla. El jóven Grande se habia despojado de los testimonios exteriores de su escelso rango, y presentábase ahora en la modesta guisa de un caminante, perteneciente á una clase mas á propósito para suministrar un recluta ordinario, que un sócio de la privilegiada alcurnia que al caballero decoraba. Saludando á Colon con respeto cordial y sincero, y al franciscano con humilde deferencia, advirtió aquel desde luego que este espíritu gallardo y desasosegado se habia inscrito en la empresa de todas veras, y con la firme resolucion de poner en práctica todos los medios que le pusiesen á cabo de desempeñar sus miras.

—Bien venido seas, honrado Pedro, díjole Colon, luego que Don Luis le hubo saludado; llegas á estas playas en el preciso momento en que tu presencia y apoyo pueden sernos en extremo útiles. La primera orden de sus Altezas, en cuya virtud debia yo haber conseguido los servicios de las dos caravelas, que son regalia del estado, ha sido desairada completamente; y un segundo mandato, facultándome á hacer presa de cualquiera nao, adecuada á nuestro objeto, ha tenido resultas casi iguales, no obstante que el señor de Peñalosa fué enviado directamente de la corte para hacer válida la resolución, bajo pena de cámara al puerto de Palos de pagar la dieta diaria de doscientos maravedies, hasta tener efecto la real orden. Estos imbéciles han evocado toda clase de errores con que asombrarse á si mismos y á sus convecinos, y ahora me encuentro tan distante de la consecucion de mis esperanzas, como lo estaba antes que este santo padre me hubiera dispensado su amistad, y la reina Doña Isabel su patrocinio. Fatigoso es, buen Pedro, consumir la vida en esperanzas frustradas, con tal ob-

jeto á la vista para estender el conocimiento de la verdad y ensanchar los limites de la iglesia.

—Soy portador de buenas noticias, señor almirante, respondió el jóven noble. Viajando para acá desde la villa de Moguer, júnteme en el camino con un tal Martin Alonso Pinzon, hombre de mar con quien he navegado anteriormente, y largo ha sido nuestro coloquio acerca de vuestra comision y dificultades. Dijome que era conocido vuestro, señor Colon, y á juzgar de sus dichos, opina favorablemente de la empresa.

—Verdad, verdad, amigo Pedro, y con frecuencia ha prestado oído á mis razones, á fuer de piloto discreto y hábil, cual sin duda le considero. ¿Pero has dicho que *tu* le conocias?

—Si, señor, si; hemos viajado juntos, hasta Chipre en una ocasion, y otra vez á la isla de los ingleses. En viages tan largos, suelen adquirir los hombres un justo conocimiento de su temple mútuo y reciproca disposicion; en verdad que juzgo favorablemente de una cosa y otra en este navegante Pinzon.

—Eres demasiado joven para aventurar un juicio respecto á un piloto, de los años y de la experiencia de Martin Alonso, interpuso el fraile, pues es un hombre muy acreditado en esta vecindad, y no poco opulento. Sin embargo, pláceme en el alma saber que se mantiene en la misma opinion que antes, respecto á este viage; pues, recientemente, sospeché que hasta él mismo habia comenzado á vacilar.

Don Luis habia hablado del hombre grande de la vecindad en términos que mas correspondian á un Bobadilla, que adecuaban á su fingido nombre de Pero Muñoz; pero una mirada de Colón le advirtió al instante olvidase su rango y tuviese presente el disfraz que adoptado habia.

—Eso es halagüeño, advirtió el navegante, y nos presta una perspectiva mas risueña de Catay. Creo que dijiste, que te hallabas caminando entre Moguer y Palos, cuando tuviste ese coloquio con nuestro conocido, el buen Martin Alonso Pinzon?

—Asi me hallaba en efecto, y él es quien me envia aqui en busca del almirante. Os

dió el tratamiento que debeis á la gracia de la reina, y no considero esta como una señal muy frívola de afecto, cuando la mayor parte de los otros vecinos de estos lugares con quienes conversado he, se encuentran dispuestos á apellidaros de un modo bien distinto.

—Nadie debe tomar parte en esta empresa, repuso el navegante con gravedad, cual si quisiese insinuar al mancebo que ahora tenia proporcion de retirarse de la aventura si lo juzgaba á bien—que dispuesto se sienta á obrar de diversa manera, ó desconfie de mis conocimientos.

—Por San Pedro, mi patrono! refieren otro cuento en Palos y Moguer, señor almirante, contestó riéndose Luis; en cuyos lugares he sabido que ningun hombre, cuya piel esté algo tostada por las brisas del océano, se atreve á asomar por los caminos, no sea que le envíen á Catay por una via, que nadie ha trillado aun sino en imaginacion. Existe sin embargo, un voluntario libre y gustoso, que se halla dispuesto á seguiros hasta los bordes de la tierra, dado caso que esta sea

plana, ó acompañaros en torno de ella, toda vez que sea una bola, y ese es un tal Pedro de Muñoz, quien se compromete en la aventura, no por el sucio amor del oro, ni por amor de otra cosa ninguna de cuantas los hombres por lo comun aprecian, sino por el neto amor de las aventuras, algo aguzado y subido de punto á impulsos del amor de la mas pura y hermosa doncella de Castilla.

Fray Juan Perez fijó unos ojos tamaños en el locutor, cuyas libres maneras y franqueza de espresiones le sorprendian en sumo grado; porque Colon habia conseguido adquirirse tal respeto, que pocos presumian usar de liviandad en su presencia, aun antes de que se le viese condecorado con el alto rango, conferidole recientemente por el nombramiento de Isabela. Poco se sospechaba el buen religioso que un sugeto de clase personal aun mas elevada, aunque completamente desnudo de todo carácter oficial, estaba delante de él, bajo el supuesto nombre de Pedro de Muñoz; y no pudo ménos de insinuar otra vez el ningun gusto que le daba semejante libertad de lengua y de comportacion para con aquellos

á quienes él mismo acostumbraba considerar con respeto tan profundo.

—Parece, señor Pedro de Muñoz, le dijo, ya que este es vuestro nombre, aunque el título de Duque, Marques ó Conde seria mas adecuado á vuestras maneras, que tratais á su escelencia el almirante con tanta liviandad de pensamientos como á nuestro digno vecino Martin Alonso; un subordinado deberia ser mas humilde, y no permitirse tales cuchufleatas sobre las opiniones de su caudillo, ni expresarse en estilo tan falto de comedimiento.

—Ruego me perdoneis, santo padre, y pido igual venia al almirante, quien supongo me entiende mejor, por los justos motivos de ofensa que hayais tenido. Cuanto quise expresar era, que conozco á ese Martin Alonso, amigo vuestro, pues hemos navegado juntos; que tambien hemos traído en amor y compañía hoy una misma jornada de algunas leguas, y que despues de conversacion íntima, me ha hecho saber su amistoso deseo de poner el hombro á la rueda, con el fin de desatollar esta espedicion, si no de un lodazal, á lo ménos de las arenas del rio; y que

tambien me prometió venir á este santo convento de la Rabida para ese mismo propósito, y solo para ese. Respecto á mí, lo que puedo añadir es que aquí estoy, pronto á seguir á donde quiera que el ilustre señor Colon juzgue conveniente guiarme.

—Está muy bien, honrado Pedro, interpuso el almirante; y hago el honor debido á tu espíritu y sinceridad, lo que habrá de satisfacerte hasta que se ofrezca ocasion de convencer á los demás. Plácenme estas nuevas respecto á Martin Alonso, buen padre, pues que inmenso servicio prestarnos pudiera, y su celo hace dias que ha empezado á flaquear.

—Cierto que nos será de incalculable ayuda, toda vez que acometa la empresa con anhelo. Martin es el piloto mas célebre de estas costas; pues, aunque yo no sabia que hubiese estado en Chipre, cual parece por el informe de este mancebo, constabame que habia hecho frecuentes viajes hasta el norte de Francia, y al sur hasta las islas Canarias. ¿Y creéis, señor almirante, que se encuentre Catay á mayor distancia que Chipre?

Sonrióse Colon al oír la pregunta, y meneó la cabeza del modo que lo haría uno que intentára preparar á un amigo para una noticia que no esperase.

Aunque Chipre esté poco distante de la Tierra Santa, y sea la sede del poder Mahometano, contestó el sabio piloto, mucho mas lejana se encuentra la region de Catay. No me lisonjeo á mí mismo, ni pretendo lisonjear á los que se hallen dispuestos á seguirme, con la esperanza de llegar á las Indias en virtud de un viage que se estienda á ménos de ochocientas ó mil leguas bien medidas.

—Esa es una distancia fatigosa é imponente! exclamó el franciscano, miéntras Don Luis se sonreia con indiferencia, pues le era igualmente material tener que medir mil leguas ó diez mil en el océano, con tal que el viage le condujese á Mercedes y fuese fecundo en aventuras.—Esa es una distancia fatigosa é imponente, y sin embargo, no dudo, señor almirante, que seais el hombre destinado por la Providencia á superar sus límites, y á abrir el camino para los que os sucedan, enarbolando la cruz de Cristo y las promesas de su redencion.

—Tal esperamos, contestó Colon haciendo con toda reverencia el signo usual del sagrado emblema á que aludia su amigo—y en prueba de que tenemos algun fundamento mundano para esa esperanza, aqui viene el señor Pinzon mismo, y con aparente premura para vernos.

Martin Alonso Pinzon, cuyo nombre es tan familiar á los lectores del descubrimiento de América, por haber prestado tan útil servicio á Colon en su vasta empresa, entró ahora en la celda, aparentemente absorto en algun determinado designio, como los ojos observadores del Genovés descubrieron al instante. No fué corta la sorpresa de Fray Juan Perez al advertir que el primer saludo de Martin Alonso, el hombre grande de la vecindad, fuese dirigido á Pedro, el segundo al almirante y el último á él mismo. No hubo tiempo, sin embargo, para que el honrado religioso, quien siempre estaba dispuesto á reprochar en el acto cualquiera falta de decoro, espresase lo que en aquella ocasion sentia, pues Martin Alonso dió principio á explicar el objeto de su venida, con tal ansia,

que dejó conocer no era aquella una mera visita de amistad ni de ceremonia.

—Mucho me pena, señor Almirante, comenzó Pinzon, saber la pertinacia y desobediencia á las órdenes de la reina, cual se ha manifestado entre nuestros marinos de Paños. Aunque vecino de este mismo puerto, y apesar de ser uno de los que han mirado vuestras opiniones del viage occidental con mayor respeto, cuando no con fé absoluta, ignoraba el pleno desborde de la insubordinacion á que aludo; hasta que encontré por un acaso en el camino á un antiguo camarada, en la persona del señor Don Pedro..... quiero decir de este Seor Pero Muñoz, el que, procedente de comarcas lejanas, ha observado mayor parte de nuestros deslices, que yo habia tenido ocasion de conocer. Pero, señor almirante, supongo que no es esta la vez primera que llega á vuestra noticia la materia estrafalaria de que estan hechos los hombres. Se nos dice que son seres raciocinantes; mas sin embargo de esa innegable verdad, como acontece que apenas uno entre ciento se toma la molestia de dejarse dirigir por su pro-

pia razón, fácil es encontrar medios de hacer mudar de parecer á un número suficiente para todas vuestras necesidades, sin que lleguen á sospecharlo ni aun ellos mismos.

—Esa es mucha verdad, vecino Martin Alonso, interpuso el fraile; y tan grande es, que pudiera introducirse en una homilia sin descrédito de la religion. El hombre es un animal racional, y tambien un animal indefinible; pero no es lícito que sea un animal *pensador*. En asuntos de iglesia, verbi gracia, como que sus intereses se hallan bajo la salvaguardia de un ministerio, ¿qué tienen que ver con ellos los indoctos ni los ignorantes? Ahora, en materias de navegacion, parece que un timonel bien puede valer mas que ciento. Aunque el hombre sea un animal racionante, hay muchos casos en que está obligado á obedecer sin racionar, y muy pocos en que deba permitírsele que racione sin obedecer.

—Mucha verdad, santo religioso y muy excelente vecino; y tan obvia es, que no se hallará en todo Palos un hombre que la niegue. Y ahora que estamos en el asunto, se

me tolerará que añada haber sido precisamente la iglesia, quien ha interpuesto mayor número de obstáculos para que no se realizasen las miras del señor Colon. Todas las viejas de este puerto aseguran que la idea de ser redonda la tierra es una completa herejía, y contraria á los escritos santos, y si hemos de decir la verdad, no faltan en este convento muchos de escaleras abajo que apoyen esta opinión. Por cierto que parece absurdo decirle á una persona que jamas haya puesto los pies fuera de la tierra firme, y que acostumbra verse con mayor frecuencia en un valle que en una elevacion, que el globo es redondo; y aun yo mismo, que tantas veces he surcado el oceáno, seria igualmente incrédulo, á no ser porque se me ha ofrecido ver salir del horizonte las velas superiores y mas pequeñas de un buque, antes que lo demás, así como los campanarios y cruces de las poblaciones, aunque sean los objetos mas pequeños de las naves y de las iglesias. Nosotros, hombres de mar, tenemos nuestro modo de imbuir ánimo á nuestros seguidores, y vosotros hombres de iglesia os valeis para

el mismo efecto de arbitrios distintos: yo trato ahora de atestar de pensamientos mas sabios las cabezas de los marinos de mi pueblo, y espero, reverendo vecino, que pongais en accion los resortes de la iglesia, á fin de acallar á las mugeres, y deshacer las dudas de los mas celosos entre vuestra misma fraternidad.

—¿Y he de lisongearme con la esperanza, señor Pinzon, de que es vuestro objeto interesaros mas directamente y con mas sincero ahinco que antes en el buen éxito de mi empresa? preguntóle Colon.

—No os queda duda de que tal es mi idea; toda vez que podamos entendernos favorablemente acerca de las condiciones, cual vos mismo, segun parece, habeis convenido con nuestra escelsa señora Doña Isabela de Trastamara. He tenido un corto coloquio con el señor Don... quiero decir con el señor Pedro de Muñoz... válgame Dios! en estos últimos tiempos se me ha pegado la maña de ser estrechado en cortesia... pero como este es un mancebo muy cuerdo, y demuestra afan por embarcarse con vos, me he entusiasmado hasta

el punto de antojárseme tomar parte en la expedicion. El señor de Muñoz y yo hemos viajado juntos tanto tiempo, que de buena gana quisiera ver de nuevo su digno rostro sobre el anchuroso océano.

—Estas son prósperas nuevas, Martin Alonso, interpuso con ansia el buen fraile, y tu alma, y las almas de cuantos te pertenecen, recogerán los beneficios de tan varonil y piadosa resolucion. Señor almirante, una cosa es tener á sus Altezas de vuestra parte en un lugar como este de Palos, y otra alcanzar la concurrencia de mi digno vecino el honrado Pinzon; pues si aquellos son soberanos por la ley, este es un emperador por la nombradia. Ahora no dudo que las caravelas tarden muy poco en alistarse.

—En el supuesto de que os prestais, segun parece, á interesaros con todas veras en nuestra expedicion, señor Martin Alonso, añadió el almirante con su respetuosa gravedad, habreis sin duda masticado las condiciones, y venis dispuesto á hacérnoslas saber. ¿Consisten estas en algunos de los términos que ya anteriormente hemos discutido entre los dos?

—Señor almirante, acertádolo habeis: aunque nuestros bolsillos no se hallan hoy tan bien provistos de oro, como cuando hablamos la última vez sobre esta materia. Acerca del punto que acabo de insinuar, pueden existir algunos obstáculos; ahora por lo demás creo que una breve esplicacion entre nosotros dejará el asunto libre de toda duda.

—Respecto á la octava parte, para cuyo interes me han facultado Sus Altezas, habrá ahora ménos causa para discutir este capítulo, que cuando consultamos en la postrera ocasion; porque pueden ofrecerse otros arbitrios para redimir esa prenda.—Colon al espresarse así, volvió los ojos involuntariamente hácia el finjado Pero, y su ojeada siguieron los de Martin Alonso en prueba de que habia comprendido á su colocutor—pero habrá que vencer muchas dificultades respecto á estos asustados y necios marinos, y las cuales, sin embargo, podran ceder á vuestra influencia. Si os place venir conmigo á la celda inmediata, discutiremos desde luego los diversos capitulos de mi contrato, y entretanto dejaremos á este doncel á la hospitalidad de nuestro reverendo amigo. 10

No habiendo manifestado el religioso repugnancia alguna á esta propuesta, púsose en egecucion de continuo. Pinzon y el navegante se retiraron á una estancia mas privada, dejando á Fray Juan Perez á solas con nuestro héroe.

—¿Conque, piensas seriamente alistarte en esta grandiosa expedicion que va á comandar el almirante? dijo el franciscano, luego que cerraron la puerta los dos pilotos, y miró á Luis, por primera vez, con un escrutinio mas severo que hasta entónces habia tenido lugar de poner en práctica. Tu te comportas mucho cual acostumbran los nobles jóvenes de la corte, y tiempo tendrás de adquirir un talante ménos altivo en los estrechos límites de nuestras caravelas de Palos.

—No me son desconocidas las naos, carracas, fustas, pinazas, ni el carabelon ni la feluca; santo padre, y comportarme he con el almirante en la misma guisa que lo haria ante Don Fernando de Aragon, si fuese mi compañero de viage, ó en la presencia de Boabdél de Granada, toda vez que ese desgraciado monarca se hallase entronizado de nuevo en

el solio de donde ha tan poco tiempo se le precipitára, y le viéramos impeliendo á sus caballeros para cerrar contra los hidalgos de la España cristiana.

—Esas son palabras harto retumbantes, hijo mio; vaya! y proferidas en tono de torneo; pero de nada te servirán con este Genovés, que tiene dentro de sí lo que no le haría cortarse ni aun en la presencia de nuestra augusta señora Doña Isabela de Castilla.

—¿Y vos conocéis por acaso á la reina, santo varón? preguntó Luis, olvidando su simulado carácter en la libertad de sus expresiones.

—Dado me es conocer lo mas recóndito de su alma, hijo mio; pues con frecuencia he escuchado los secretos de su espíritu puro y manso, en el sacramento de la confesión. Por mucho que la amemos nosotros los castellanos, nadie puede saber la elevacion verídica y espiritual de aquella piadosa princesa y muger escelentísima, á no ser que haya tenido la felicidad de confesarla.

—Tosió Don Luis, y jugueteando con la empuñadura de su daga, dió suelta, como de

costumbre, á la primera idea que se le ocurrió.

—¿Y decidme, padre, en virtud de algun acaso que os proporcionaran vuestros sagrados deberes, os fué preciso alguna vez confesar lá una damisela de la corte á quien profesa á reina señalado cariño, preguntó el jóven—
cuyo espíritu, yo salgo garante, es cuando menos tan puro como el de la misma Doña Isabel?

—Tu pregunta, hijo mio, demuestra mayor necesidad de que acudas á Salamanca, á fin de que te instruyan en la historia, prácticas, y fè de la iglesia, con preferencia á alistarte en una expedicion, aunque sea tan recomendable como esta que el Genovés ha tomado á su cargo. ¿Ignoras que á nosotros los sacerdotes no se permite revelar los secretos del confesonario, ni formar comparaciones entre los penitentes? y además, que no tomamos ni aun á la misma Doña Isabel... la virgen santísima la conserve en su santa guarda... por tipo de la santidad á que todos los cristianos estan obligados á dirigirse? La doncella de quien hablas puede ser virtuosa,

en conformidad á las nociones mundanas, y ser no obstante una grave pecadora á los ojos de la santa madre iglesia.

—Yo quisiera, antes de salir de España, oir á un Mendoza ó á un Guzman, que no gozase el privilegio de tener un cerquillo una cholla rapada, atreverse á decir otro tanto, venerable guardian.

—Eres alborotado, fogoso, y hablas necedades, hijo: ¿qué pudiera uno como tu decir á un Mendoza, á un Guzman, ó á un Bobadilla, aun cuando se espresase en los términos que mejorte agradaran? Pero, ¿quién es la doncella, por la cual parecen interesarse tus sentimientos á tal grado, aunque mucho dudo que obtengan correspondencia?

—No hablé mas que de chanza. Nuestras situaciones han abierto entre nosotros tal sima, que es muy probable no lleguemos jamas á hacer trueque de palabras; ni es tanto mi mérito que le hiciera olvidar las escelsas ventajas que tan alta sobre mi la encumbran.

—Ya! ¿pero tendrá algun nombre?

—Lo tiene, reverendo señor, y noble en

sumo grado además; tuve en mis pensamientos á Doña Mercedes de Valverde, cuando mis labios dieron salida al liviano conceto. Es probable que conozcais á esa heredera ilustre!

Fray Juan Perez, que era un sacerdote verdaderamente intachable, hizo un movimiento de sorpresa al oír este nombre; luego clavó los ojos en el jóven con espresion de lástima, y en seguida inclinó la cabeza hácia los ladrillos que servian de solera á la habitacion; y sonriéndose meneó la cabeza cual si rebullesen en ella los pensamientos mas activos.

—Verdad es que conozco á esa dama, dijo el guardian; y aun la última vez que tuve en la corte para este asunto de Colon, aconteciendo que su confesor se pusiese enfermo, tuve que confesarla así como tambien á su régia señora. Ciertó es que bien merece la estimacion de Doña Isabel; pero tus encomios de esa noble doncella, y que deben parecerse en algo á los que tributamos con distancia al sol que rueda sobre nuestras cabezas, dificulto que esten fundados en ninguna esperanza racional.

—Eso no lo podeis saber, padre mio. Si la expedicion tuviese el éxito que esperamos, cuantos han tomado parte en ella serán honrados y enaltecidos; ¿y por qué no yo como los demas?

—En eso tal vez no vayas equivocado; mas respecto á Doña... contúvose aqui el franciscano pues se hallaba á punto de revelar los secretos de la confesion. Y en verdad habian escuchado sus oidos las palabras de penitencia que emitieran los labios de Mercedes, y de las cuales su amor hácia Don Luis era el tema principal; y habia sido el fraile mismo quien con una especie de fraude piadoso, que involuntariamente se le ocurriera, insinuára el recurso de tornar en provecho de los amores del jóven su propension á las correrias. En aquel instante casi rebozaba en las mientes del buen religioso el recuerdo de la pureza de alma y sentimientos esquisitos de su bechicera penitente, mas la costumbre y el deber intervinieron á tiempo para impedir pronunciasse el nombre que ya temblaba sobre sus labios. Apesar de eso, siguieron sus ideas en la serie misma, y su lengua dió pa-

labras á aquellas que creyó nada tendrían de imprudentes.—Mucho mundo has corrido segun nos dió á entender el saludo de Pinzon, continuó el fraile, despues de una corta pausa: ¿has topado alguna vez en tus muchos viajes con cierto caballero castellano, nombrado Don Luis de Bobadilla... un Grande á quien decora tambien el titulo de conde de Llera.

—Poco sé de sus esperanzas, y menos me importan sus dictados, contestó con serenidad el jóven noble, creyendo le estaria bien manifestar una indiferencia heróica hacia las opiniones del franciscano; pero he visto á ese caballero: por cierto que es un jóven tan vagamundo, descabellado y escéntrico que poco bueno habrá de esperarse de él nunca.

—Temo que eso sea demasiado cierto, repuso Fray Juan Perez, meneando la cabeza con aire melancólico; y sin embargo aseguran que es un gallardo caballero, y la mejor lanza de cuantas hay en la España toda.

—Ay! hasta ahí puede ser, respondió el de Llera, tosiendo un poco mas de recio que el decoro permitia, porque su garganta empezaba á

sentir cierta garraspera : hasta ahí puede ser ; mas ¿de qué sirve una buena lanza sin una buena reputacion? he oido hablar muy poco que sea lisongero para ese jóven noble de Castilla.

—Creo que no es el sugeto por quien comunmente se le tiene , replicó el sencillo fraile , sin sospechar en lo mas mínimo el incognito de su colocutor ; y me consta que hay quienes juzguen bien de él... aun mas , personas cuya ecsistencia, y aun pudiera decir, cuya alma misma está concentrada, en ese mancebo.

—Franciscano bendito!—¿por qué no mencionais los nombres de una ó dos de esas personas? preguntó Luis con una impetuosidad que hizo sobresaltarse al prior.

—¿Y por qué habré de revelártelos á tí, hijo mio, mas que á otro cualquiera?

—¿Por qué, padre?... por muchas razones, buenísimas y muy convincentes. En primer lugar, yo mismo soy un jóven, como estais viendo , y el ejemplo , dicen , vale mas que el precepto. Luego , tambien , yo soy algo dado á las correrias, y puede aprovecharme el saber que tal lo han escapado otros que tuvieran propensiones iguales. Ademas que me regocijaria has-

ta en lo mas recóndito de mi alma si aprendiese que.... pero dos argumentos concluyentes son mas validos que tres, y ya vos habeis proferido uno.

Fray Juan Perez, cristiano timorato, eclesiástico instruido, y hombre de letras profundo y liberal, era al mismo tiempo mas simple que un niño respecto á las materias que tenian referencia con el mundo y sus pasiones. Sin embargo, no fué tan lerdo que pudiera escapársele la estraña comportacion, ni el language aun mas estraño de su huésped. Sus pensamientos habian tomado cierta direccion luego que se mencionó el nombre de nuestra heroina; y como él mismo habia sido quien trazara el rumbo que tan afanoso siguiera el noble mancebo, no taró la verdad en ilustrar su imaginacion.

—Jóven caballero, exclamó el religioso, vos sois Don Luis de Bobadilla!

Jamas disputaré los conocimientos proféticos de un eclesiástico, dignísimo prior, despues de vuestro descubrimiento. Yo soy el «mismo» que decis, alistado en esta empresa á fin de ganar el amor de Doña Mercedes de Valverde.

—No me equivoqué.: pero, señor, bien podiais haber tomado nuestro pobre convento menos de sorpresa. Permittedme ordene que los legos os ofrezcan algun refrigerio.

—Perdonadme, excelentísimo prior; Pedro de Muñoz, ó sea Pero Gutierrez no tiene en este momento necesidad de alimentarse; pero ahora que me conoceis, habrá menos razon para que hablemos acerca de Doña Mercedes?

—Ahora que os conozco, señor conde, hay mas razon para que guardemos silencio sobre ese punto, contestó Fray Juan Perez sonriéndose: Vuestra tia, la muy apreciable y virtuosa Marquesa de Moya, podrá proporcionaros todos los medios para traer á buena cuenta vuestras pretensiones con esa digna damisela; y mal estaria á un eclesiástico poner trabas á su prudencia en virtud de una indiscreta mediacion.

Estas esplicaciones sirvieron de preludio á un diálogo dilatado y de la mayor confianza, durante el cual, ahora que se hallaba en guardia el prior, consiguió salvar su principal secreto, aunque alentaba al jóven respecto á las

esperanzas vitales que su existencia constituían, así como también en su propósito de adherirse á las fortunas del navegante. Entretanto Colon seguía encerrado con su nuevo consejero, y cuando ambos volvieron á presentarse en la celda de Fray Juan Perez, divulgóse entre los que se hallaban de puertas afuera, que Martin Alonso Pinzon se habia comprometido en el proyecto con tanto celo, que tenia intencion de embarcarse efectivamente abordo de una de las caravelas:



CAPITULO III.

Mas aquel que en delicia tenebrosa
Cada peligro torna, y su mirada
En cada yermo posa,
Sigue audaz su camino, y la pisada
Sin espanto imprimiera
Donde sobrecogida
El que ama la vida
Su planta con terror retrocediera.

EL ABENCERRAGE.

La noticia de que Martin Alonso Pinzon iba á contarse entre los seguidores del piloto genovés se esparció por la aldea de Palos con la rapidez de un incendio. Ya dejaron de faltar voluntarios; pues el ejemplo de un sugeto tan conocido y respetado en aquellas cercanias obró mas eficazmente en el espíritu de los hombres de mar, que las ór-

denes de la Reina ò la filosofia de Colon. Todos conocian á Martin Alonso, estaban acostumbra- dos á someterse á su influencia y tenian confian- za en su juicio; cuando por lo contrario los desnudos mandatos de unos soberanos ausentes, aunque bien queridos, tenian mejor el ca- rácter de una severa pena que de una empre- sa generosa; y respecto á Colon, aunque á la mayor parte de los que le trataban infun- dia respeto su venerando talante, así como sus graves maneras, luego que volvía las es- paldas se le consideraba como á un simple aven- turero en Palos, cual se le habia tenido en Santa Fé.

Aprestáronse los Pinzones á hechar mano de la tarea que en la expedicion les cabia, á manera de hombres que estaban mas acos- tumbrados á obrar, que á cerner proyectos. Varios individuos de su familia acometieron la empresa con cordialidad, y un hermano de Martin Alonso, cuyo nombre era Vicente Yañez, marino tambien por ejercicio, se unió á los aventureros en calidad de coman- dante de uno de los buques, mientras otro se embarcó de piloto. En fin, ocupóse activa-

mente el mes que sucedió á los incidentes mencionados, y se hizo mas en ese corto espacio de tiempo hacia traer á cabo la solución del gran problema del Genovés, que cuanto, en modo práctico, se habia conseguido, durante los diez y siete largos años que el proyecto habia llenado su tiempo y sido el tema constante de sus ideas.

A pesar de la influencia local de los Pinzones existia una vigorosa oposicion al proyecto en los ánimos de la pequeña poblacion elegida para punto de alistamiento de los diversos bageles requeridos. Aquella familia tenia sus contrarios y sus rivales asi como sus amigos y sus deudos, y cual sucede por lo comun en casi todas las empresas humanas, levantáronse dos partidos, de los cuales el uno estaba tan obstinado en contrarrestar los designios del navegador como el otro resuelto á patrocinarlos. Habíase embargado una nave para el servicio, en conformidad á las órdenes de la corte, y los dueños de ella se pronunciaron por cabecillas de la faccion desafecta. Tambien se habia matriculado á muchos marineros para este misterioso y extraordinario

viage; y como era de esperar, tanto ellos como sus amigos no tardaron en unirse á las filas de los descontentos. Hallóse imperfectamente concluida gran parte de la obra necesaria, y cuando se cito á los artifices para reparar estas omisiones, todos ellos se quitaron de enmedio. A medida que se allegaba el tiempo de la salida, mas y mas violenta se veia arder la contienda, y hasta los Pinzones mismos tuvieron la mortificacion de descubrir que muchos de los que se habian ofrecido voluntariamente á seguir sus fortunas, comenzaban á titubear, mientras algunos se desertaban inequívocamente.

Tal era el estado de las cosas á fines del mes de Julio, cuando Martin Alonso Pinzon acudió otra vez al convento de Santa Maria de Rábida, donde Colon seguia pasando la mayor parte del tiempo que no invertia en vigilar personalmente los preparativos; y donde Don Luis de Bobadilla mataba las fastidiosas horas, anheloso de un servicio activo, y pensando en la amabilidad, pureza y otras virtudes de Doña Mercedes de Valverde. Fray Juan Perez se esforzaba con toda buena fé

para facilitar la egecucion de las miras de sus amigos; y habia conseguido, si no suprimir absolutamente la espresion de todas las opiniones ofensivas por parte de los menos ilustrados de la comunidad, á lo menos hacer la promulgacion de ellas mas cautelosa y privada.

Cuando se avisó á Colon y al guardian que el Sr. Martin Alonso solicitaba una entrevista, ninguno de los dos demoró un instante su beneplácito. A medida que se acercaba la hora de la partida, haciasse mas y mas aparente la importancia de los servicios de aquel hombre, y bien conocian ambos que hasta la régia proteccion de Doña Isabela misma, en aquel crítico momento y preciso lugar, era de menor suposicion que la del activo mareante. Asi es que el señor Pinzon no tuvo que aguardar mucho, previo á ser introducido en el aposento, que servia de sala de recibo al celoso franciscano, lo que aconteció casi tan luego como se profiriera el aviso.

—Bien venido seais, Martin Alonso; exclamó el guardian, al instante que cogieron sus ojos los primeros perfiles de las facciones

de su antiguo conocido—¿qué tal van los asuntos en Palos, y cuando veremos esa santa empresa en buen rumbo hacia su próspero éxito?

—Por San Francisco, reverendo guardian, que eso es mas de lo que pudiera responder con certidumbre hombre nacido. He juzgado ya veinte veces que estábamos en camino recto para hacernos á la vela, y otras tantas se ha atravesado alguna dificultad para impedirlo. La Santa Maria, á cuyo bordo se embarcarán el almirante y el Sr. Gutierrez... ó sea Muñoz si le place mas, está ya lista. Esta nave puede considerarse como de alto porte, pues que pasa de cien toneladas; de modo que espero que su Escelencia y todos los gallardos caballeros que acontezca le acompañen, iran tan cómodos como se hallan aqui los santos religiosos de la Rábida... especialmente pues que la caravela tiene su cubierta.

—Estas son nuevas plausibles en verdad, contestó el fraile, frotándose las manos en su júbilo—¿con qué la buena nave tiene su cubierta? Señor almirante, quizas no os veais en un bajel que sea del todo adecuado á vuestros altos merecimientos, pero, en la totali-

dad, ireis seguro á par que cómodo, si teneis presente que la cubierta, en particular, es un abrigo conveniente y apetecible.

—No hay para que poner en la balanza mi seguridad ni consuelo, amigo Juan Perez, cuando hay en el peso materias de mayor gravedad. Pláceme que hayais venido al convento esta mañana, porque iba á remitir unas cartas á la corte, por medio de un propio, y quisiera enterarme de la condicion actual de los asuntos. ¿Creeis que la Santa Maria quedará lista para la mar á fines del presente mes?

—Tal juzgo, santo padre. La nave ha sido preparada con la diligencia debida, y cabrán en ella algunos sesenta hombres, toda vez que el pánico, que se ha apoderado de tantos obcecados idiotas aqui en Palos, nos deje ese número, dispuesto á embarcarse con nosotros. Confio en que los santos protegerán tantos esfuerzos como hacemos de nuestra parte y tendran en las mientes nuestro celo, cuando llegue la hora de repartir en mancomun los beneficios de esta empresa, que no ha tenido par en la historia de la navegacion.

—Esos beneficios, honrado Martin Alon-

so, se hallarán en el ensanche del dominio de la iglesia, y en el aumento de la gloria de Dios, interpuso el prior significativamente.

—Fuera de toda duda, fray Juan Perez, esa es nuestra mira comun; aunque supongo que será lícito á un mareante atareado acordarse hasta cierto punto de su muger y de sus hijos; siempre, se entiende, en discreta subordinacion á esos fines mas interesantes. Mucho me equivoco respecto al señor Colon, si tambien él no espera sacar alguna pequeña ventaja, en el ramo del oro, de esta su visita á Catay.

No os habeis engañado, buen Martin Alonso, contestò el Genovés con gravedad. Por cierto que espero afluyan las riquezas de las Indias en las cajas de Castilla, á consecuencia de este viage. Y sin duda, santo guardian, que á mi modo de ver, la recuperacion del santo sepulcro depende en alto grado del buen éxito de nuestra empresa; esto es en cuanto á su éxito sustancial y mundano.

—Eso es muy plausible, señor almirante, interpuso Martin Alonso, con alguna premura, y deberá alcanzarnos gran favor en el con-

cepto de todo buen cristiano... mas especialmente en el de los santos religiosos de la Rábida. Pero harto difícil es persuadir á los marineros de Palos á que cumplan sus empeños con nosotros, sin predicar una cruzada como el medio de derretir los pocos maravadies que les hubiere cabido ganar á fuerza de trabajos y de valor. Los dignos pilotos, Francisco Martin Pinzon, mi propio hermano; Sancho Ruiz, Pedro Alonso Niño, y Bartolomé Roldan, se encuentran ahora firmemente ligados con nosotros por los vínculos de la ley; mas si columbrasen una cruzada al extremo de la cadena, todos los santos del calendario apenas tendrían suficiente influencia para hacer que vacilaran en desatarse de la obligacion.

—A nadie sino á mi mismo considero ligado para este objeto, contestó Colón con serenidad. Cada cual, amigo Martin Alonso, juzgado será por sus propios hechos, ó citado á cumplir sus propios votos. De los que á nada se empuñan, nada será exigido; y á los mismos nada se dará en el gran y final ajuste de cuentas del humano linage. ¿Pero qué

noticias tenemos de la Pinta, vuestra propia embarcación? ¿Se encuentra ya en estado de surcar el Atlántico?

—Como sucede siempre con los bajeles embargados para el real servicio, Señor, el trabajo ha andado asaz flojo, las cosas han carecido generalmente de aquella jubilosa actividad que acompaña el trabajo de los que laboran con libre alvedrio, y para su propio provecho.

Los necios marinos han trabajado en su propia ventaja sin conocerlo, observó Colon; es el deber de los ignorantes someterse á ser conducidos por hombres mas ilustrados, y agradecer las ventajas que les redundan de un conocimiento prestado, aunque lo obtengan en contrariedad á sus propios deseos.

—Así es en verdad, añadió el prior; pues de lo contrario las obligaciones de nosotros, hombres de iglesia, quedarían reducidas á límites muy mezquinos. Fé—fé en la iglesia, es el deber primero y último del cristiano!

—Esto parece razonable, muy sabios señores, replicó Alonso, aunque los ignorantes hallan harto difícil comprender las materias que

no entienden. Cuando un hombre se imagina que van á condenarle á una muerte inaudita, se halla poco dispuesto á ver las ventajas que yacen al otro lado de la sepultura. Apesar de todo, la Pinta está mas próximamente lista para el viage que las demas embarcaciones, y tiene el completo de su tripulacion, pues hasta el último hombre se halla ligado por escrituras que serian poco disputables á los ojos de un notario.

—¿Solo queda la Niña, entónces? añadió Colon; preparado este bajel, y cumplidos nuestros deberes religiosos, podemos esperar finalmente que daremos principio á la empresa.

—Bien se puede, señor: mi hermano Vicente Yañez se ha convenido en hacerse cargo de esa pequeña caravela, y lo que un Pinzon promete un Pinzon lo cumple. Esta nave se halla ya lista para darse á la vela con la Santa Maria y la Pinta; muy léjos ha de estar Catay si no llegamos á él con uno ú otro de los predichos vasos.

—Todo eso es muy alentador, vecino Martin Alonso, repuso el fraile, estregándose las manos con deleite, y yo no dudo que al fin to-

do venga á pedir de boca. ¿Qué dicen hoy día los charlatanes y noticieros de Moguer, y de los otros puertos, acerca de la hechura de la tierra, y de las probabilidades que asisten al señor Colón para llegar á las Indias?

Aunque no haya un solo marino en esta rada que no admita la verdad de que el velamen superior de un buque, aunque mas pequeño, es el primero que se divisa en el Océano, niegan sin embargo que provenga esto de la hechura de la tierra, pues afirman que es resulta de los movimientos de las aguas.

— ¿Y ninguno de ellos ha observado las sombras que proyecta la tierra en los eclipses de la luna? preguntó Colón, en su modo sereno, aunque se sonreía, mientras hacia la pregunta, cual lo verifica el que, habiendo profundizado por si mismo un problema natural, somete en globo unas de sus pruebas mas populares á la consideracion de los que juzga ménos dispuestos á penetrar mas allá de la superficie. ¿No ven que estas sombras son redondas, y que las sombras de esta figura solo pueden proceder de un cuerpo que sea redondo?

Eso es concluyente, buen Martin Alonso, interpuso el guardian, y debe desvanecer las dudas del charlatan mas idiota de todas estas riberas. Decidles que den vuelta á sus posadas, comenzando por la derecha, y que vean si, en virtud de seguir las paredes, no vuelven al mismo punto desde donde salieron, por la izquierda.

—Reverendo prior, si pudiesemos reducir nuestro lejano viage á estos familiares egemplos, no hay novelero en Moguer, ni artesano en Sevilla, á quien no seria facil comprender el misterio. Pero distinto es manifestar buenamente un problema, y hallar quien pueda entenderlo. Ahora bien, un raciocinio parecido á ese ofrecí yo al alguacil de nuestro Palos, y preguntóme el digno señor si yo esperaba volver de mi viage por la via de la recién abatida ciudad de Granada. Imagínome que el modo mas facil de persuadir á estas buenas gentes, para que crean nos será dable llegar á Catay por un viage accidental, es ir allá y volver en seguida.

—Lo que haremos muy en breve, Seor Martin Alonso, observó Colon alegremente.

Pero el tiempo de nuestra partida se acerca, y no es justo que ninguno de nosotros olvide los deberes de la Religion. Os encomiendo á vuestro confesor, Pinzon amigo, y espero que cuantos en mi compañía se den á la vela para traer á cabo este vasto designio, recibirán la santa comunión con nosotros, antes que salgamos del puerto. Este santo guardian oirá mis pecados y los de Pedro de Muñoz; los demas aventureros pueden buscar los consejos y amonestaciones espirituales de los ministros de la iglesia de que tengan costumbre aprovecharse.

Con esta insinuacion de que intentaba prestar el acatamiento debido á los ritos de la iglesia, antes de darse á la mar—ritos que rara vez se descuidaban en aquellos dias—recayó por entónces el coloquio sobre los diversos pormenores de los preparativos. Despues de esto se separaron los colocutores, trascurriéndose algunos dias mas en tareas activas.

El juéves por la mañana del dia dos de Agosto de 1492, entrò Colon en la celda del guardian ó prior fray Juan Perez, vesti-

do de penitente, y con un aspecto tan devoto y plácido que era óbvio se hallaban sus pensamientos dirigidos enteramente hácia sus propios deslices y la bondad de Dios. Aguardábale el celoso sacerdote, y arrodillóse el gran navegante á los pies de aquel, ante el cual Isabela se habia puesto de hinojos muchas veces para cumplir igual solemnidad. La religion de este hombre extraordinario estaba adulterada con las costumbres y opiniones del siglo, como en verdad, mucho ó poco, ha de acontecer con la religion de cada hombre; su acto confesional, por lo tanto, tenia aquella mezcla de piedad profunda y de error inconsistente que con tanta frecuencia halla el moralista en sus investigaciones sobre el espíritu humano. La verdad de esta extrañeza habrá de verse luego que se ciernan una ó dos de las admisiones del gran navegante, al deponer este á la animadversion de su consejero espiritual el catálogo de sus pecados.

—Acúsome tambien, santo padre, prosiguió Colon despues de haber enumerado los deslices mas familiares á la humana especie, y mucho temo que mi ánima se haya exalta-

do en demasía sobre este punto del viage, y que me haya creído á mi mismo mas directamente electo por Dios para algun buen fin, de lo que plazca conceder á su infinito cono- miento y sabiduria.

—Ese seria un peligroso error, hijo mio, y te amonesto cuidadosamente acerca de los males de la justificacion propia. Que Dios elige sus agentes está fuera de toda disputa; pero es un temible yerro equivocar los impulsos del amor propio con los movimientos del espiritu divino. Aquellos, á quienes no han condecorado las sagradas órdenes de la iglesia, no pueden con bien fundada seguridad juzgarse á si mismos como vasos electos.

—Asi me esfuerzo en considerarlo, santo baron, respondió el navegante con mansedumbre; y sin embargo, hay en mi interior cierta cosa que me estimula sin cesar á esa creencia, ora sea ilusion, ora proceda directamente del cielo. Yo brego, padre mio, por domar esas sensaciones, y mas que todo procuro conseguir que tomen una direccion que glorifique el nombre del Altisimo, y propague los intereses de su iglesia visible.

—Todo eso está muy bien; yo empero lo juzgo mi obligacion amonestarte contra una creencia demasiado implícita en esos impulsos interiores. Mientras tiendan tan solo á acrecentar tu amor hácia el Padre Supremo de todo lo creado, á magnificar su santidad y á dar gloria á su naturaleza, puedes estar cierto de que es un manantial de verdad incontrovertible; mas si la exaltacion propia apareciera como objeto de sus afanes, guardarte has de semejante impulso, cual esquivarias lo que te dictára el perverso padre de la mentira.

—Así lo considero; y ahora que he descargado mi conciencia, reverendo ministro, de buena fé y con toda sinceridad, hasta cuanto está en mí, ¿puedo esperar los consuelos de la iglesia, y su salvadora absolucion?

—¿No se ocurre á tus mientes, hijo mio, alguna otra cosa que deba revelarse al guardador de todas las conciencias?

—Muchos son mis pecados, santo guardian, y no pueden reprocharse demasiado á menudo, ni asaz acerbamente: pero creo que habran de incluirse á buenas en las transgresiones principales que he procurado recapitular.

—¿Nada tienes de que acusarte que tenga conexión con aquel séxo de que se vale con tanta frecuencia el demonio como tentador nuestro, así como los ángeles quisieran echar mano de él para ministro de la gracia?

—Errado he como hombre, padre mio; pero ya mi confesion ha aludido á esa clase de pecados.

—Has tenido presente á Doña Beatriz Enriquez? (á) y á tu hijo Fernando que se hospeda ahora mismo en nuestro convento de la Rábida.

Inclinó la cabeza Colon profundamente humillado, y el hondo suspiro, casi semejante á un sollozo, que lanzó su pecho, dió muestras del grave peso que provocaba su momentánea contrición.

—Decis bien, padre; esa es una ofensa que jamas deberá olvidarse, aunque muchas veces se me haya absuelto desde que la cometí. Abrumadme con las penitencias que conozco son justas, y vereis como un cristiano pue-

(á) Doña Beatriz Enriquez, noble dama de Castilla, tuvo relaciones amorosas con Cristóbal Colon.

de humillarse y besar el azote que reconoce haber merecido.

—El espíritu dispuesto á hacerlo es cuanto la iglesia exige; y ahora estás comprometido en una hazaña demasiado importante á favor de sus intereses, para que se te distraiga de tus grandiosos intentos, en pró de consideraciones de menor cuantía. Rezaras un padre nuestro diario, por el término de veinte dias, cuya prece redundará en beneficio de tu ánima; despues de cuyo plazo la Iglesia te condona este deber especial, pues que entónces te hallarás próximo á la region de Catay, y pudieras necesitar todos tus pensamientos y esfuerzos para veriliar el alto designio.

Prosiguió entónces el bondadoso guardian á prescribir varias penitencias muy ligeras, la mayor parte de las cuales se reducía á un aumento moderado de los deberes cotidianos de la religion. Hecho esto absolvió al navegante. Vino en seguida la vez de Don Luis, y á menudo sonrióse involuntariamente el prior, escuchando á aquel jóven impetuoso y ardiente, cuyo language arrebatava irresistible

sus ideas hacia las blandas, naturales, y mas dulces admisiones de la intachable Mercedes. La penitencia señalada al de Bobadilla no careció enteramente de severidad, aunque bien considerado todo, el joven noble, que no tenia demasiado apego á los deberes del confesionario, se juzgó bien parado en el asunto, al considerar lo abultado de la cuenta que le fuera preciso dar, y el crecido saldo que en contra le resultaba.

Mientras los dos aventureros principales cumplian de este modo con sus obligaciones religiosas, Martin Alonso Pinzon, y los marineros subalternos de la empresa, acudieron á sus diversos confesores para presentarles la acostumbrada libreta de sus pecados. Despues de esto vino una escena que era por todos conceptos caracteristica de aquel siglo, y que seria imponente y adecuada en todos tiempos y lugares para unos hombres próximos á embarcarse en una aventura de éxito tan cuestionable.

Celebróse misa mayor en la iglesia del convento, donde Colon recibió el pan consagrado de manos de Fray Juan Perez, con-

fiando humildemente en la providencia omnividente de Dios, y con devota dependencia en su alma patrocinio. Cuantos iban á darse á la vela con el almirante, imitaron su ejemplo, comulgando en su compañía; pues aquella era una época en que las estiradas y adelgazantes conclusiones del hombre, no habian comenzado aun á suplantar la fé y las prácticas de la iglesia primitiva, hasta el punto de considerar sus ritos como el fin de la religion, sino que se contentaba con acatarlos como sus medios. Mas de un tosco marino, cuya vida ordinaria no deberia haber sido tan santa, que no se hiciese acrehedora á muy severa censura, se arrodilló aquel día al pie del altar, en devota dependencia de su Dios, con sentimientos, por el instante, que cuando menos le conducian al camino real de la salvacion; y presuntuoso fuera suponer que el Ser Omnicio, á quien sus ofrendas tributaba, no mirase su ignorancia con indulgencia y no considerase con lástima hasta su misma supersticion. Nos mosamos de las preces de los que se encuentran en peligro, sin reflexionar que aquellas son un homenaje al po-

der de Dios, y nos sentimos dispuestos á imaginarnos que estos arranques de devocion no pasan de ser una mera burla, á causa de que el alma diaria, y la vida comun no siempre se encuentran elevadas á la misma medida de religiosidad y de pureza. Mas humilde seria acordarnos de las debilidades generales de la humana especie; tener presente que como nadie hay perfecto, la cuestion queda reducida á una de simples grados; y traer á la memoria que el Ser, cuya obra es el corazon del hombre, puede aceptar cualquiera peticion devota, aun cuando proceda de aquellos que no se hallan dispuestos, por hábito, á pasear en las vias de sus leyes. Estas pasajeras á par que frias emociones, son influencias del espiritu; pues que el bien solo puede provenir de esa fuente; y es tan fuera de razon como irreverente imaginarnos que la Deidad oirá con menoscupio, y desechará del todo, los efectos de su propia gracia por muy humildes que sean.

Cualquiera que fuese en aquella circunstancia la disposicion de la mayor parte de los comulgadores, no puede dudarse que ese dia

se postrára ante el altar de la Rabida, uno en la persona del gran navegante mismo, quien hasta donde alcanzaban á calar los ojos, vivia habitualmente en profunda deferencia á los dogmas de la religion, y tributaba á todos sus ritos el respeto mas serio. Colon no era estrictamente un fanático; pero el entusiasmo, sereno y profundamente arraigado, que dirigiera entónces al cristianismo en todos sus actos, prevalecia en el sistema moral de aquel heróico marino, instigándole en todos tiempos á alzar los ojos hácia la mano protectora de la Deidad en espectacion de su auxilio. Las escelsas miras que hácia el porvenir le iluminaban no son ya desconocidas del lector, y poca duda hay de que no se persuadiese hallarse designado por la divina providencia como su instrumento selecto para llevar á cabo el grandioso designio, que tanto ocupaba sus mientes, amen de realizar otros objetos ulteriores. Si es, que en verdad, un Ser Omnipotente rige los destinos del mundo, ¿quién presumirá tachar de errónea esta conviccion del célebre navegante ahora que la han justificado las resultas? Que con toda certeza es-

perimentára este sentimiento, sostenedor de sus ánimos, y verdadero acicate de sus impulsos, es un testimonio adicional á favor de sus impresiones, pues que, en semejante circunstancia, nada es mas probable sino que la firme creencia en su destino seria uno de los medios mas posiblemente empleados por un poder sobrenatural, á fin de que un agente humano realizase la obra, para cuya consumacion se le eligiera.

Sea como fuere esto, no hay duda que Colon prestó cumplimiento debido á los ritos de la Iglesia, en la ocasion predicha, con devotísima confianza en la verdad de su mision, á par que con las esperanzas mas brillantes respecto á la prosperidad de sus results. No podemos decir otro tanto atento á la mayor parte de sus seguidores. Los animos de estos habian vacilado de cuando en cuando mientras se aprestaban los preparativos, y habíalos visto el último mes ya anhelosos de partir, ya atormentados de recelos y temores! Aunque hubo para ellos algunos dias de esperanza y de resolana, fueron mas numerosos los de amilanamiento y de

tristura, por causa de que las aprehensivas, zozobras de las madres, esposas, y demas personas que sentian hácia aquellos marinos un tierno interes, mientras se cohibian por no manifestarlo abiertamente, apilábanse en la balanza, á fuer de sobrepeso de su propia desconfianza. El oro, fuera de toda duda, era el gran polo de su atraccion y momentos hubo, en que halagüeñas visiones de minas inexhaustibles y de tesoros orientales alucinasen sus fantasias; y en aquellos instantes no podia darse hombres mas ansiosos de abarcar la misteriosa empresa, ni mas listos para arriesgar sus vidas y esperanzas sobre los acasos de su éxito. Estas impresiones, empero, se deslizaban súbitas, y cual acabamos de manifestar, era el abatimiento la sensacion que prevalecia entre los que se hallaban próximos á embarcarse. Esta deyeccion, sin embargo, acrecentaba la religiosidad de cuantos asistian al comulgatorio, y cubria con cierta sombra imponente la casta sobriedad del altar, haciendo que gravitase sobre los corazones de la mayor parte de los concurrentes.

—Nuestros guapos, Seor almirante, no pa-

recen hallarse demasiado alegres, dijo Don Luis al salir con los demas por las puertas de la iglesia—y si ha de decirse la verdad, uno desearia embarcarse en una expedicion de la magnitud de la presente, algo mejor sostenido por caras risueñas y corazones campechanos.

—¿Imaginaís por ventura, jóven conde, que quien hace muestra del rostro mas plácido, cuenta con el ánimo mas firme, ó que es débil el corazon porque el continente aparezca deshalentado? Estos sencillos marinos se acuerdan de sus transgresiones, y se esmeran sin duda porque una empresa tan santa no se vea contaminada á culpa de la corrupcion de sus propios corazones, sino antes bien purificada y hecho digna, en virtud de sus anhelos por obedecer la voluntad del Altísimo. Espero, Luis—el íntimo trato habia dado á Colon una especie de interés paternal hácia cuanto concernia al jóven noble que estrehaba la distancia puesta entre ellos por la categoria.—Espero Luis, que no os halleis vos mismo completamente despojado de estos piadosos anhelos en vuestra propia persona.

—Por San Pedro, el nuevo santo de mi

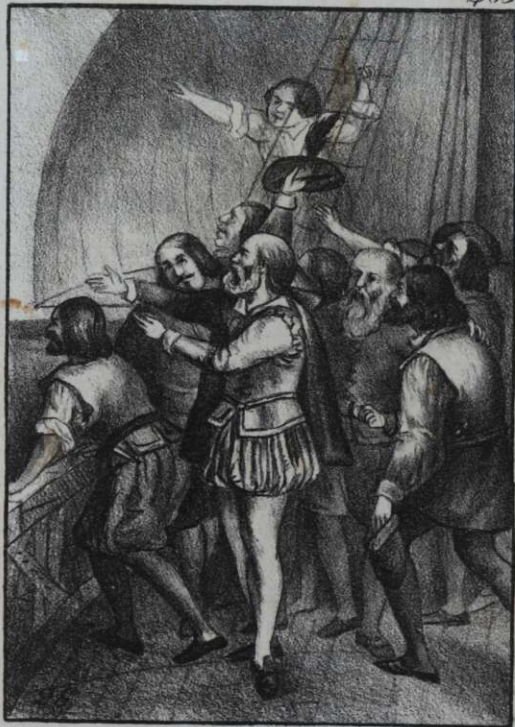
devocion, Señor Almirante, que pienso mas en Mercedes de Valverde, que de otra cosa ninguna, en este grave negocio. Ella es mi estrella polar mi religion, mi Catay. Proseguid en nombre del Cielo, y haced cuantos descubrimientos os plazca, llegad á Cipango, ó á la parte mas remota de las Indias; retad al Grau Khan en su trono y yo seguiré en pos vuestro, con una pobre lanza, y una espada mesquina jurando á voces que la doncella de Castilla no tiene igual, y recorriendo el oriente para hacer bueno á la faz del universo todo, que ella carece de simil, aunque vengan sus competidoras en fermosura desde los cuatro ángulos de la tierra!

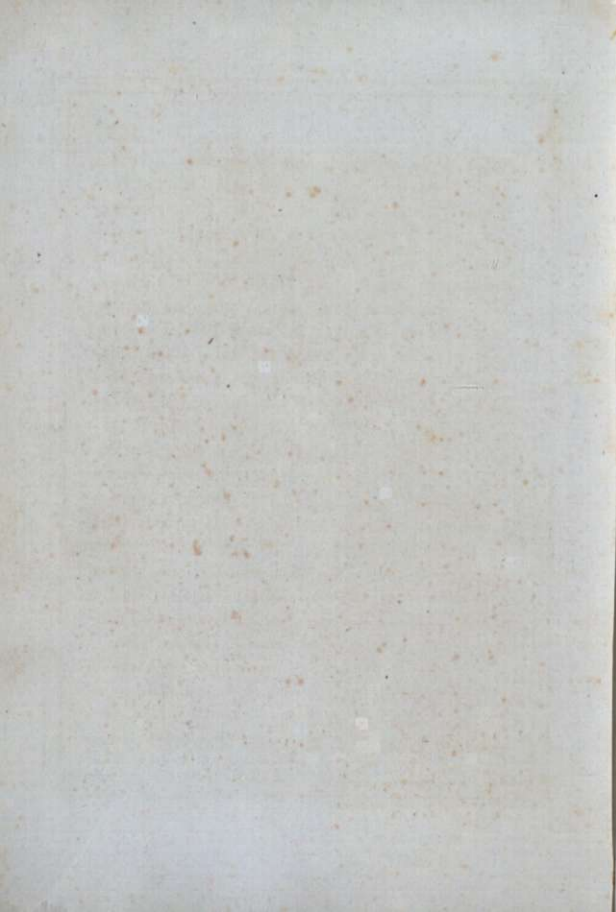
Mientras permitió Colon que la gravedad de su semblante se relajara algun tanto al oír esta rapsodia no por eso lo juzgó intempestivo cohibir con una ligera reprimenda la liviandad de semejantes espresiones.

Duéleme hallar, jóven amigo, que no tenéis los sentimientos adecuados; cual convendrian, al que se halla comprometido en una obra de mandato espreso del Cielo. ¿No prevées, la larga serie de sucesos que en toda probabir

¿idad resultarán de este viage? el ensancho de la religion, por medio de la santa iglesia, las conquistas de imperios lejanos, con su sometimiento al cetro de Castilla; el ajuste de los puntos disputados en la filosofia, en las ciencias, la adquisicion de tesoro inagotable, con la última y mas honrosa consecuencia de todo, la recuperacion del Santo Sepulcro del Hijo de Dios, arrancándolo de manos de los Infieles?

—No hay duda, Señor Colon, no hay duda, todas esas ventajas columbro, pero veo á Doña Mercedes al cabo de todas ellas. ¿Qué me importa el oro, si ya poseo... ó poseeré pronto mas de lo que necesito? ¿Qué tengo yo que ver con el engrandecimiento del cetro castellano, si jamás puedo llegar á ser rey? y respecto al Santo Sepulcro, dadme tan solo á Mercedes y á imitacion de mis antepasados ya finidos, vedme aquí dispuesto á hacer astillas una lanza con el infiel mas forzado que nunca llevó turbante, bien en esta ó en cualquiera otra disputa. En fin Señor Almirante, guiad á donde vos plazca y aunque nos aventuramos con distintos ob-





getos á la mira, y con esperanzas diversas no dudeis que nos encaminen al mismo término. Conozco que es preciso prestaros sosten para la consecucion de este grande y noble designio, y poco interesan las causas que me hayan hecho agregarme á vuestro séquito.

—Sois un jóven, Luis, ligero de cascos, y preciso es seguiros la corriente, aunque solo sea por amor de la tierna y piadosa damisela, que, segun parece, es la señora absoluta de todos vuestros pensamientos.

—Bien la habeis visto, señor, y decir podeis si no es la mas digna de ocupar las mientes de todos los jóvenes que hay en España.

—Hermosa es, y llena de virtudes, de nobleza, y de celo tambien por la prosperidad de este viaje. Todos estos son méritos bien raros, y debe disimularos vuestro entusiasmo á favor de ella. No olvideis, empero, que á fin de ganarla, importa primero ganar las costas de la gran Catay.

—Materialmente, querreis decir, señor almirante; pues con los ojos de la imaginacion, las veo claras y bien distintas, y apenas otra ninguna cosa, con Mercedes puesta de pun-

tillas en sus playas, sonriéndose para darnos la bien venida, y, por San Pablo! á veces llamándonos ansiosa con la mano, y con aquella sonrisa que enciende el alma con su hechiceria, aun mientras apacigua el fervor con su modestia. La bendita Virgen Maria nos dispense pronto un viento favorable, para que podamos dejar este fastidioso rio, y este cansadísimo convento!

Nada contestó Colon; pues, mientras tributaba las consideraciones debidas á la impaciencia de un amante, volvianse sus pensamientos á asuntos de mayor gravedad, y de tendencia demasiado seria, para que pudiesen distraerlos largo tiempo ni aun las locuras mismas de un amador.



ninguna cosa, con merced puesta de pun-
las veo claras y bien distintas, y apenas otra
mitante; pues con los ojos de la imaginacion,
—Material—

CAPITULO IV.

No le llora solo Zayda
Mas cuantos suelen vivir
Entre el muro de la Alhambra
Y fuentes del Albaicin.

BRYANT.

LEGO por fin el momento de la partida. Estaba á mano el instante que tanto anhelara el Genovés, y luengos años de pobreza, de menosprecio, y de procrastinacion quedaban todos olvidados en aquella hora bendita; ó bien si recurrian á su constante recuerdo no era ya con la amargura de la existencia diferida. Velase por fin el navegante en posesion de los medios para conseguir el primero y grandioso objeto para el cual habia vivido los últimos

quince años, con la esperanza en perspectiva de tornar el éxito de su aventura actual en piedra de ascenso hácia la consecucion de la conquista del Santo Sepúlcro. Mientras los que le rodeaban veian con asombro los ténues recursos, en cuya virtud unos fines tan vastos habian de alcanzarse, ó quedábanse heridos de estupor al contemplar la temeridad aparente de una empresa que parecia poner á coto las leyes de Natura, y dar por nulas las reglas de la Providencia, aquel hombre singular iba tranquilizándose á medida que mas se aproximaba la hora de hacerse á la vela, y oprimia su alma únicamente la sensacion de un júbilo intenso á par que sóbrio. Dijo en voz baja fray Juan Pérez al noble Don Luis, que el gozo del almirante solo podia compararse justamente á los arrebatos apacibles de un alma cristiana, próxima á despedirse de este valle de zozobras, para entrar en la fruicion desconocida aunque cierta de la inmortalidad bendita.

Tal, sin embargo, no era por título ninguno la disposicion moral de cuantos existian en Palos. Verificóse el embarque durante la

tarde del 2 de Agosto; siendo la intencion de los pilotos navegar los bajeles aquel dia hasta una punta á la altura de la ciudad de Huelva, donde la posicion seria mas favorable para darse á la mar, que permaneciendo anclados en frente de Palos. La distancia aunque en sí muy frívola, era el principio de un viage, y para muchos equivalia á cortar de una vez las cuerdas de la vida, el hacer aun este corto movimiento. Colon mismo se embarcó de los últimos, pues tenia que despachar pliegos á la corte, y desempeñar otros deberes importantes. Al fin, salió del convento, y acompañado de Luis y del guardian tomó tambien su camino hácia las playas. Este pequeño tránsito se hizo en mudo silencio, pues cada uno de los tres se hallaba sumergido en pensamientos profundos. Nunca, antes de aquella hora, habia parecido la empresa tan peligrosa é incierta al excelente franciscano. Caminaba Colon revistando en sus mientes los diversos detalles de la expedicion, mientras Don Luis pensaba en la doncella de Castilla, nombre que habia puesto el mancebo á su Mercedes, y en los muchos y abur-

ridos dias que era preciso transcurriesen antes que pudiera esperar verla otra vez.

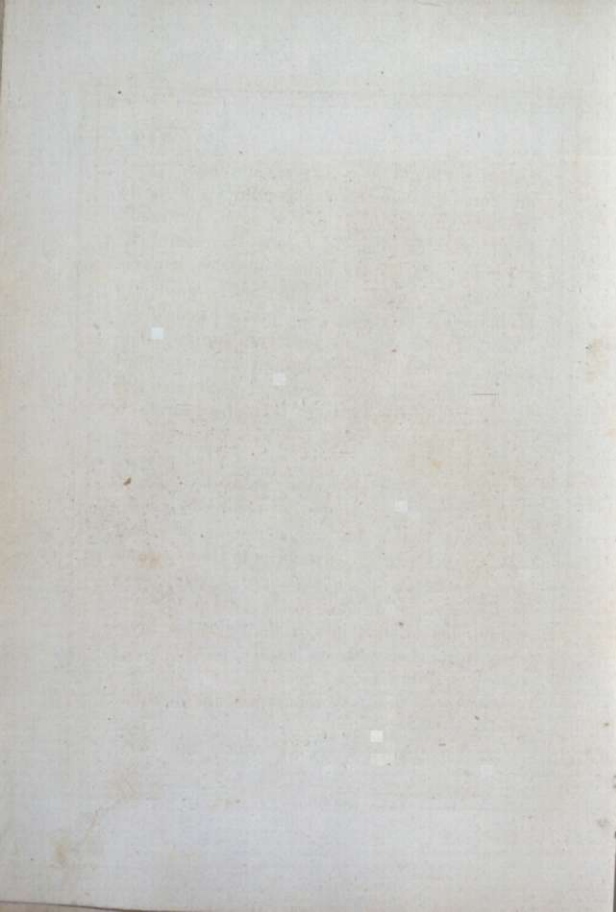
Paráronse en la playa, para aguardar que llegase el bote, y en un sitio apartado de las casas del pueblo. Allí fray Juan Perez se despidió de sus dos amigos. El largo silencio que todos habian conservado, era mas solemne que lo hubiera sido cualquier discurso ordinario; pero ahora fué indispensable interrumpirlo. Conmovidamente el prior no le fué posible durante un largo rato confiar sus palabras á la lengua.

—Señor Colon, prorrumpió el sacerdote al fin, hace ahora muchos años que os presentásteis en la porteria de nuestra Madre y Señora de la Rábida... para mí han sido estos unos años muy breves de amistad y de gozo.

—Ya han pasado siete, fray Juan Perez, contestó el navegante, siete cansados años han sido para mí, en calidad de pretendiente—otros tantos de satisfaccion, padre mio, en cuanto á vos respeta. No penseis que podrá jamás olvidárseme la hora, en que, conduciendo á mi hijo Diego, empobrecido, er-



Cristobal Colon.



rante; sin hogar ni recursos, caminando á pie, me detuve á vuestras santas puertas, á fin de implorar un poco de pan y agua, poniendo á tributo la caridad de vuestro convento! El porvenir está en las manos de Dios; lo pasado, empero, queda gravado aquí—poniendo la mano en el corazon—y jamás puede olvidarse. Habeis sido mi constante amigo, venerando guardian; y eso tambien en una época en que á nadie hacia favor el declararse patrono de un Genovés sin renombre. Si algun dia los hombres llegaren á variar de opinion respecto á mi...

—Ah, señor almirante, ya han variado á estas horas, interrumpió el prior con gravedad. ¿No teneis los despachos de la reina? ¿No contaís con el patrocinio de Don Fernando? ¿No lleváis por compañero á este joven noble, aunque de incógnito todavia. ¿No os siguen los buenos deseos de todos los hombres ilustrados? ¿No os lanzais, por último, á este grandioso viage, llevando con vos mayor parte de nuestras esperanzas que de nuestros recelos?

—En cuanto á vos se refiere, apreciable

fray Juan Perez, eso puede ser verdad. Cónstatme que llevo todos vuestros mejores deseos á favor de mi aventura; y tambien conozco que tendré parte de vuestras preces. Pocos sin embargo, quedarán en España, que piensen en Colon, con esperanza ó respeto, mientras andamos errantes por el gran desierto del Occéano, á no ser unos cuantos, cuyo número es asaz reducido. Mucho me temo que hasta en este mismo instante, cuando los medios de averiguar la certidumbre de nuestras teorías se hallan puestos por obra, cuando nos hallamos, como quien dice, en los umbrales mismos del arco triunfal que va á introducirnos en las Indias, poquísimos son los que creen en las probabilidades del éxito.

—Teneis de vuestra parte á Doña Isabela, señor.

—Y á Doña Mercedes tambien, interpuso Don Luis; prescindiendo de mi tia, que tan sincera como decididamente os apoya.

—Señores: solo pido unos cuantos meses, dijo Colon, con la cara levantada hácia el Cielo, y la cabeza descubierta, mientras sus canosos cabellos flotaban en la brisa, é iluminaba

sus ojos la luz del entusiasmo... unos pocos y cortos meses que tan rápidos pasan delante del hombre feliz... que hasta para el desgraciado soportables parecer pueden; mas que para nosotros tendrán la similitud de siglos, van ahora á decidir la cuestion. Padre guardian, mas de una vez he dejado las riberas de la mar, convencido de que llevaba mi vida en un hilo, conociendo todos los peligros del Occéano, y con esperanza igual de encontrar la muerte como un próspero regreso; pero, en este glorioso instante no me asedian dudas; y respecto á mi vida, cónstame que se halla en la santa guarda de Dios, mientras mis esperanzas de buen éxito reposan en la sabiduría del Altísimo.

—Esos sentimientos consoladores son en una hora tan solemne, ilustre almirante, y espero devotamente que las resultas los justifiquen. Pero, ahí viene el bote, y preciso es que nos despidamos. Bien sabeis, señor, ó mas bien hijo mio, que mi espíritu irá con vos en esta momentosa empresa.

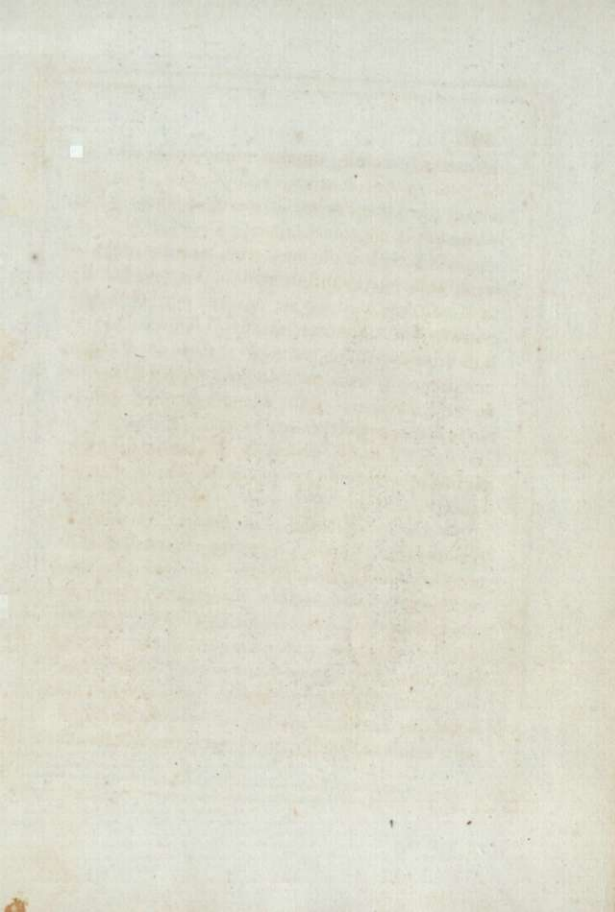
—Santo guardian, acordaos de mí en vuestras oraciones. Débil soy, y mucho necesito

de vuestro sosten; mucho confio en la eficacia de vuestra intercesion, robustecida con las preces de vuestros piadosos hermanos. ¿Nos concedereis algunas misas?

—No dudeis de nosotros, amigo: cuanto la Rabida pueda influir con la Virgen bendita ó con sus santos, se pondrá por obra incesantemente á favor vuestro. No es dado al hombre prever los sucesos que la providencia dirige; y aun cuando juzgamos tan cierto este designio que ideado habeis, puede no obstante salir fallo.

—No fallará, señor; hasta aqui lo ha dirigido el Supremo, y permitir no ha que se frustre.

—No lo sabemos, Colon; nuestra sabiduria no pasa de ser un grano de mostaza, entre las arenas de la ribera, cuando se compara con sus inescrutables designios. Vivid seguro, empero, que como es posible aconteciese que volviérais chasqueado y abatido, siempre hallareis para vos abiertas de par en par las puertas de Santa Maria; pues que á nuestros ojos igual mérito tiene el que emprende con nobleza, como en el concepto de los de-





mas hombres el que concluye con prosperidad.

—Ya os entiendo, santo prior; y el vaso y el plato que dispensasteis á mi Dieguito, no fueron para mi menos gratos que esta prueba de vuestra amistad. No quisiera partir sin vuestra bendicion.

—Arrodillaos pues, señor almirante; porque en este acto no va á hablaros Juan Perez de Marchena, ni á pronunciar las sagradas palabras, sino un ministro de Dios y de su santa Iglesia. Estas arenas mismas no serán un lugar indigno para recibir semejante ventaja.

Tanto los ojos de Colon como los del guardian se arrasaron en lágrimas, pues en aquel instante sus corazones se hallaban conmovidos por los sentimientos naturales á ocasion tan solemne. El primero amaba al último porque habia probado que era amigo suyo, cuando los amigos eran tan escasos y estaban tan recelosos; y el digno fraile profesaba al gran navegante aquella especie de cariño que tienen los hombres por aquellos á quienes han nutrido y educado. Cada cual respetaba y te-

nia en aprecio los motivos del otro, existiendo un vínculo de union en su reverencia mancomunada hácia la religion de Cristo. Arrodillóse Colon en las arenas, y recibió la bendicion de su amigo, con el humilde acatamiento de la fé, y con sensaciones de reverencia harto parecidas á aquellas, con que un hijo piadoso escucha las bendiciones que le prodiga su padre natural.

—Y á vos, jóven noble, prosiguió fray Juan Perez con voz tomada, no os servirán de perjuicio las preces de un anciano sacerdote.

Semejante á la mayor parte de los hombres en aquella época, Don Luis, en medio de sus sentimientos impetuosos, y de sus propensiones juveniles, tenia atesorada en su corazon la imágen del hijo de Dios, y conservaba un respeto habitual hácia las cosas sagradas. Púsose de hinojos sin demora, y prestó oído á las trémulas palabras del eclesiástico con accion de gracias y ademan respetuoso.

—Quedad con Dios, santo guardian, dijo el navegante, apretándole la mano á su amigo. Me habeis amparado cuando otros abandonado me hubieron; mas confio en el Al-

tísimo, que no está muy lejano el día, en que los que en mis predicciones confiáran, dejen de sentir zozobra á la mencion de mi nombre. Olvidaos de nosotros en todo, escepto en vuestras preces, durante unos cuantos meses de rápido deslizar, y aguardad luego unas nuevas, que, fuera de toda duda, enaltecer á Castilla habrán hasta un pináculo de renombre, que hará de esta conquista de Granada un mero incidente de interés efímero entre las glorias del reinado de Fernando é Isabela.

No dijo esto Colon en tono jactancioso, sino con el plácido ahinco de un hombre que descubria una verdad, oculta á la vista de los otros; y veíala con intensidad tan clara, que el efecto de su vision moral dió margen á una confianza semejante en un todo á la que produce una evidencia en los sentidos de los hombres ordinarios. Comprehendióle el prior, y la aseguanza así transmitida, alentó el ánimo del digno franciscano, aun mucho despues de haberse apartado de su amigo. Con un largo abrazo se despidieron.

A este tiempo, habia llegado á la playa el

bote de Colon. Al dirigirse hacia él con pasos lentos el ilustre navegante, pasó corriendo junto á él una joven desatentada, y sin hacer caso de su presencia, ni de la de Don Luis, abrazó con desespero á un marino que acababa de saltar de la lancha para salirle al encuentro. Despues de haber permanecido sobre su seno algunos instantes, enagonia indescribible y llorando cual acostumbran las mujeres en los primeros transpartes de sus emociones,

—Vente pues, Pepe mio, dijo por fin la joven esposa, con acentos apresurados y sumiso afan, cual se espresaria quien intentase persuadirse que era imposible negarse á tal súplica.—Vente Pepe mio; tu niño ha llorado mucho por ti, y ya has llevado el asunto mas allá de todo aguante.

—No, Mónica, no; contestó el marido, mirando desoslayo á Colon, quien ahora se hallaba bastante cerca para oir estas palabras—bien sabes que no es por mi deseo que me hallo alistado en este viage desconocido. Con mil amores lo abandonaria; pero las órdenes de la reina son demasiado fuertes para un pobre

marinero como yo, y obedecerlas es preciso.

—Esas son tonterías, Pepe, repuso la muger tirando de su marido por la almilla, á fin de apartarle de las márgenes del agua.—Bastante mal rato me has dado ya; vente, pues, á mirar de nuevo á tu hijo.

—No ves que el almirante está cerca, Mónica; y estamos faltándole al respeto debido.

La deferencia habitual que tributaban los humildes á los poderosos en aquella época, hizo que la muger interrumpiese sus instancias. Miró ella á Colon con aire suplicante, y tornáronse elocuentísimos sus bellos ojos negros, animados con los sentimientos de esposa y madre, mientras dirigia la palabra al navegante mismo.

—Señor, dijo con ansiedad la cuitada ¿es verdad que ya no necesitáis á mi Pepe? El pobre ha ayudado á llevar á Huelva vuestras naves, y ahora su muger y su hijo le llaman de vuelta á casa.

Conmovió á Colon el desconsuelo de aquella muger, cuyos sentidos manifestaban en cierto grado el desequilibrio que suele padecer la razon en casos de pena excesiva, y contestó—

le en términos menos ásperos, que en momentos tan críticos se hubiera hallado quizás dispuesto á hacer, respecto á cualquiera que mostrase síntomas de desobediencia.

—A tu marido se le honra en habérsele escogido por compañero nuestro en este gran viage, dijole él; en vez de llorar su destino, te conducirias mejor como esposa de un marinero valiente, si te regocijases de su buena fortuna.

—No le creas, Pepe mio; pues habla inspirado por el Maligno á fin de conducirte á tu perdicion. Ha proferido blasfemia, y desmentido la palabra de Dios, al asegurar que la tierra es redonda, y que se puede navegar hacia Levante, dirigiendo el rumbo á Poniente, á fin de arruinarte á ti y á otros, alucinándoos para que le sigais.

—¿Y por qué habria yo de hacer eso, buena muger? preguntóle el almirante. ¿Qué iba yo á ganar con la perdicion de vuestro marido, ó con la ruina de alguno de sus camaradas?

—No lo sé... ni tampoco me importa... Pepe es el todo para mí, y él no irá con vos,

á este loco y malvado viage. Ningun bien puede resultar de una espedicion que se empieza por desmentir las verdades del Altísimo.

—¿Y qué desgracia particular recelas en este viage mas que en otro ninguno, que asi te ases de tu esposo, y te permites semejantes discursos para quien tiene para lo que hace la autorizacion de sus Altezas? Bien sabias que era marinero cuando te casaste con él, y sin embargo, quisieras impedir que tu marido sirviese á la reina, cual le obligan su ejercicio y deber.

—Vaya en buen hora contra el Moro, el Portugués ó la gente de *Ingalatierra*, pero no viage en el servicio de Satanás. ¿A qué decirnos que la tierra es redonda, señor, cuando nuestros ojos nos aseguran que es plana? ¿y si es redonda, como habrá de volver jamás una nave que por su declive vaya descendiendo dia tras de dia? La mar no corre hacia arriba, ni tampoco una caravela puede trepar por una catarata. Y luego que durante meses enteros hayais corrido un largo en el interminable océano, ¿de qué modo podreis vos, y los que os acompañan, descubrir nun-

ca el rumbo que tomar habreis, á fin de tornar al punto de vuestra salida? Oh, señor, Palos es una villa muy pequeña, y tan luego como se pierda de vista en tal confusion de cosas, ¿quién da con ella otra vez?

—Aunque todo esto aparezca necio y frívolo, observó Colon, volviéndose con tranquilidad hácia Luis, es cabalmente lo que he estado sugeto á oír de boca de los hombres instruidos, durante los últimos diez y seis años. Cuando las tinieblas de la ignorancia ofuscan el ánimo, evocan los pensamientos mil razones mas huera y valadies que los fenómenos de la naturaleza que parecen tan vanos al espíritu obcecado de tal suerte. Probaré el efecto de la religion sobre esta muger, y convertiremos sus sentimientos actuales acerca de ese punto, de enemigos que eran, en fieles aliados.

—Mónica,—prosiguió el almirante llamándola familiarmente y con cariño por su nombre—¿eres cristiana?

—Virgen purísima! señor almirante; ¿y qué otra cosa pudiera yo ser? ¿Creeis que Pepe se hubiera casado con una muchacha moruna?

—Escúchame, pues, y sábetelo que te portas de un modo en nada parecido al de los fieles. No es el Moro el único infiel que existe sobre esta tierra, la cual gime bajo el peso de las infidelidades y de los pecados. No son mas numerosas las arenas tendidas por estas playas que el número de incrédulos en el solo reino de Catay; pues hasta ahora ha señalado Dios una parte muy reducida del orbe á los que ancoran su fé en la mediacion de su hijo. Hasta el sepúlcro del Salvador se encuentra todavia bajo el poder de los infieles.

—Ya he oido hablar de eso, señor; y mil lástimas dá que tan endeble sea la fé entre aquellos que votado han obediencia á la ley de Dios, para que un mal tan grave no haya nunca encontrado remedio.

—¿No te han dicho tambien que tal por algun tiempo ha de ser el destino del mundo? esa luz, empero, resplandecer habrá luego que la Palabra se pronuncie, y retumbe cual sonido de trompeta en los oidos de los infieles, y cuando la tierra misma constituya un vasto templo, repleto de las alabanzas de Dios, del amor de su nombre, y de la obediencia á sus voluntades?

—Señor, los santos padres de la Rabida y los curas de nuestra parroquia, nos consue-
lan á menudo con tales esperanzas.

—¿Y nada has visto recientemente para
alentar esas esperanzas, para hacerte creer que
Dios se acuerda de su pueblo, y que la luz
comienza ahora á alborear entre las tinieblas
que á la Epaña ofuscan?

—Pepe mio, imposible que su esclencia
no aluda al último milagro que se operó en
el convento, donde dicen que lágrimas ver-
daderas cayeron de los ojos de la Virgen Ma-
ría, mientras estaba mirando al niño recosta-
do en sus brazos.

—No quiero decir eso, interrumpió Colon
algo secamente, al mismo tiempo que se san-
tiguaba, aun mientras hacia muestra de dis-
gusto á la alusion de un milagro que era de-
masiado vulgar para su ilustrado entendimien-
to.—No me refiero á esa disputable maravi-
lla, que permitirse puede se le dé crédito ó
no; pues que carece del apoyo de la autori-
dad eclesiástica. ¿No puede tu fé ni tu celo
sugerirte que mis palabras tuvieron por ob-
jeto el triunfo de nuestros dos soberanos, y

con el cual se ha hecho tan señaladamente visible á los incrédulos el poder de Dios, egercido para el adelanto de la religion santa?

—Habla de la espulsion del Moro, Pepo mio, exclamó la muger mirando á su marido con deleitados ojos; de ese suceso que ha tenido lugar poco hace, segun cuentan, quedando vencida la ciudad de Granada; en cuyos muros, he oido decir, ha entrado triunfante Doña Isabel.

—En esa conquista estas viendo el principio de las grandes hazañas de nuestros dias. Granada tiene ya sus Iglesias, y la distante tierra de Catay no tardará en seguir el ejemplo de aquella ciudad. Estas son hechuras del Señor, muger sencilla, y al retraer á tu marido de esta gran empresa, le impides que gane del cielo un premio señalado, y sin sabiendas puedes ser el instrumento que atraiga una anatema en vez de una bendicion sobre ese mismo niño, cuya imágen ahora ocupa tus pensamientos mucho mas que la de su Hacedor sacrosanto, y Redentor divino.

Quedó estupefacta la muger, mirando primero al navegante, y luego á su esposo, des-

pues de lo cual, dejando caer la cabeza sobre el seno, se santiguó con devoción. Recobrándose en breve de su amilanamiento, tornó á volverse hacia Colón, y le preguntó con ahinco:

—¿Y vos, señor, os dais á la vela con el deseo y la esperanza de servir al Altísimo?

—Tal es mi objeto principal, buena mujer. Llamo al cielo mismo por testigo de la verdad que profiero; así prospere mi viage, en proporcion de la veracidad de mis dichos.

—¿Y vos tambien, señor, prosiguió ella dirigiendo la palabra á Don Luis con presteza igual, es para servir á Dios que emprendéis este inusitado viage?

—Si no precisamente en obediencia á los mandatos de Dios mismo, honrada jóven, es á lo ménos porque me lo ordena un ángel.

—¿Y crees que es así, Pepe mio? ¿Porqué pues nos han engañado, y se ha dicho tanto y con tanta injusticia del almirante y de sus razones?

—¿Y qué se ha dicho? preguntó con calma el Genovés. Habla con franqueza, no temas que me disguste.

—Señor, tenéis vuestros enemigos, como otro hombre cualquiera; y las esposas, y las madres y las novias de Palos, no han andado remisas en dar suelta á sus sentimientos. En primer lugar dicen que sois pobre.

—Eso es tan cierto y palpable, buena muger, que seria ocioso empeñarse en negarlo ¿mas es la pobreza un delito en Palos?

—Poco se respeta á los pobres, señor, en toda esta comarca. Ignoro el motivo, pues á mis ojos son lo mismo que los demás; pero lo cierto es que pocos nos miran con aprecio. Luego dicen, señor, que no sois Castellano, sino Genovés.

—Tambien es verdad; ¿y es ese un crimen igualmente entre los marinos de Moguer, quienes deben estimar á un pueblo tan célebre por sus hazañas en la mar como el de la soberbia república?

—Nada sé de eso, señor; pero muchos juzgan que es un baldon no pertenecer á España y mas particularmente á Castilla, que es patria de la misma Doña Isabel, ¿y en verdad, como puede juzgarse tan honorífico ser Genovés como Español? Yo preferiria que mi Pe-

pe se diese á la vela á las órdenes de un Español; y mejor cien veces, de un piloto de Palos ò de Moguer de Andalucía.

—Tu argumento es ingenioso cuando no concluyente, repuso Colon sonriéndose, única manifestacion exterior que descubria sus sentimientos interiores: mas ¿no puede servir á Dios un hombre porque sea pobre y Genovés?

—¿Quién lo duda, señor? y yo tengo mejor concepto de este viage desde que sé vuestros motivos, y desde que visto os he, y conversado con vos. Mas siempre, es un duro sacrificio para una jóven esposa permitir que vaya su marido á una espedicion tan desacreditada... y ese, padre de su único hijo.

—Aquí teneis á un jóven noble, hijo único tambien, amante fino y de temple impetuoso, rico, condecorado, y dueño de sus acciones y voluntades, quien no solo se embarca en mi compañía sino que lo verifica con el beneplácito... mejor dijera, por la orden espresa de su amartelada.

—¿Y es verdad eso, señor? preguntó la muger con anhelo.

—Es tan cierto, buena muger, que mis mayores esperanzas dependen del viage presente! ¿no os dije que me embarcaba por mandato de un ángel?

—Estos señoritos tienen la lengua tan melosa! Pero, señor almirante, pues tal es vuestro titulo, añaden ademas, que para vos este viage solo puede acarrear honores y fortuna, mientras producir habrá miseria y muerte á vuestros seguidores. De pobre y desconocido os torna un elevado oficial de la reina, y no falta quien piense que las galeras venecianas llegarían á puerto algo aligeradas de sus cargamentos valnables si aconteciera que topaseis con ellas por el camino.

—¿Y todo eso que perjuicio puede traer á tu esposo? Yo voy adonde él va, participo de sus riesgos, y en su compañía espongo mi vida al lado de la suya. Si se ganase oro de resultas de esta aventura, no quedará olvidado en el repartimiento; y dado caso que nos alleguemos al cielo en virtud de nuestros peligros y trabajos, tu Pepe no saldrá desgancioso. Cuando se nos emplaze á dar la última y estrecha cuenta, buena muger, á na-

die se le preguntará si fué en este mundo un Genovés ó un descamisado.

—Verdad es, señor, y sin embargo, cosa dura es arrancar á una jóven esposa de los brazos de su marido. ¿De veras, Pepe, quieres embarcarte con el señor almirante Colon?

—Un bleo me importa, Mónica mia; se me ordena que obedezca á la reina, y nosotros hombres de mar, no tenemos derecho de poner á discusion la justicia de sus mandatos. Ahora que he oido hablar á su escelencia sobre este asunto me pesa en las mientes mucho ménos que antes.

—Si á Dios ha de servirse con todas veras en este viage, prosiguió la muger, no debes hacerte mas reacio, esposo mio, que otro cualquiera. Señor ¿dais licencia para que mi Pepe pase la noche con su familia; so convenio de que por la mañana se presente á bordo de la Santa Maria?

—¿Y qué fianza tengo yo para asegurarme de que se cumplirá esta condicion?

—Señor almirante, somos cristianos mi Pepe y yo, y servimos á un mismo Ser Supremo—un mismo Salvador redimido nos ha.

—Razon teneis, y en ella confio. Pepe, quedarte puedes en tierra hasta el alba de mañana, cuando espero encontrarte en tu puesto. No saltará gente para remar sin ti.

Dióle la muger una ojeada que espresaba su gratitud, y creyó Colon que leia en ella una aseguanza de buena fé en su noble ademan español y mirar altivo. Como ocurriesen algunos frivolos quehaceres en la lancha previó á desatracar esta de la arena, paséronse un rato por la playa el almirante y Don Luis en familiar coloquio.

—Esta es una muestra de las preocupaciones que he tenido que superar y sufrir, á fin de obtener hasta allá arriba unos ténues recursos para llevar á cabo los designios bendadosos de la Providencia, dijo Colon tristemente, aunque hablando sin acrimonia. ¿Es un crimen ser pobre? ¿haber nacido Genovés? ¿ser todo menos que aquello que se consideran los jueces y señores de uno? Vendrá el dia, condecito de Llera, cuando Génova no habrá de creerse deshonrada de modo alguno, por haber sido cuna de Christóforo Colombo, y cuando vuestra misma orgullosa Castilla participa-

ria con mil amores de tal deshonor! Poco sabeis, jóven noble, hasta que punto os halla adelantado en la senda del renombre, y hácia las grandes proezas, por haber nacido de cuna ilustre y hallaros poseedor de haciendas cuantiosas. Aquí me veis, un hombre avanzado en años, con la cabeza emblanquecida por culpa del tiempo y de los padeceres, y sin embargo solo me encuentro pisando los umbrales de una empresa que va á dar á mi nombre un lugar entre el de los varones que á Dios han servido, y hecho progresar el bien de sus semejantes.

—¿No es ese el curso comun de las cosas por toda la tierra? ¿Los que se hallan colocados mas abajo del nivel de sus merecimientos no bregan por alzarse hasta la condicion á la que intentára la naturaleza hacerles pertenecer, mientras aquellos á quienes la suerte ha favorecido, por conducto de sus antepasados, se contentan frecuentemente con vivir ceñidos de los honores que por su propia mano no consiguieran? Solo veo en esto la naturaleza del hombre, y el uso del mundo.

—Teneis razon, Luis, pero la filosofia y

los hechos son cosas muy distintas. Dado nos es raciocinar tranquilamente sobre los principios, cuando su aplicacion en la práctica nos causa mucha pena. Poseeis una naturaleza franca y varonil, noble doncel; ni temeis el escarnio del cristiano, ni la lanza del Agareno; y os veo pronto á retar á cualquiera sin temor y con verdad. Siendo Castellano vos mismo, ¿creeis tambien de todas veras que un paisano vuestro sea mejor que uno que naciera en la república veneciana?

—No si fuese el tal Genovés, Don Cristóval Colon mi almirante, y el Castellano únicamente Luis de Bobadilla, contestó riéndose el mancebo.

—No hay que andarse en negativas; ¿teneis alguna nocion semejante á la que acaba de manifestar con tanta franqueza la muger de Pepe?

—¿Qué pretendeis, Don Cristóval? El hombre es uno mismo en España, que lo es entre los Italianos y los Ingleses. ¿No es su vicio mas ridiculo juzgar bien de si mismo y mal de su prógimo?

—Una pregunta lisa y llana, que llana y lisamente se hace, Luis, no ha de responderse con una verdad de Pero Grullo.

—Ni tampoco ha de confundirse una réplica cortés, y franca, con un esugio. Nosotros los de Castilla somos humildes y rancios cristianos, y por la misma razon nos creemos intachables, y á los demas hombres unos pecadores de marca mayor. Por Santiago de bendita memoria! basta, para hacer orgulloso á un pueblo, el haber dado nacimiento á una reina como Doña Isabela y á una noble virgen cual Mercedes de Valverde.

—Esa es doble lealtad, pues con un mismo aliento sois fiel á vuestra reina y á vuestra señora. Con eso he de satisfacerme por fuerza si bien nada tiene de contestacion á mi pregunta. Mas, aunque no soy Castellano, ni los Guzmanes mismos se han atrevido á emprender el viage á Catay, y todavia la casa de Trastamara puede alegrarse de reconocer que uno de Génova les ha prestado tan relevante servicio. Dios no hace caso de las condiciones mundanas, ni de los humanos límites al elegir sus agentes; porque la mayor parte de sus santos fueron viles Hebreos, y Jesus mismo tuvo su cuna en Nazaret. Veremos, jóven noble, veremos lo que el espa-

se con una verdad de Pero Guallo.

cio de tres meses haya de revelar á la admiracion de los hombres.

—Señor almirante, espero y ruego á Dios sea la isla de Cipango y las regiones del Gran Khan: en caso contrario hombres somos no solo para sobrellevar nuestros trabajos, sino para sufrir con paciencia nuestros sinsabores.

—Respecto á sinsabores en esta materia, no espero ninguno, ahora que tengo la régia fé de Isabela y estas buenas naos para mi sosten: la charanga que navega desde Madeira á Lisboa no está mas segura de ganar el puerto que lo estoy yo de llegar á Catay.

—No hay duda, señor Colon, que cuanto navegante alguno hacer puede, vos podéis hacerlo, y conseguirse habrá. La frustracion, sin embargo, parece ser destino inevitable del hombre, y bueno fuera que todos estuviésemos preparados para sufrirla.

—El sol que está hundiéndose ahora tras ese alcocer, amigo Luis, no brilla mas claro á mis ojos que el derrotero de las Indias; lo he visto durante diez y siete años, tan distinto como ahora vemos esos buques anclados en el rio; mas brillante que la estrella

polar, y no dudo que tan fiel como ella. Bien está el hablar de frustraciones pues que son hijuela de la especie humana; ¿y quién conocerá esto mejor que uno á quien siempre ha servido de lazarillo la falsa esperanza durante los años menos frágiles de su ciega carrera, ora alentado por los príncipes, por los eclesiásticos, por los hombres de gobierno; ora mofado y escarnecido como un proyectista soñador sin razones ni hechos para sostener sus teorías?

—Por san Pedro mi nuevo santo, señor almirante, que vuestra vida en el espacio de este siglo, ó por ahí, habrá de haber sido harto penosa. Los tres meses venideros seguramente debereis contarlos como la época mas momentosa de vuestra vida.

—Poco conoceis la tranquilidad de la convicción, y confianza, replicó el navegante, si imagináis que las dudas mas ligeras me asedian, al allegarse la hora decisiva. Este dia es el mas dichoso para mí de cuantos alborear y fenecer he visto durante muchos fatigosos años; pues, aunque nada tienen de grandes los preparativos, y nuestras barcas son de

porte insignificante y ligero, constituyen los medios á través de los cuales una luz por luegossiglos oculta, está próxima á destellar sobre el mundo, y á enaltecer á Castilla á una altura que deacuelle superior con mucho á cuantas ensoberbecen á las demás naciones cristianas.

—Debeis sentir, señor Colon, que no haya sido Génova vuestro pais natal, el que se halle próximo ahora á recibir tan grandiosa dádiva, mereciéndola por sacrificios generosos y libres en pró de este célebre viage.

—No ha sido ese el mas ligero de mis pesares, hijo Luis. Duro es tener que abandonar la patria de uno en busca de relaciones nuevas, cuando la vida toca ya á su término; aunque nosotros los hombres de mar sintamos esto mucho menos tal vez que los que nunca dejan la tierra firme. Pero Génova nada quiso conmigo: y si el hijo está obligado á profesar cariño y respeto hácia su padre, así á estos incumbe el deber de dispensar proteccion y recursos á su hijo. Cuando el tronco olvida su obligacion, no ha de vituperarse al vástago si busca nutrimento y sosten

donde quiera que lo halle. Todos los deberes humanos tiene sus límites; solo aquellos que adeudamos á Dios, cesan jamás de requerir el cumplimiento debido, y la atención incesante. Génova ha sido para mí una madre dura y cruel; y aunque nada me induciria á alzar mi mano contra ella, ya no tiene derecho ninguno á mis servicios. Además, cuando el objeto de nuestras miras es la gloria de Dios, importa muy poco con cual de sus criaturas para verificarlo nos coliguemos, á fin de buscar instrumentos adecuados. No es fácil que un hombre llegue á odiar el país de su cuna; pero las injusticias pueden hacer que deje de amarle. Mútuo es el vínculo, y luego que la patria cesa de proteger la persona, el carácter, la reputación ó los derechos, el ciudadano se emancipa de todas sus obligaciones. Si la adhesión está ligada con el patrocinio, también el patrocinio está ligado con la adhesión. Doña Isabela es ahora mi ama, y después de Dios á ella serviré, y tan solo á ella. En adelante no reconoceré por mi patria sino á Castilla.

En este momento se avisó que el esqui

estaba listo, y los dos aventureros se embarcaron inmediatamente.

Preciso es que necesitase Colon todas las convicciones fijas y profundas de un temperamento exaltado para inducirle á regocijarse de que por fin hubiese conseguido los medios de satisfacer sus anhelos, si se considera con despreocupacion el importe de semejantes arbitrios. Ya se han mencionado los nombres de sus naves la Santa Maria, la Pinta, y la Niña, y aludido á su tamaño y construccion. No estará demás, sin embargo, que ilustremos al lector, á fin de que forme sus opiniones acerca del carácter de este gran designio, dando un ligero bosquejo de las naves, en especial de aquella donde ahora se embarcó Cristóval Colon acompañado de Luis de Bobadilla. Era esta, como ya hemos insinuado, la Santa Maria, buque casi de doble porte que los que en tamaño le siguieran. Este bajel se habia preparado con mayor esmero que los demás, pues se habia tenido presente la dignidad y las comodidades del gefe que á su bordo iba. No solo tenia cubierta sino que se alzaba sobre su popa un alcázar den-

tro del cual estaba la cámara del almirante. Respecto á la figura de la Santa María no se han conservado nociones exactas ni tampoco pueden aducirse de la de los buques del presente tiempo, que son tan chatos, simétricos, y artísticamente envergados; pues aunque la Santa María tuviese su alcázar y castillo de proa, cual hoy se usan, no estaban contruidos con el recogimiento y desembarazo que los modernos. A la popa ó alcázar se le daba el nombre de castillo, por tener con este alguna caprichosa semejanza, mientras á proa se alzaba un tinglado que servia de guarida á la chusma, y de tan vastas dimensiones que estribaba sobre los bordes del buque cual si fuese una estructura separada, ocupando una tercera parte de la cubierta desde el palo mayor. Para los que no han visto las embarcaciones usadas en Europa hace un siglo, no será fácil comprender de que modo unos buques tan pequeños podian descollar tanto sobre el agua, sin riesgo; pero esta dificultad puede esplicarse, porque en la memoria de algunos vivientes han existido naves muy viejas que conservaban muchas de las peculia-

ridades de esta construccion, algunas de las cuales hemos examinado por nosotros mismos. La comba de estos barcos comenzaba en las fajas ó poco mas arriba, y pandeaba hacia los extremos, de tal suerte que reducía su anchura hacia la popa hasta casi una cuarta parte, cuando no algo mas. En virtud de estas precauciones su elevacion fuera del agua era menos peligrosa de lo que pudiera haber sido; y como siempre eran barcos cortos, con la ventaja de hacerles levantar fácilmente la cabeza, y bajos de cintura ademas, podrian considerarse seguros en las mares mas bien que lo inverso. Por ser muy cortos tenian tambien mucha anchura en la bodega; lo que si no era un elemento de ligereza, lo seria indudablemente de seguridad. Aunque solian llamarse navios á aquellos bajeles, sus aparejos no eran cual hoy se usan; pues sus arboladuras fijas descollaban mucho mas que las de hoy, esto es relativamente; al paso que los mástiles movibles eran menos numerosos y de menor importancia que los que en nuestros tiempos vemos erguirse hasta las nubes en forma de agujas delgadas. Tampoco tenia un navio

el mismo número de palos en el siglo décimo quinto que le pertenecen en el décimo nono. El término mismo, cual se usaba en todos los países meridionales de Europa, derivándose directamente del vocablo latino, *navis*, se aplicaba mas bien como voz genérica, que distintiva, y por título ninguno daba á entender una construccion particular, ó una determinada arboladura. La caravela era un navio en este sentido de la espresion, aunque tal vez no lo fuese, estrictamente si examinamos la clasificacion mas minuciosa de los marinos que la tripulaban.

Mucho ha sorprendido á los inteligentes, y con sobrada justicia, el hecho de que dos de los buques destinados á aquella extraordinaria expedicion careciesen de cubiertas. En aquellos tiempos, cuando la mayor parte de los viages de mar se hacian en direccion paralela á las costas principales, y cuando aun los que se estendian hasta las islas, eran de corta duracion, rara vez se aventuraban los bajeles á separarse mucho de la tierra; siendo costumbre entre la gente de mar, y práctica que ha llegado hasta nuestros dias en las ma-

res meridionales de Europa, meterse en puerto al ver amagos de temporal. En circunstancias semejantes, no eran muy esenciales las cubiertas, ni para la seguridad de la embarcacion, ni para el resguardo del cargamento, ó abrigo de la marineria, como sucede cuando ha de arrostrarse la plena furia de los elementos. Sin embargo, no debe suponer el lector que aquellas naves estuviesen completamente sin techumbre á causa de que no se las clasificase entre las que tenian cubiertas: esas caravelas mismas, cuando servian en alta mar, se hallaban provistas de alcázares y castillos de proa con sus crugidas de comunicacion, á que guarecian lonas embreadas ú otros arbitrios de resguardo, á fin de proteger de las rociadas, los cargamentos.

Apesar de todas estas esplicaciones deberá concederse que los preparativos para la grandiosa empresa de Colon, al paso que la fantasia de las gentes de tierra exagere su insuficiencia, se ocurren al esperto navegante como igualmente incompletos, tanto respecto á su magnitud como á sus riesgos. No es probable que tan defectuosas las juzgáran los ma-

rineros de aquella época, pues que unos hombres tan acostumbrados al océano, como lo estaban los Pinzones, no hubieran aventurado voluntariamente sus buques, su dinero y sus personas, en una expedición que no poseyese los ordinarios medios de seguridad.



CAPITULO V.



Del mar azul sobre las gayas olas
Cual ellas libre el pensamiento vaga
Y lejos hasta do la brisa corre
Y se encrespa la espuma, estensa el alma
Cual la escena que en torno se engrandece
Allí mira su imperio, allí su casa.

LORD BYRON.

COMO se retirase Colon á su cámara pronto despues de haber subido á la cubierta de la Santa Maria, no tuvo proporcion Luis de hablar con él durante aquella noche. Verdad es que se alojaba en la misma estancia, como le daba derecho su fingido destino de secretario del almirante; pero el gran navegador estaba demasiado absorto en los deberes que tenia que desempeñar antes de darse á la vela, para que

debía interrumpírsele; así pues, paseóse nuestro jóven aventurero en el estrecho recinto de la cubierta, hasta cerca de la media noche, pensando, como de costumbre, en Mercedes, y en su regreso; entónces cuando buscó el catre para descansar halló á Colon durmiendo profundamente.

El dia despues fué Viérnes; y es digno de notarse que el viage mas grandioso y feliz de cuantos se han emprendido sobre este globo, se empezó en un dia de la semana que desde tiempos muy remotos ha tenido la gente de mar por tan aciago en las empresas náuticas, que con frecuencia han diferido hacerse á la vela en él, para evitar sus desconocidas aunque receladas consecuencias. (á) Luis fué uno de los primeros que se presentó sobre cubierta, y mirando hácia arriba, notó que el almirante estaba ya en pie, y en posesion del en-

(á) Aquí el autor se ha equivocado respecto al dia tenido por aciago entre la gente supersticiosa de España. Dice nuestro adagio «En *Mártes* ni te cases ni te embarques.» Si el día de la salida hubiera sido Mártes en lugar de Viérnes, difícil habria sido en aquel tiempo y bajo tales circunstancias conseguir que se diesen á la vela los marineros de Palos. N. del T.

cumbrado castillo de popa, cuyos estrechos límites se tenían por lugar de privilegio consagrado á los usos de la categoria de distincion, y era correspondiente al mas estenso entarimado del alcázar moderno.

Todo el espacio que ocupaba este sitio de preferencia abordo de la Santa Maria, pudiera medir algunos quince pies en una direccion, y algo ménos en la contraria, constituyendo una adecuada vistilla; mas bien por su retiro y esclusion, que por sus dimensiones.

Luego que el almirante ó Don Cristóval cual ahora le titulaban los españoles, desde su nombramiento para aquel rango, que le dispensaba los derechos y consideraciones de un noble—luego que Don Cristóval advirtió la llegada de Luis, hizo seña al jóven para que subiese, y se colocase á su lado. Aunque la expedicion era tan insignificante en número y en fuerza, pues no igualaba en este último punto al poder de un moderno bergantin de guerra, la autoridad de la Soberana, la gravedad y el aspecto del mismo Colon, y sobre todo, su propio objeto tan misterioso como desconocido, le habia rodeado de cierta digni-

dad muy desproporcionada á sus recursos. Acostumbrado á cohibir las pasiones de hombres turbulentos, y conociendo la gran importancia de impresionar á sus seguidores con la idea de su alto destino y su influencia respecto á la corte, habíase retirado Colon de toda familiaridad con sus subordinados, entendiéndose con ellos por el conducto de los Pinzones y de los demas comandantes, á fin de no perder parte alguna de aquel respeto que preveía pudiera ser favorable á sus designios. No era necesaria su larga esperiencia para darle á conocer que á unos hombres apiñados en tan estrecho espacio, solo podia contenerseles en sus posiciones sociales ó profesionales en virtud de la observancia mas rígida de la disciplina, de las formas y del decoro; y al efecto habia observado una atencion debida á estos grandes requisitos, al prescribir el modo con que hubiese de prestarse el servicio á su persona, y sostenerse su dignidad personal. Este tambien es uno de los grandes secretos de la disciplina naval, pues á los que son incapaces de raciocinio, puede traerseles á que sientan, y ningun hombre se ha-

lla dispuesto á menospreciar á aquel, que ha sabido atrincherarse con los usos de la deferencia y de la reserva. Todos los dias estamos viendo lo que puede el influjo de un título ó de un nombramiento, para con los turbulentos que estan sometidos á su autoridad, cuando pudieran resistirse á ese mismo mando legal, si proviniera de una fuente menos elevada en la apariencia.

—Habreis de manteneros contiguo á mi persona, seor Gutierre, dijo el almirante, valiéndose del nombre fingido que Don Luis aparentaba ocultar bajo el de Pedro de Muñoz, pues sabia que en un bajel no falta nunca quien escuche, y queria que el jóven noble pasase por un caballero de la servidumbre del rey.—Este es nuestro puesto, y aquí hemos de pasar muchas de nuestras horas, hasta que Dios en su muy sapiente Providencia, nos haya abierto el camino de Catay y llevádonos cerca del trono del Gran Khan. Aquí está nuestro rumbo, y á través de esta estension de Occéano inmensurable es mi intento navegar.

Hablando de esta suerte Colon, señalaba

á un mapa, estendido sobre una caja de municiones, y paseaba tranquilamente su dedo por el pergamino á fin de trazar la línea que seguir ideaba. Hallábanse definidas en el mapa, con sus contornos generales, las costas de Europa, con tanta exactitud como lo permitian los conocimientos geográficos de la época, y una estension de tierras que se prolongaba hacia el Sur hasta las playas de Guinea; todo lo que existia mas allá de cuya region era *terra incógnita* para el mundo científico en aquellos tiempos. Las islas Canarias y las Azores descubiertas hacia algunos siglos, ocupaban sus sitios exactos, mientras ceñia la estremidad occidental del Atlántico una delineación caprichosa de la costa oriental de la India ó de Catay, á la que servia de orla la isla de Cipango ó Japon; y un archipiélago, representado principalmente en conformidad á los relatos de Marco Polo y de su digno pariente. Por una feliz equivocacion, hallábase colocada Cipango en una longitud que correspondia próximamente con la de Washington, ó algunas dos mil millas al este de la posicion que ocupa en realidad. Este error de Colon

respecto á la estension de la circunferencia del globo, debió haber impedido muy probablemente que su osada empresa llegase á tener un fin desastroso.

Luis, por la primera vez desde su alistamiento en la expedicion, examinó con los ojos el mapa, movido con alguna curiosidad, y sintiendo nacer en su pecho el noble deseo de resolver aquel problema grandioso, al contemplar con una sola mirada todas sus vastas resultas, tan bien como todos los interesantes fenómenos naturales que dependian de su buen éxito.

—Por San Gennaro di Nápoli! exclamó el noble.—La única afectacion que tenia Don Luis era una costumbre de invocar á los santos de los diversos países que habia recorrido, sirviéndose de los pequeños votos y exclamaciones de tierras lejanas; modo sumario de dar á entender á los que le oian, hasta donde se estendieran sus viages, al mismo tiempo que una parte de los adelantos que su educacion habia recibido de ellos.—Por San Gennaro, señor Don Cristóval, que esta travesia será en extremo meritoria, si conseguimos trazar

nuestro rumbo al través de esta vastísima zona de agua, y mucho mas aun toda vez que logremos retornar.

—Esta última dificultad es la que en este momento se presenta con mayor fuerza á la imaginacion de cuantos montan este navio. ¿No reparais, Luis, los tristes y abatidos semblantes de los marineros, y no ois los lamentos que resuenan en la playa?

Esta observacion hizo que el jóven alzase los ojos de la carta y reconociese la escena que tenia alrededor. La Niña, que era en efecto una ligerísima faluca, habia zarpado ya, y se deslizaba junto á ellos á impulso de su vela latina, que se hinchaba en su trinquete; hormigueaba en sus costados multitud de botes llenos por la mayor parte de mugeres y niños, quienes juntando las manos en la agonia de la desesperacion, lanzaban los ayes mas lastimeros. La Pinta estaba levando el ancla, y aunque la autoridad de Martin Alonso Pinzon tuviese el efecto de hacer su pesar menos clamoroso, una turba semejante rodeaba sus bordas, mientras en torno de la Santa Maria misma otra infinidad de botes surcaba las

aguas, aunque sin osar acercarse á la nave por respeto al rango y autoridad del almirante. Era claro que el mayor número de cuantos se quedaban en tierra tenia creído que ahora por última vez veía alejarse á sus amigos y parientes de aquellas playas, mientras no pocos de los navegantes mismos juzgaban hallarse próximos á dejar para siempre las costas de España.

—¿Habeis buscado á Pepe esta mañana entre la tripulacion? preguntó el almirante, pues por la primera vez en aquella mañana se le ocurría el incidente del jóven marinero. Si hiciese falsía á su palabra, pudiéramos considerarlo como un mal agüero y vigilar de cerca á todos sus camaradas, mientras haya probabilidad de escapatoria.

—Si su ausencia, señor, fuera un agüero aciago, su presencia deberá recibirse como próspero signo. El noble mozo está allá arriba sobre nuestras cabezas, alfojando las velas.

Alzó la vista Colon, y allá en verdad estaba el jóven marino, abrazado á la delgada estremidad de la entena latina, que aun entónces

llevaban las naves en su mástil de popa, columpiándose en el viento mientras desataba los tomadores que retenian la lona en sus dobleces. De cuando en cuando miraba hacia abajo, anheloso de descubrir si habia sido notado su regreso, y una ó dos veces, sus manos, tan ágiles por lo comun, se habian demorado en su ocupacion, mientras el marinero dirigia la vista hacia el timon de la nave, cual si algo tambien llamase su interés por aquel lado. Hizo el almirante una seña de reconocion al complacido grumete, quien al instante dejó caer la vela, mientras su gefe acompañado de Don Luis se dirigió al coronamiento para averiguar si habia alguna lancha arrimada al bajel. Allí, en verdad, y apegado á la popa se veia un esquife, remado solamente por Mónica, y á quien habian permitido acercarse tanto, en consideracion á su sexo. Al instante que la esposa de Pepe advirtió la presencia del almirante, levantóse del banco, y juntó las manos, mirándole con anhelo, cual si desease hablarle, pero tuviera miedo de hacerlo. Notando que á la pobre muger causaban cortedad el bullicio, la turba de

personas, y la presencia de la embarcacion, que casi podia tocar con las manos, dirigióle la palabra Colon. Hablóle con blandura, mientras sus miradas, por lo comun tan graves y aun severas á veces, suavizaba una expresion de bondad que nunca antes habia atestiguado Don Luis.

—Veo que tu marido ha sido fiel á su promesa, buena muger, dijole, y no dudo le hayas dicho que es mas prudente y varonil servir á la reina, que echarse encima el borron de prófugo.

—Si, señor, hêcholo he. Endono mi esposo á Doña Isabela, sin murmurar, ya que no con alegria, ahora que me consta vais á partir en el servicio de Dios. Conozco la perversidad de mi repugnancia, y rezaré para que él sea primero en todas ocasiones, hasta que los oidos del Infel queden abiertos á las palabras de la fé verdadera.

—Habeis hablado cual esposa española y muger cristiana. Nuestras vidas estan en las manos de la Providencia, y no dudeis de que en salud y salvedad tornareis á reuniros con Pepe, despues que haya visitado á Catay y

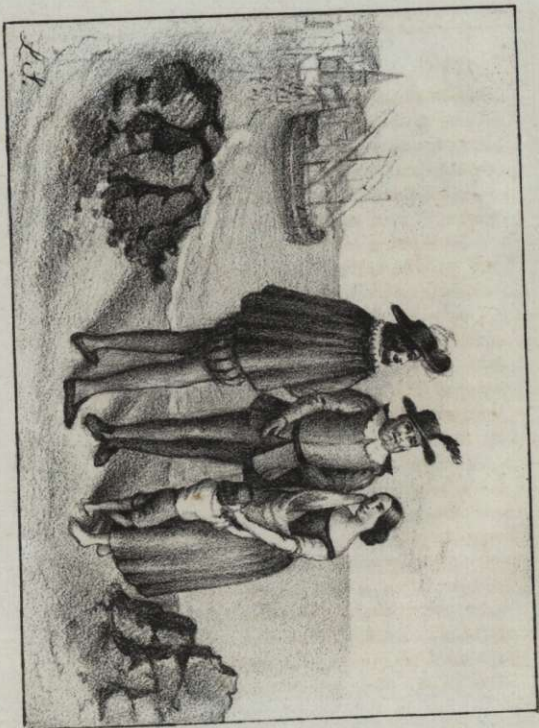
tenido su parte en el descubrimiento.

—Ah! señor... y cuando? exclamò la jóven, incapaz en despecho de su forzado espíritu, de suprimir los impulsos propios de su sexo.

—En la buena hora de Dios, honrada muger. ¿Y cual es vuestro nombre?

—Mònica me llamo, Señor almirante, y mi marido es Pepe; y al pobrecito niño huérfano que deja en estas playas se le puso Juan en la pila. No corre por nuestras venas sangre de Moros, sino que somos españoles rancios, y ruego á vuestra escelencia se acuerde de esto en las ocasiones que requerir pudieren una obligacion mas peligrosa que de ordinario.

—Confía en que miraré por el padre de Juan, contestó el almirante sonriéndose, aunque una lágrima resplandeció en sus ojos. Yo tambien dejo en tierra á los que me son mas caros que mis propias entrañas, y entre otros á un hijo, huérfano de madre. Si algun grave accidente sucediese á nuestro bajel, mi Diego quedaria desvalido, mientras que tu Juan disfrutará á lo ménos del cuidado y afecto de aquella que le trajo al mundo.





—Mil perdones, señor! dijo la muger, conmovida sobremanera con la sensacion que en la voz del almirante se traslucia. Somos egoistas, y nos olvidamos que los demas tienen sus penas, cuando las nuestras propias nos punzan tan á lo vivo. Id en buen hora, y á nombre de Dios, para cumplir su santa voluntad— llevaos á mi esposo en vuestra guarda: solo siento que mi Juanito no sea ya un hombre para acompañaros tambien.

No pudo Mónica hablar mas; pero sacudiendo de sus ojos las lágrimas, volvió á empuñar los remos, y apartó lentamente su esquife, cual si aquella máquina inanimada sintiese la repugnancia de las manos que hacía la playa la impelian. El corto diálogo que acabamos de mencionar se habia proferido en voz tan recia, que se enteraron de él cuantos se hallaban inmediatos á los colocutores, y cuando Colon volvió al bote las espaldas, notó que muchos de los marineros estaban pendientes de las jarcias, ó caballeros sobre las vergas, escuchando ansiosos cuanto hablado se habia. En aquel preciso instante retiróse del fondo tenaz el áncora de la Santa Maria, y la

proa de la nao comenzó á sesgar de la dirección de la brisa. Al momento próximo oyóse el zapateo de la grande vela mayor, que llevaban los buques de aquel porte, y cinco minutos después las tres embarcaciones dejábanse caer con lentitud, mas con serenidad, por la corriente del Odiel, en uno de los brazos de cuyo río habían permanecido ancladas, haciendo rumbo hacia una barra sita en la proximidad de su embocadura.—Aun no se había levantado el sol, ó mas bien, no daba luz por hallarse en la forma de un disco de fuego alzándose sobre los montes de España y reflejando un destello sombrío y una gloria macilenta, en el instante de hallarse hinchadas las velas de los buques expedicionarios, sobre una costa que no pocos de los que iban en la expedición recelaban que veían por la última vez. Muchos botes seguían cosidos á los costados de los buques mas pequeños, hasta llegar á la bahía de Saltes una ó dos horas después, y aun algunos continuaron su compañía hasta comenzar á mecerse en el prolongado oleage del respirante Occéano, cuando al advertir que el viento soplaba fresco á Occi-

dente, reparáronse con repugnancia, uno por uno entre audibles gemidos y sollozos. En franquía ya las embarcaciones comenzaron á surcar serenas las azuladas aguas del deslindado Atlántico, semejante á otros tantos seres humanos impelidos silenciosamente por el hado hácia destinos que ni está en sus alcances preveer, restringir, ni evitar.

El día estaba hermoso, y la ventolina á un tiempo fresca y favorable. Hasta ahí los agüeros eran propicios; mas el desconocido porvenir ofuscaba con sus tinieblas los sentimientos de gran parte de los que así dejaban, en hosca incertidumbre, cuanto mas caro habia para ellos sobre la tierra. Sabíase que era la intencion del almirante dirigir su rumbo en derechura á las islas Canarias, para desde allí deslindar las veredas ignotas y hasta entónces inesploradas del desierto Occéano que mas allá se estendia. Los que dudaban tenían aquellas islas como á puntos desde los cuales hubieran de comenzar sus peligros verdaderos, y ya buscaban anhelosos su aparicion en el horizonte, consensaciones harto parecidas á aquellas, con que el hombre culpable mira el día

de su juicio, el sentenciado á muerte la mañana de su ejecucion, y el pecaminoso mortal la hora de su muerte. Muchos, sin embargo, se sobreponian á esta debilidad, pues que acercáran sus nervios y fortalecieran sus ánimos para cualesquiera ventura, aunque casi todos sentian fluctuar sus sentimientos; habia horas en que la esperanza y la anticipacion del buen éxito parecian alentar á toda la tripulacion: y en pos de ellas acorrian instantes en que se inclinaban al vacilamiento, ó era casi general la desconfianza.

Un viage á las islas Canarias ó á las Azores, en aquel siglo, deberia clasificarse entre las proezas mas atrevidas de la gente de mar. No era por cierto la distancia tan grande como la de muchas de sus ordinarias escursiones; pues con frecuencia navegaban los buques, en la misma direccion, hasta las islas de Cabo Verde; pero todas las demas expediciones marítimas de los Europeos consistian en viages costaneros; y en el mar mediterráneo solazaba al marino la aseguaranza de que navegaba por limites conocidos, imaginándose engolfado dentro de los lindes del hu-

mano conocimiento. Al contrario, mientras dividia con osada quilla el anchuroso Atlántico, creíase en cierto modo colocado en una posicion semejante á la del aeronauta, quien, mientras se cierne en las corrientes escelsas de la atmósfera, mira á sus pies la tierra, único lugar de reposo que reservado tiene, solo apeadero que puede llamar suyo, mientras en torno y en todas direcciones vé ensancharse mas y mas el vacío azulado del espacio inmedible.

Las islas Canarias eran conocidas de los antiguos. Juba, rey de Mauritania, y contemporáneo de César, se dice haberlas descrito con mediana exactitud, bajo el nombre general de islas Afortunadas. La obra misma se ha perdido, pero el hecho se sabe en virtud de la evidencia de otros escritores; y por igual conducto se nos dice que poseian aquellas, hasta en aquel siglo remoto, una poblacion que habia hecho progresos muy respetables hácia la civilizacion y la cultura. Pero corriendo el tiempo, y mientras el periodo tenebroso que empañó la brillantez del dominio romano, hasta la situacion de estas is-

las fué perdida para los Europeos; ni tornó á averiguarse hasta la primera mitad del siglo décimo cuarto, cuando volvieron á descubrirlas algunos Españoles, que fugitivos se sustraian de la persecucion encarnizada de los Moros. Despues de esto, los Portugueses, que eran á la sazón los navegantes mas emprendedores del mundo conocido, tomaron posesion de una ó dos de ellas, é hicieron allí su punto de salida para sus viages de descubrimiento á lo largo de la costa de Guinea. Luego que los Españoles, cercenando el poderio de los Musulmanes, volvieron á conquistar en la Península su antiguo dominio, dirigieron otra vez sus miras hácia aquella direccion domeñando á los naturales de varias de las otras islas; y el grupo total de ellas pertenecia igualmente á esas dos naciones cristianas al tiempo de nuestra narracion.

Luis de Bobadilla, que habia hecho dilatados viages en los mares mas al norte, y atravesado y vuelto á atravesar el Mediterráneo en direcciones diversas, solo conocia estas islas por oidas; y mientras los dos amigos se hallaban sobre el alcázar, indicó Colon

al noble conde de Llera la posicion de las insulas espresadas, y esplicóle sus varias peculiaridades, refiriendo las intenciones que tenia respecto á ellas, enumerando los recursos que proporcionaban, é insinuando sus ventajas como puertos de procedencia.

—Mucho ha proporcionado á los Portugueses el uso de estas islas, dijo el gran navegante, como puntos de abasto para víveres, leña y agua; y no veo por que razon la Castilla no ha de imitar ahora su egeemplo, y disputar su parte de semejantes beneficios. Bien veis cuan léjos al sur han penetrado nuestros vecinos, y que comercio y cuantas riquezas afluyen á Lisboa, en virtud de esas nobles empresas, las cuales, sin embargo, son qual un cubo de agua en el océano, si se comparan con las riquezas de Catay y con todas las inmensas consecuencias que habrán de seguirse de este viage á occidente, que emprendemos.

—¿Y esperais llegar á los territorios del Gran Khan, señor Don Cristóval, preguntó Luis, atravesando una distancia tan pequeña como aquella que los Portugueses han franqueado hácia el medio día?

Miró cauteloso en torno de si el navegante, para cerciorarse de si habia quien sus palabras escuchara; pero hallando que nadie estaba al alcance de su voz mientras tomaba las medidas necesarias para asegurar el sigilo, bajó el tono de sus acentos, y contestó de un modo que lisonjeaba grandemente á su juvenil colocutor, pues que sus palabras probaban que era su objeto dispensarle toda la franqueza y confianza de un amigo.

—Bien os consta, Don Luis,—prosiguió el navegante, la naturaleza de los espíritus con quienes tenemos que habernosla. Ni aun podré estar seguro de sus servicios, mientras estemos próximos á la costa de Europa; pues que nada hay mas fácil que el que una de esas embarcaciones nos abandone durante la noche, y busque puerto en cualquiera costa bien sabida, procurando su justificacion en alguna supuesta necesidad.

—No creo que Martin Alonso sea un hombre capaz de hacer esa accion tan ignoble é indigna, interpuso Don Luis.

—No lo es, jóven amigo, por una causa tan deshonrosa como el miedo, contestó Co-

lon, con cierta pensativa sonrisa, la que manifestaba cuan precoz y verdaderamente habia penetrado los caracteres de sus consocios en el designio.—Martin Alonso es un navegador atrevido é inteligente, y podemos esperar de sus manos relevantes servicios en cuanto respecta á hechos de resolucion y perseverancia. Pero los ojos de los Pinzones no siempre han de estar abiertos, ni los conocimientos de todos los filósofos del mundo pudieran resistirse contra la desenfrenada impetuosidad de una turba de hombres á quienes el miedo hiciera amotinarse. No me atrevo á responder de nuestra propia gente, mientras les queda esperanza de regreso; y mucha menos confianza me inspira la chusma que no se halla directamente bajo mis propios ojos é inmediato mando. La pregunta que acabais de hacerme, Luis, no puede contestarse en público, por lo tanto; pues que la distancia que atravesar tenemos, pudiera amedrentar á nuestros alarmados marinos. Sois un hidalgo, un caballero de valor conocido, y en quien puede uno confiar; y deciros me es lícito, sin temor de dar nacimiento á ninguna sensacion indig-

na, que el viage emprendido por nosotros ahora no tiene precedente en la tierra, tanto á causa de la largura del camino cuanto por lo solitario de sus veredas.

—Y sin embargo, señor, echais el pecho al agua, con la confianza de un hombre que seguro estuviese de alcanzar el puerto deseado.

—Luis, bien habeis juzgado de mis sentimientos. Respecto á esos temores ordinarios de bajadas y subidas, de las dificultades del regreso y del ridículo miedo de que lleguemos hasta el márgen del mundo, desde donde caigamos de cabeza en el espacio, ni vos ni yo creo que estamos sujetos á ellos, de manera ninguna.

—Por Santiago! Señor D. Cristóval, mis nociones acerca de esos asuntos no están desumarañadas del todo. No he visto ni oído hasta ahora que nadie se haya resbalado desde la tierra á los aires de Dios; verdad es que no supongo ser probable que semejante desliz acontezca á nosotros ni á nuestras buenas naos; mas por otra parte, hasta ahora, solo tenemos doctrinas para probarnos que la tierra sea redonda, ni que pueda ser posible encaminarse

á levante, con dirigir la proa hácia occidente. Sobre estas materias, declárome desde luego neutral; al mismo tiempo que os digo, que si se os viniera á las mientes hacer rumbo para la Luna, siempre ballaríais á vuestro lado á Luis de Bobadilla.

—Os haceis menos esperto en las ciencias, de lo que es verdad ó necesario, noble calavera; pero nada mas hablaremos de esto por ahora. Suficiente lugar habrá para familiarizaros con todos mis difíciles raciocinios y profundas convicciones. ¿Y no es este, Don Luis, un espectáculo verdaderamente celestial? Aquí me teneis en el anchuroso océano, llevando conmigo la alta decoracion de virey y almirante que sus altezas dispensado me han; comandando una escuadra, á la que nuestros dos soberanos autorizan para transportar el conocimiento de su poderio y domeño hasta las regiones mas lejanas del mundo, y especialmente á fin de levantar la cruz de nuestro Redentor bendito á los ojos de los infieles, quienes nunca antes han oido su nombre, ó si oido le han, reveréncianlo á la manera que un prosélito de Cristo diera acatamiento á los ídolos paganos.

Profirióse esto con el sereno aunque intimo entusiasmo, que prestaba su colorido al carácter entero del gran navegador, haciéndole á veces objeto de desconfianza, ó de respeto profundo. El efecto, sin embargo, que en Luis produjeron sus palabras, como en verdad acontecia respecto á la mayor parte de aquellos que vivian en la suficiente familiaridad con el hombre para ponerles á cabo de apreciar sus motivos, siempre era favorable para Colon, y, probablemente lo hubiera sido en todo caso, aun cuando no existiera Doña Mercedes. No dejaba de tener el mancebo por su parte cierta tintura de exaltacion, y como ha sucedido siempre respecto á los hombres generosos y sencillos, sabia bien en qué luz habrian de contemplarse los impulsos de aquellos, á quienes semejantes influencias calificaban. Esta respuesta estaba por consiguiente en concordancia con los sentimientos del almirante, y los dos amigos permanecieron sobre el alcázar durante algunas horas, y hablando del porvenir con el ardor de quienes lo esperaban todo, aunque fué su diálogo demasiado difuso y general para que pudiera hacer su redaccion necesaria ni fácil.

Al oír esto dejó Sancho su humilde postura, pasóse diligente por las rodillas la manga de la chaqueta, y giró la vista alrededor con la misma compostura que acostumbraba al registrar los cielos cuando en alta mar se veía.

—Segun te has espresado, eres un confidente de Colon, y que has sido un fiel compañero suyo lo demuestra la circunstancia de haberte empleado el almirante como á su correo.

—Bien lo podeis creer, señora escelentísima, pues que pasé en el timon la mayor parte de mi tiempo, cuyo puesto no distaba tres brazas del que habian elegido Don Cristóval y el señor de Muñoz, y lo querian tanto, que solo cuando se iban á dormir lo abandonaban, y ni aun entónce todas las veces.

—¿Iba con vosotros un señor de Muñoz segun dices? repuso la de Moya, haciendo una seña á su pupila para que reprimiera sus sensaciones.

—Toma si le teniamos con nosotros, señora, y á un señor Gutierrez, y á un cierto Otra Cosa tambien; pero todos tres no hacian mayor bulto que un solo hombre. Oiga, su merced, honorable y hermosota señora ¿me podreis

decir si en alguna parte de la corte de nuestra alta soberana pudiera yo topar con una tal Doña Beatriz de Cabrera, marquesa de Moya, y una dama del ilustre solar de los Bobadillas?

—Yo soy la que buscas, y tu traes un mensaje para mí de ese mismo señor Muñoz, de quien acabas de hablar.

—Ya no extraño que haya en el mundo señorones con sus bellas y fanfarronas damas, y pobres marinos con sus mugeres, que maldita la envidia que le dan á nadie. Apenas he descosido la boca, cuando ya se sabe lo que iba á decir; y es ese mismo conocimiento el que hace grandes á los unos y pequeños á los otros. Por vida de la Misa! El mismo Don Cristóval tendrá necesidad de echar mano de todo su talento, si llega á viajar hasta Barcelona.

—Dame noticia de ese Pero Muñoz, pues que tu comision es para mí.

—Entonces, señora, daré á su merced escelentísima, nuevas de su propio y bizarro sobrino, el conde de Llera, que tiene otro par de nombres abordo, uno de los cuales se supone una ficcion, al paso que el otro es el de los dos el mas ficticio.

—¿Con que segun eso se sabe quien es mi sobrino en realidad? ¿Están muchas personas en el secreto?

—Algunas, hermosa dama: en primer lugar él mismo; en segundo Don Cristóval; en tercero yo; en cuarto Martín Alonso Pinzon, toda vez que aun se halle embutido en su pellejo, lo que es muy probable no le acontezca á estas horas. Luego, Vueseñoria lo sabe, y tambien esta hechicera señorita ha de tener algunos barruntos de la materia.

—Basta; veo que el secreto no se ha hecho público; aunque paréceme extraño el que un hombre de tu calaña hubiera de tener conocimiento de él. Dime algo de mi sobrino; ¿ha escrito tambien? si es asi, deja que al instante me informe de lo contenido en sus cartas.

—Señora, mi partida cogió á Don Luis por sorpresa, y asi no tuvo tiempo de escribir. El almirante habia dado al conde el encargo de cuidar de los príncipes y princesas que de Española nos tragimos, y tenia demasiada ocupacion para entretenerse en garabatear pape-luchos; de lo contrario hubiera él llenado plie-

gos enteros para remitirselos á una tia tan respetable como vuesa merced.

—Príncipes y princesas! ¿qué quieres decir con esos términos tan altisonantes, buen amigo?

—Solo que hemos traído unos cuantos de estos grandes personajes á España, para que hagan acatamiento á sus Altezas. Nosotros, señora, no hemos tratado con la canalla comun; sino con los príncipes mas encopetados, y con las princesas mas hermosas del oriente.

—¿Y aseguras que varias personas de tan escelso rango han vuelto á nuestro pais con el almirante?

—¿Y quién lo duda, señora? ahí viene una de belleza tan rara, que la dama mas hermosa de Castilla tiene que andarse con cuidado sino quiere que la dejen á la sombra. Esa, en particular, es la amiga íntima y la favorita de Don Luis.

—¿De quién estás hablando? preguntó Doña Beatriz con aquel tono de dignidad que usaba cuando exigia una respuesta categórica. ¿Como se llama esa princesa, y cual es su patria?

—Su nombre, señora escelencia, es Doña

Ozema de Haití, y su patria es un país del que su hermano Don Mattinao es cacique ó rey: y esa Doña Ozema es su heredera y parienta mas cercana. Don Luis y un criado de vuestras mercedes, hicimos una visita á su corte.

—Tu cuento es muy improbable, belitre; ¿Eres tú un sugeto á propósito para que Don Luis te eligiese por acompañante en semejante ocasion?

—Miradlo á la luz que mejor os plazca, señora; pero es tan cierto lo que digo, como esta es la corte de Don Fernando y de Doña Isabela. Habeis de saber, marquesa ilustre, que el jóven conde es algo dado á vagamundear, entre nosotros los marinos; y en cierta ocasion un tal Sancho Mundo de Moguer, aconteció embarcarse con él en la misma caravela; y de aquí provino nuestro conocimiento mútuo. Guardé el secreto del noble jóven, y en su virtud hizose amigo del pobre Sancho. Cuando fué Don Luis á hacer visita á Don Mattinao, el cacique, cuya palabra significa «Vuestra Alteza,» en la lengua oriental, empenóse Sancho en ir con él, y Sancho se salió con la suya. Luego que el rey Caonabo bajó de las monta-

ñas para llevarse á Doña Ozema la princesa, con el objeto de casarse con ella; pues, señora, entónces como que la tal *cacica* no tenia muchas ganas de que la robasen, no hubo mas remedio sino que el conde de Llera y su amigo Sancho Mundo, el de la compuerta del dique, peleasen en defensa de la niña contra todo el egército; y asi lo hicimos, ganando una batalla tan grande como Don Fernando, nuestro soberano señor, consiguió de la canalla moruna.

—Y segun veo os llevariais vosotros mismos á la princesa! Amigo Sancho, de la compuerta del dique, si tal es tu denominacion, este cuento tuyo es asaz ingenioso, pero carece de probabilidad. Si yo fuese á darte ahora tu merecido, honrado Sancho, dispondria que te regalasen unos buenos azotes, que es lo que mereces por galardón de tus embustes.

—El hombre se espresa conforme á su enseñanza! observó Mercedes en voz sumisa y trémula; temo, señora, que encierra harta verdad su relato.

—Nada temais, hermosa señorita, interpuso el marinero, sin que le hiciese mella la amenaza que insinuáran los dichos de la marque-

sa; pues que la batalla se dió, ganóse la victoria y ambos héroes salimos sin siquiera un arañazo. Esta ilustre señora, á quien puedo perdonárselo todo, en atencion á que es la tia del mejor amigo que tengo sobre la tierra—quiero decir cualquiera cosa que su merced *habláre*—deberá tener presente que los Haitianos no tienen conocimiento de los arcabuces, con cuyas armas derrotamos á Caonabo, y tambien que muchas han sido las columnas de Moros que destrozára Don Luis con su aislado brazo, y con el empuje de su propio y buen lanzon.

—Ya, belitre, contestó Doña Beatriz; pero entónces se hallaba en la silla resguardado con robustas láminas de acero, y blandia una haya que hizo medir el suelo hasta á Alonso de Ojeda mismo.

—¿Y en verdad os habeis traído con vosotros á la princesa que mencionaste? preguntó con ansiedad Mercedes.

—Lo juro, ilustres señora y señorita, os lo juro á entrambas por la santa misa, y por todos los santos del almanaque! Una princesa, además, que le echa la pierna en hermosura á las hijas de nuestra bendita reina, si las bellas niñas que

acaban de salir de este cuarto, son ellas, como me ha dado en la nariz.

—Calla la boca, malhablado truhan! gritó indignada Doña Beatriz. No quiero oír mas de esto, y mucho me maravillo de que mi sobrino haya empleado á un ente tan soez, y tan suelto de lengua para ninguna comision suya. Vete, y aprende á ser discreto antes que venga la mañana; porque de lo contrario ni aun el favor del almirante ha de poner á salvo tus huesos. Mercedes, vamos en busca de nuestro reposo, pues la hora es muy tarde.

Quedóse á solas Sancho inmediatamente, y un minuto despues se presentó un page para conducirle al aposento donde había de pasar la noche. Ya había refunfuñado para sí un buen rato, el viejo timonel, acerca del genio de la tia de Don Luis, contado otra vez sus monedas de oro, é iba ya á tomar posesion de su lecho, cuando se le presentó el mismo page para que acudiese á otra entrevista. Sancho, quien conocia poca diferencia entre el dia y la noche, no puso reparo, especialmente cuando se le dijo que le aguardaba la amable señorita, cuya blanda y vibradora voz le habían interesado tan-

to en el reciente coloquio. Recibió Mercedes á su tosco huésped, en una pequeña sala de su departamento, despues de haber dejado en el suyo á su tutora. Al entrar Sancho, púsose carminada la cara de la doncella, resplandecieronle los ojos, y todo su porte, para cualquiera que mas esperto fuese en descubrir las emociones femeniles, le hubieran dado á conocer las intensas ansiedades que la agitaban.

—Has tenido, Sancho, una marcha muy larga y penosa, dijo nuestra heroína, luego que se quedó á solas con el timonel; y te suplico aceptes este oro, como una pequeña prueba del interés con que he oído las grandes nuevas de que has sido portador.

—Señorita! exclamó Sancho, afectando indiferencia respecto á las doblas que le ponian en la mano,—espero que no creais que soy un hombre aficionado al interés. La honra de ser el mensagero, y de que se me admita á coloquio con damas tan ilustres, me repaga por cuanto hacer pudiera.

—Sin embargo, puede hacerte falta dinero para tus necesidades, y no está bien rehuses lo que una señora te ofrece.

—Bajo ese pié lo aceptaria, señorita, aunque fuese otro tanto.

Así diciendo, colocó Sancho las monedas, con adecuada resignacion al lado de las que ya habia recibido por orden de la reina. Mercedes se halló ahora en aquella situacion que estan condenados á ocupar todos los que se atrean en demasia por conseguir un objeto; en otras palabras, ahora que tenia á su disposicion los medios de satisfacer sus propias dudas, comenzó á hacerse remisa en servirse de ellos.

—Sancho, dijo por fin Mercedes, tu has estado con el señor Colon, durante este grandioso y extraordinario viage, y deberás saber muchas cosas, que los que entretanto hemos vivido quietamente en España, tendríamos deseos de aprender. ¿Es cierto cuanto has dicho acerca de los principes y de las princesas?

—Tan cierto, señorita, cuanto bastaria para formar de ello una verídica historia; por vida de la misa! Cualquiera que se haya visto en una batalla ó presenciado otra grave aventura de igual jaez, pronto aprenderá á hacerse cargo de la diferencia que hay entre la cosa misma y la historia que de ella puede darse. Yo me hallé en...

—No hagas mencion de tus demás hazañas, buen Sancho; refiéreme únicamente esto. ¿Existen de veras el príncipe llamado Mattinao, y su hermana la princesa Ozema; y que ambos han venido para España con el almirante Colón?

—Tal no he dicho, hermosa damisela, pues que Don Mattinao se quedó en su tierra para gobernar á su gente. Es solo su guapa hermana quien ha seguido hasta Palos á Don Cristóval y á Don Luis.

—Seguido! ¿Qué? ¿El conde y el almirante poseen tanta influencia con las régias damas, que las induzcan á abandonar su país nativo, y á seguirlos á regiones estrangeras?

—Ah! señorita, eso pudiera parecer una cosa fuera de regla, en Castilla, en Portugal y hasta en Francia misma. Pero Haiti no es todavía un reino cristiano, y una de aquellas princesas equivaldrá á una noble dama de Castilla, y respecto á sus guardarropas quizás no podrá tenérselas en tanto. Siempre, sin embargo, una princesa es una princesa, y una princesa hermosa siempre es una hermosa princesa. La tal Doña Ozema es una criatura maravillosa, y ya comienza á charlar vuestro pro-

pio y puro castellano; cual si la hubieran criado en Toledo ó en Burgos. Pero Don Luis es un maestro como hay pocos, y no hay duda que ha conseguido hacer con ella mucho camino de proa, durante el tiempo que vivió en su palacio, como si dijéramos á solas con la muchacha, antes que se le antojára á ese diablo encarnado de Don Caonabo bajar de las montañas con su ejército para apoderarse de la princesa.

—¿Y es cristiana esa dama, SanchoMundo?

—Bendiga el Cielo vuestra pura alma, Doña señorita, de poco puede ella jactarse por ese lado; sin embargo, algunos principios tiene ya de ello, porque he notado que ahora lleva al cuello una cruz—una pequeñita en tamaño, pero muy preciosa en cuanto á materiales, como pudiera ser de otra suerte, si reflexionamos que es regalo que le ha hecho un sugeto tan noble y rico como el señor conde de Llera.

—¿Una cruz dices, Sancho? interrumpió Mercedes, casi dando boqueadas por falta de aliento, y sin embargo reprimiendo sus sensaciones para impedir que el viejo marinero las calase y ha conseguido Luis que ella aceptára la dádiva de esa cruz?

—¿Pues no había de conseguirlo, señora? y una cruz de piedras preciosas que antes llevaba pendiente de su propio cuello.

—¿Conoces tú las piedras? ¿era de turquesas engastadas en oro finísimo?

—Respecto al oro, bien inteligente soy, aunque mi ciencia nunca ha subido tan alta que me diese conocimiento en esto de piedras preciosas. El Cielo de Haiti, sin embargo, no puede ser mas azul ni mas limpio que el tinte de aquellas chinillas que adornan la susodicha cruz, Doña Ozema llama á su alhaja «Mercedes,» por lo cual comprendo que espera por las misericordias del señor crucificado el que la divina luz ilumine su oscurecida alma.

—¿Y esa cruz ha llegado á ser un objeto tan comun, que sea el tema de las conversaciones de hombres de tu ínfima clase?

—Escuche su merced, señorita; un hombre como yo es mas apreciado á bordo de una carabela, cuando rugen las mares, que es muy probable lo sea aqui en Barcelona, puesto de pies sobre la tierra firme. Fuimos á Cipango con el objeto de enderezar cruces y convertir gente á la cristiandad, así en lo que vuesa mer-

ced dice no nos hemos apartado de nuestra obligacion. Respecto á la señora Ozema, su altitud hace mas caso de mi que de ningun otro, porque me hallé en la batalla en que se libertó ella de las garras de Caonabo, y por eso me enseñó la cruz el dia mismo que anclamos en el tajo; y poco antes que el señor Colon me ordenase traer la carta á sus Altezas. Entónces fué cuando besó la cruz y arrimándosela al pecho dijo que era «Mercedes.»

—Esto es muy extraño, Sancho. ¿Tiene esa princesa consigo los acompañantes que exigen su rango y su dignidad?

—Vuesa merced se olvida, señorita, que la Niña es una barca muy pequeña, como lo dá á entender su nombre mismo, y poco alojamiento pudiera proporcionar á una larga sarta de cortesanos y de palaciegas. Don Cristóval y Don Luis son asaz caballerosos para servir á cualquiera princesa; y además que guarde paciencia la tal Doña Ozema hasta que nuestra augusta reina tenga á bien señalarle una comitiva correspondiente á su escelsa alcurnia. Sin contar, señorita, que esas damas de Haiti son mucho mas sencillas que nuestras nobles bel-

dades, pues la mitad de ellas considera que las ropas no les reportan demasiada utilidad en aquel blando clima.

El resentimiento y la incredulidad se asomaron en el semblante de Mercedes, pero su interés y curioso afán estaban demasiado activos, para permitirle despidiera á aquel hombre sin hacerle ulteriores preguntas.

—¿Y Don Luis de Bobadilla se mantuvo siempre al lado del almirante, dijo ella, y viósele dispuesto en todas ocasiones á sostenerle, y adelantado en cualquier peligro?

—Señorita, haceis una pintura del señor conde, con tanta fidelidad, cual si alli os hubiérais hallado presente desde el principio hasta el fin. Si lo hubiérais visto andar á trancazos con los secuaces del señor Don Caonabo, y de que modo los tenia todos á raya, con Doña Ozema á su lado, detrás de los peñascos, la vista hubiera hecho correr lágrimas de admiracion de vuestros propios ojos hechiceros.

—¡Doña Ozema á su lado! detrás de los peñascos, y los enemigos tenidos á raya!

—Si señora, vuesñoria lo repite todo como si lo estuviese leyendo en un libro.....

.....Sucedió como decis, aunque la señora Ozema no se contentó con estarse quietecica detrás de los peñascos, pues qué, cuando las flechas volaban mas espesas, arrojòse delante del conde, obligando á sus contrarios á contenerse; lo que hicieron para no asaetear la presa misma por la cual batallaban, y de esa suerte le salvó á su caballero la vida.

—Que le salvó la vida?—La vida á Luis? — á Don Luis de Bobadilla? y quien? una princesa indiana?

—Pintiparado cuanto decis á como todo aconteció, y brava moza que es Doña Ozema, esa muchacha del oriente, aunque me perdonareis porque hablo con tanta liviandad de una dama de su alta cuna. Mil veces y mil, desde aquel día, referídome ha el señor conde, que las flechas llovian tan espesas sobre él, que su honra estuvo á pique de padecer mancilla con una retirada, ò hubiera tenido que perder la vida, sin la intervencion que tan á tiempo le prestó la Doña Ozema. Esa es una criatura de las que rara vez se ven en el mundo, señorita, y vuesa merced la amaré como á una hermana, luego que llegéis á vella y á tratalla.

CAPITULO VI.



Mientras que aqui roncando
Las horas vais pasando,
La vil traicion se estriba,
Si el morir es amargo,
Sacudid el letargo
Guardaos! arriba! arriba!

ARIEL.

COMO el tiempo continuase propicio, hicieron los tres bajeles buen camino en la direccion de las Canarias: el Domingo con especialidad fué un dia tan próspero, que la expedicion anduvo mas de ciento y veinte millas en el discurso de veinte y cuatro horas. Favoreciales sin mudanza el viento, y el Lunes por la mañana dia 6 de Agosto, hallábase Colon hablando alegremente con Luis y otros dos compañeros

de viage, que estaban cerca de él á popa, cuando notó que la Pinta recogia súbitamente las velas, y poníase en facha á toda prisa por no decir con evidente trastorno. Esta maniobra denotaba haber ocurrido algun desavio, y como por buen acaso tuviese la Santa Maria la ventaja del viento, orzó inmediatamente para averiguarlo.

—¿Qué hay ahora, señor Martin Alonso, grítóle el Almirante, luego que se acercaron una á otra las dos caravelas.—¿Por qué razon habeis hecho esa parada?

—Asi lo ha querido la fortuna, señor Don Cristóval; pues se ha hecho pedazos el timon de esta hermosa nave, y nos precisa componerlo antes de confiarme de nuevo á la ventolina.

Un severo ceño ofuscó el grave semblante del gran navegador, quien, despues de ordenar á Martin Alonso tomase las medidas mas adecuadas para reparar la averia, se paseó algunos minutos por la cubierta, notablemente amostazado. Advirtiendole que el Almirante tomaba tan á pecho este accidente, los demas testigos se bajaron del alcázar, dejando á Co-

lon á solas con el fingido ayuda de cámara del rey Don Fernando.

—Espero, señor, que no es esa una averia de mucha consecuencia, ni que sirva de obstáculo para que prosigamos nuestro viage, dijo Luis, despues de manifestar, en virtud de una pausa, el respeto que sentian para con el almirante cuantos estaban bajo sus órdenes.—Me consta que Martin Alonso es un diestro marino, y creeré que los recursos de que habrá de valerse no dejen de ser mas que bastantes para que á favor de ellos podamos llegar hasta las Canarias, donde aun daños mas gruesos hallarian al momento reparacion.

—Decis bien, Don Luis, y justo es que esperemos lo mas halagüeño. Pésame que el mar esté tan bravo, que no podamos ofrecer auxilio á la Pinta; pero Martin Alonso es por cierto, un esperto marino, y debemos tener confianza en su ingeniosidad. Sin embargo, mi desazon tiene un motivo mas hondo que el de haberse desarmado el tal timon, por muy temible que sea semejante averia para un bajel navegando en alta mar. Bien sa-

beis que la Pinta fué embargada para el servicio de la reina, de resultas de la órden que imponia cierta penalidad al pueblo de Palos, y alistádose ha el hajel muy en contra de la voluntad de sus dueños legitimos. Ahora estos navieros, que se llaman Gomez Rascon y Cristóval Quintero, estan en la actualidad á su bordo, y mucho sospecho que el accidente haya sido dispuesto por su conjunta alevosia. Sus artificios fueron muy perjudiciales para el pronto alistamiento de las caravelas, antes que dejásemos las playas, y ahora, segun sospecho, prosiguen aqui tambien en perjuicio nuestro cuando nos hallamos surcando el oceáno anchuroso.

—Por el vasallage con que me corresponde acatar á Doña Isabela! Señor Don Cristóval, fácil me seria hallar un eficaz y pronto remedio para semejante traicion, si me viese investido con las facultades de castigar. Permitidme salte en el esquife, y me llegue á la Pinta, á fin de hacerles saber á esos señores Rascon y Quintero, que si se les vuelve á desarmar el timon, ó á suceder cualquier accidente desfavorable, el primero quedará

ahorcado de uno de los penoles de su propia caravela, y el segundo irá de cabeza á la mar, á fin de que reconozca el estado en que se encuentra el casco, amen del timon y de la quilla.

—No podemos egercer tan alta autoridad sin una ocasion muy grave; y cuando el crimen esté completamente manifiesto. Juzgo que es mas del caso buscar otra caravela en las islas Canarias, pues, segun lo insinúa este incidente, no nos veremos libres de las artimañas de los dos navieros, mientras tengamos con nosotros su bajel. Espuesto seria bajar el esquiife al agua, ó de lo contrario yo mismo acudiera á la Pinta; mas siendo asi, solo nos queda el consuelo de que podamos tener confianza en Martin Alonso, y en su bien conocida habilidad.

Alentando Colon á la gente de la Pinta, á fin de que se esforzaran, al cabo de un par de horas surcaban los bajeles otra vez la ruta de las Canarias. No obstante la demora, en el discurso de aquel dia, inclusa la noche, hicieron noventa largas millas de camino. Però, á la mañana siguiente, volvió á desarmar-

se el desgraciado timon, y como este suceso acarrase una averia mas seria, su reparo se hizo aun mas dificil. Estos repetidos accidentes dieron gran desazon al almirante, pues los consideró como otras tantas indicaciones del desafecto de sus secuaces. De resultas, determinó con todas veras deshacerse de la Pinta, toda vez que fuese posible encontrar en las islas otro bajel adecuado.

A la mañana siguiente pusieron las tres embarcaciones á la voz unas de otras, á fin de que tuviese lugar una comparacion entre la ciencia náutica que poseian los diversos navegadores ó pilotos, como era entonces costumbre denominarlos, y cada uno de ellos manifestó su dictámen acerca de la posicion de los bajeles.

No fué el menor de los méritos de Colon, el de haber llevado á cabo su grandiosa empresa, con el imperfecto auxilio de los instrumentos que se usaban entónces. Verdad es que la aguja de marear habia estado de servicio en los buques durante un siglo entero, á corto tirar, aunque sus variaciones, cuyo conocimiento no va en zaga respecto á importancia

al instrumento mismo, eran entónces desconocidas completamente de los hombres de mar, quienes rara vez se atrevían á alejarse de tierra lo bastante para advertir estos misterios de la naturaleza, y los cuales, en su clase, seguían confiando todavía tanto en la posición ordinaria de los cuerpos celestes para averiguar su ruta, como en los resultados mas minuciosos del cálculo. Colon, sin embargo, era una escepcion á la regla que prevalecía entre aquella clase poco ilustrada; pues se hiciera dueño de cuantos conocimientos podían aplicarse á su profesion en aquella época, ó que fuesen precisos para ayudarle á llevar á feliz éxito el noble propósito, el cual parecía ahora absorber su existencia entera.

Cual pudiera esperarse, resultó la comparacion de los diversos cálculos á favor del almirante, pues convenciéronse pronto los pilotos que era él quien solo conocía la verdadera posición de los bajeles. Este hecho fué determinado indisputablemente por la aparición de las cumbres de las islas Canarias, que poco despues comenzaron á erguirse fuera del seno del océano, en direccion al sud-este, y

parecidas á cejas de nubes, bien delineadas, piñándose en el horizonte. Como los objetos de esta clase se ven á mayor distancia en la mar, especialmente cuando la atmósfera está diáfana, y el viento comenzase á hacerse ligero y variable, las embarcaciones, sin embargo, no pudieron llegar á la Gran-Canaria hasta el Juéves, 8 de Agosto, ó casi una semana despues de haberse dado á la vela desde Palos. Allí tomaron puerto, anclando en el surtidero de costumbre. Inmediatamente procedió Colon á hacer diligencias en busca de otra caravela; pero no habiendo tenido buen resultado, se dirigió á Gomera, donde creyò que le fuera mas fácil conseguir el bajel que tanta falta le hacia. Mientras en esto se ocupaba el Almirante con la Santa Maria y la Niña, quedóse en puerto Martin Alonso, por serle imposible seguir sus aguas en atencion al estado de estropeo en que se hallaba la Pinta. Pero no habiendo hallado bajel ninguno que á su objeto conviniese, volvióse Colon á la Gran-Canaria, y despues de reparar la Pinta, cuya caravela habia sido calafateada con evidente negligencia, entre los demas subterfu-

gios á que ocurrieran sus dueños á fin de hacerla inútil para el servicio, dióse á la mar con rumbo á Gomera, punto destinado para su partida finiquita.

Durante estas travesías, un profundo descontento comenzó á dejarse ver cada dia con acreciente aumento, entre la mayor parte de la chusma, al paso que no todos los hombres de mar, que pertenecian á una clase mas distinguida abordo de las caravelas, se hallaban enteramente libres de las aprehensiones mas melancólicas respecto al porvenir. Mientras pasaba desde la Gran-Canaria á Gomera con todos sus bajeles, estaba cierta noche el almirante sobre el alcázar, en compañía de Luis y demás compañeros, cuando llamó su atencion un coloquio que tenia lugar entre un grupo de hombres que se habian reunido cerca del palo mayor; como corriese poco viento, las voces de los colocutores se oian á mayor distancia de lo que sospechaban ellos mismos.

—Te digo, Pepe, argüía el mas vocinglero y exaltado de los disputantes, que las tinieblas de la noche no son mas oscuras que lo es la suerte venidera de estas tripulaciones. Mi-

ra hacía occidente y dime lo que ves allí! ¿Quién ha oído nunca hablar de tierra después que ha dejado las Azores? ¿quién es tan ignorante que no sepa que la providencia ha ceñido de agua todos los continentes, diseminando el océano con algunas islas como lugares de reposo para el estropeado marinero, estendiendo mas allá los anchurosos mares con intencion de reprimir una curiosidad demasiado ansiosa de investigar materias, que mas bien se asemejan á milagros que á cosas ordinarias de este mundo.

—Todo eso está muy bien, amigo Pero; contestóle Pepe; mas yo sé que mi Mónica piensa que el almirante está enviado por Dios, y que podemos esperar grandísimos descubrimientos, por su conducto; mas especialmente en cuanto respeta á la propagacion del culto divino entre los pueblos paganos.

—Si: tu Mónica debería ocupar el solio de Doña Isabela, pues es tan instruida y positiva en todos los asuntos, ora sean referentes á sus propias obligaciones femeniles, ora sean contingencia de las tuyas propias. Ella es la que viste las calzas mas atacadas

en tu casa, Pepe, como es público y notorio en Moguer; y no falta quien diga que ella desearia gobernar á todo el pueblo como te gobierna á ti.

—No tomes en boca á la madre de mi niño, interrumpióle Pepe con enfado; sufrir puedo tus vanas espresiones, dirigidas contra mi, pero el que hablare mal de mi Mónica sepa que le escucha un peligroso enemigo.

—Eres muy suelto de lengua, Pero, luego que te ves á cien leguas de la costilla que tambien vale cuatro quintos mas que tu, interpuso una voz, que al momento Colon y Luis reconocieron era la de Sancho Mundo; y tienes valor de zaherir á Pepe tocante á la pobre Mónica, cuando sabemos todos quien es la que manda en cierta cabaña, donde tu estas mas manso que un delfin con el anzuelo en el buche, por muy revoltoso que aqui parecer pretendas. Mas, basta de necedades respecto á mugeres; raciocinemos acerca de nuestra ciencia como mareantes, si lo tienes á bien; y en lugar de proponer cuestiones á uno como Pepe, quien es demasiado jóven para tener mucha experiencia, me ofrezco desde luego por contrincante tuyo.

—Corriente: ¿y tú que tienes que decir acerca de esa tierra desconocida que se halla al otro lado del gran océano, donde nunca ha estado hombre ninguno, ni es probable que vaya jamás, con unos seguidores como los presentes?

—Lo que tengo que decir es, tontísimo y deslenguado Pero, que tiempo hubo cuando las Canarias eran también tierras desconocidas; cuando los marinos no se atrevían á desembocar por el Estrecho, y cuando los Portugueses nada sabían de las minas ni de las regiones de Guinea, puntos que yo mismo he visitado, y donde también se ha visto el noble señor Don Cristóval, como me consta por el testimonio de mis propios ojos.

—¿Y qué tiene que hacer Guinea, que connexion tienen las minas de los Portugueses con este viage occidental? Todo el mundo sabe que existe un país llamado Africa; ¿y que extraño es que los navegantes lleguen á un territorio, de cuya existencia nadie duda? ¿pero quien es capaz de asegurar que tiene el océano otros continentes, así como tampoco de que posean los cielos otras tierras?

—Todo eso está muy bien, Pero amigo; observó un circunstante, que habia estado sumamente atento á la conversacion, y Sancho tendrá que apurarse los sesos para contestar.

—Difícil seria que lo hiciesen los que menean la lengua como las mugeres, sin saber de lo que hablan, replicó Sancho con la mayor frescura, pero eso tendrá poquísima gravedad á los ojos de Don Fernando ó de Doña Isabella. Escúchame Pero; se me figura que has andado tantas veces el camino entre Moguer y Palos, que te olvidas de que exista una carretera desde Granada á Sevilla. Todas las cosas han de tener su principio, y este viage es, sin la menor duda, el cimiento de los viages á Catay. Hemos de caminar á occidente en vez de á oriente, porque es la via mas corta; y además porque es la única via para una caravela. Contestadme ahora, camaradas; ¿es posible que una embarcacion, sea cual fuere su tamaño y porte, pase por encima de los montes y valles de un continente?—quiero decir con velas desplegadas y en virtud de hacer rumbo buenamente?

Aguardó Sancho á que se le contestase,

y recibió una admision completa y general de la imposibilidad de su proposicion.

—Dirigid pues la vista al mapa del almirante, cuando por las mañanas lo estiende ante sus ojos sobre el alcázar, alla arriba, y vereis que la tierra coge de polo á polo, á uno y otro lado del Atlántico, haciendo por lo tanto imposible toda navegacion que no siga el rumbo que llevamos ahora. La teoria de Pero, por consiguiente, choca faz á faz con la naturaleza misma.

—Tan cierto es eso, Pero,—esclamó otro, mientras los demas asentian en silencio,—que no te queda mas que callar.

Pero, sin embargo, tenia boca, y no tan fácil de cerrarse; y probable es que su respuesta hubiera sido tan aguda é irrepudiable como la de Sancho, si una comun exclamacion de espanto y alarma no hubiese salido en aquel instante de los labios de cuantos le rodeaban. La noche estaba bastante clara para permitir que las lineas de contorno del Pico de Tenerife se diseñasen visiblemente á alguna distancia; y en aquel preciso momento porcion de llamaradas ascendieron desde su pun-

tiaguda cumbre, iluminando por intervalos aquella inmensa mole, y dejándola luego en tenebrosa oscuridad y objeto de misterio y de asombro. Muchos de los marineros se arrodillaron; y pusieron á repasar las cuentas de sus rosarios, mientras todos, por comun instinto, hicieron sobre los pechos la señal de la cruz. Alzóse en seguida un murmullo general; y á los pocos momentos, despertándose los hombres que dormian en suscoys, se mezclaron con sus compañeros, formando otro grupo de espectadores atónitos y asombrados de tan espantoso fenómeno. Convínose al punto que deberia llamarse la atencion del almirante hácia aquel extraño suceso, y de consuno eligieron por su orador al célebre Pero.

Hallábanse á la sazón sobre el alcázar, como ya hemos dicho, así el almirante como su amigo Don Luis, y la inesperada mudanza en el aspecto del Pico, no habia dejado de llamarles la atencion. Demasiado cultos para alarmarse con tal fenómeno, hallábanse vigilando la erupcion de la montaña, cuando Pero, á la cabeza de casi toda la chusma, se presentó en el alcázar. Conseguido el silencio,

comenzó Pero á manifestar el objeto de su mision con una energia, no poco aguzada por el miedo.

—Señor Almirante, dijo el orador, hemos venido para suplicar á vuestra escelencia mire hácia las cumbres de la isla de Tenerife, en donde creemos todos que divisamos un solemne aviso contra nuestra pertinacia en surcar el desconocido Atlántico. Tiempo es ya, por cierto, de que los hombres se acuerden de su debilidad, y de todo lo que deben á la indulgencia de Dios; pues que hasta las montañas vomitan llamas y humo!

—¿Hay aqui alguno que haya navegado en el Mediterráneo, ó visto la isla cuyo dueño es el Sr. Don Fernando, augusto esposo de la reina nuestra señora? preguntó con serenidad Cristóval Colon.

—Señor Don Almirante, contestó Sancho con presteza. Yo he tenido esa honra, aunque tan indigno de disfrutarla. Tambien he visitado á Chipre, á Alejandria y hasta á Estambul, residencia del Gran-Turco.

—Entónces, tambien habrás visto el Etna, otra montaña que siempre continua ar-

rojando esas mismas llamas en medio de una naturaleza y de un paisaje, que al parecer debe contemplar la Providencia con extraordinaria bondad, en vez de mirarlos ceñuda cual aparentais imaginaros.

En seguida dió Colon á su gente esplicaciones sobre la causa de los volcanes, refiriéndose á los caballeros que le rodeaban para corroborar la exactitud de sus asertos. Dijo á los atemorizados marinos que consideraba aquella pequeña erupcion como una simple y natural ocurrencia; ó si pudiera deducirse algun agüero del evento, seria mas bien uno propicio que desfavorable; pues que la Providencia daba á entender que se disponia á disipar las tinieblas de su rumbo, con el auxilio de aquellos meteóros. Mezcláronse entre los grupos Luis y los demas oficiales, y ejercieron toda su elocuencia á fin de calmar la alarma que al principio amenazaba resultados muy serios. Por el instante, lograron buen éxito, ó por mejor decir triunfaron del todo, en cuanto á los fenómenos del volcean referencia tenia; consiguiéndolo menos con los argumentos aducidos por los mas inteligentes.

de los oficiales, que en virtud del testimonio de Sancho Mundo, apoyado por el de uno ó dos de su ínfima clase, que habian presenciado iguales escenas en otras partes del orbe. Con dificultades de este jaez tuvo que lidiar el gran navegador, aun despues de haber consumido años luengos en solicitudes para alcanzar los mezquinos recursos que por fin se le hubieron otorgado, para llevar á efecto una de las proezas mas grandiosas que hasta entónces coronado habian los designios de los mortales.

Llegaron á Gomera los bajeles el dos de Setiembre, y permanecieron algunos dias en aquella isla, con el objeto de completar sus reparos, antes de despedirse finalmente de las últimas moradas del hombre culto, y de lo que pudiera denominarse el límite de la tierra conocida. La llegada de una expedicion semejante, en un siglo que proporcionaba con tanta mezquindad los medios de comunicacion, y en el cual los acontecimientos eran por lo comun mensageros de si propios, causó una fuerte sensacion entre los habitantes de las diversas islas, visitadas por los aven-

tureros. Recibió Colon grandes honras de ellos, no solo por causa del rango á que le elevaran los monarcas, sino en razon á la magnitud y carácter romántico de su empresa.

Existia una comun creencia en todas las contiguas islas, incluidas las Azores, las Canarias y la de Madeira, que hácia el occidente se encontraba tierra, y los moradores de aquellos paises abrigaban una ilusion muy estraña sobre este particular, y de cuya falsia tuvo la buena dicha de convencerse Colon en su segundo viage á la isla de la Gomera. Entre las personas mas distinguidas que habitaban en aquellas remotas insulas á la sazón, contábase á Doña Ines Peraza, madre del Conde de la Gomera. Acompañábala un gran séquito de personas no solo del pais, sino de las islas adyacentes, que habian ido á pasar una temporada en su casa con el objeto de recibir honra de la Condesa. Esta noble dama obsequió al almirante de un modo adecuado á la alta comision que desempeñaba, y admitió en su sociedad á aquellos aventureros que Colon le señalára como dignos de semejante privilegio. Cual es consiguiente, el supuesto Pedro de

Muñoz, ó Pero Gutierrez, como indistintamente se le nombraba, fué contado entre el número y así como tambien lo fueron cuantos por sus circunstancias se juzgaron adecuados para concurrir á tan alta y selecta reunion.

—Mucho me alegro, Don Cristóval, dijo Doña Ines Peraza, cierto dia, de que sus Altezas hayan cedido por fin á vuestro deseo, con la mira de resolver este gran problema, no solo para el engrandecimiento de nuestra Santa Iglesia, la cual, cual aseguraís, se encuentra tan de veras interesada en vuestro feliz éxito, así como tambien para honra de los dos soberanos, el lustre de las Españas, y las demas consideraciones que ya con tanta franqueza hemos enumerado en nuestros anteriores discursos, sino en pró de los dignos habitantes de las islas Afortunadas, quienes no solamente tienen muchas tradiciones respecto á la existencia de tierras hácia el ocase, sino que creen por la mayor parte que hacia aquel lado las han visto con frecuencia en el discurso de sus vidas.

—Ya he oido hablar de eso, noble dama, y agradecería mucho saber una relacion cir-

cunstanciada del suceso, oyéndola de los labios de algunos testigos oculares, ahora que estamos aquí, aconsejando francamente acerca de una materia que á tal grado nos interesa á todos.

—Entónces suplicaré á este digno caballero, quien por todos títulos es tan capaz de hacer justicia al asunto, sea nuestro orador y os dé á conocer lo que todos creemos en estas islas, y lo que á tantos de nosotros, se figura haber visto repetidas veces. Tened la bondad, Sr. de Dama, os ruego encarecidamente, de informar al almirante acerca de la perspectiva anual que se nos presenta de esas tierras desconocidas, que yacen tan lejanas en el lecho del Atlántico.

—Con la mayor prontitud, Doña Ines, y con mas justo motivo pues que tan bondadosa me lo ordenais, contestó el sugeto á quien la señora Condesa se dirigia, y el cual se dispuso á referir el cuento, con el ahinco que estan dispuestos á manifestar, siempre que se les proporciona una ocasion adecuada, cuantos anhelan dar ensanche á una propension favorita.

El ilustre almirante habrá oido decir, por

fuerza, de la isla de San Brandan, sita á unas ochenta ó cien leguas al oeste de la del Hierro, y que tantas veces se ha visto, apesar de que no ha habido navegante, en nuestros dias á lo menos, que haya podido alcanzalla.

—Si señor, con frecuencia he oido hablar de ese fabuloso punto, contestó con gravedad el almirante; pero me perdonareis si os digo que nunca ha existido tierra alguna que, vista por el mareante, haya estado fuera del alcance de su bajel.

—Eso no, ilustre señor, clamaron interrumpiéndole de consuno una docena de voces anhelosas, entre las cuales sobresalia la de la señora condesa de la Gomera—que se ha visto esa isla podemos atestiguarlo quizás todos los presentes; y que nunca ha sido dable llegar á sus costas es un hecho que puede testimoniar mas de un chasqueado piloto.

—Lo que hemos visto, lo conocemos; y lo que con nuestro conocimiento abrazamos, fácil nos es descubrirlo, repuso Colon sin ceder.—¿Diganme en que meridiano, ó en que paralelo se encuentra la insula de San Bran-

dan, ó san Barandon, y dentro de una semana les traigo pruebas inequívocas de su existencia.

—Bien poco sé acerca de paralelos ni de meridianos, señor Don Cristóval, contestó el caballero Dama, pero tengo alguna idea de las cosas visibles. Muchas veces han visto mis ojos la isla en cuestión; y cuidado que el cielo estaba serenísimo, y en ocasiones cuando imposible era equivocarse, respecto á su forma ni á sus dimensiones. Acuérdomé que una vez vi ponerse el sol detras de una de sus montañas.

—Esta es una evidencia muy clara, y cual debería respetar un navegador; y apesar de eso conceptúo, señor, que cuanto os imagináis haber visto, sea alguna ilusion atmosférica.

—Eso es imposible... imposible, dijose y repitióse en todos los ángulos de la sala.— Centenares de personas han atestiguado anualmente la aparicion de San Brandan, asi como tambien su repentina y misteriosa desaparicion.

—En eso mismo, noble Señora, y generoso hidalgo, consiste el error dentro del cual

habeis caído. Estais viendo el Pico todo el año en redondo, y aquel que navegue cien millas al norte ó al sur, continuará viéndolo tambien todo el año, escepto aquellos días en que se lo estorbe la arrumazon de la atmósfera. Las tierras, que Dios ha creado estacionarias, permanecerán en igual guisa, hasta que sacudidas por alguna grande convulsion, tengan que obedecer tanto á su providencia como á sus leyes sabias.

—Todo esto puede ser cierto, señor; y no hay duda que lo es; pero no existe regla sin escepcion. No negareis que Dios gobierna el mundo misteriosamente, y que sus fines no son siempre visibles para los ojos mortales. Y si no, ¿por qué ha permitido que el infiel domine tan largo tiempo en España? ¿Por qué razon en este mismo instante sigue el incrédulo en la posesion del santo sepulcro? ¿Por qué nuestros soberanos han estado sordos tantos años á vuestros propios y bien fundados motivos y súplicas, para que se os permitiese llevar sus enseñas, sobrepujadas de la cruz bendita, á las regiones de Catay, á donde en este momento van á dirigirse vuestras preces?

¿Quién sabe si hasta esas mismas apariciones de San Brandan se hayan dado á fuer de señales para alentar á los que, á imitacion vuestra, tengan á la mira objetos aun mayores que los que en busca de sus costas les dirigieran?

Era Colon un entusiasta; pero el suyo era un entusiasmo basado en la reverencia que profesaba á los misterios reconocidos de la religion, y que no buscaba otro sosten de las cosas incomprensibles, que el que racionalmente pudiera pensarse que perteneciera al ejercicio de la infalible sabiduria, á par que manifestaba una reverencia correspondiente á un Poder Divino. Semejante á la mayor parte de los hombres de su época, creia el piloto en los milagros modernos; y su dependencia en la directa y mundana eficacia de las ofertas votivas, preces y penitencias, era cual denotábala el carácter general de aquel siglo, y mas particularmente las preocupaciones apegadas á su propia carrera. Apesar de eso, su varonil espíritu desechaba la creencia de prodigios vulgares; y mientras se creia implicitamente destinado y selecto para llevar

á cabo la grandiosa obra que ante sus ojos se desarrollaba, no se sentia dispuesto á conceder que la exhibicion aérea de una isla estuviese de manifiesto en el ocaso con el objeto de alucinar al atrevido marino para que siguiese sus tenebrosos contornos en busca de las regiones mas lejanas de las Indias.

—Que conozco la aseguranza de que la Providencia de Dios me haya elegido á fuer de humilde instrumento de juntar la Europa con el Asia, en virtud de un viage directo á través de los mares, es muy positivo—contestó gravemente Colon, aunque en sus ojos se traslucía un oculto entusiasmo—pero estoy muy distante de dar suelta á las debilidades de la imaginacion, á fin de convencerme de que hayan de ponerse en resorte las milagrosas agencias para guiarnos en nuestro camino. Es mas conforme á la práctica de la sabiduria divina, y por cierto mucho mas halagüeño para mi amor propio, el que los medios empleados para la consecucion de nuestro designio sean aquellos que el piloto mas discreto y el filósofo mas experimentado, se considerasen ufanos al verse elegidos para poner en juego. En pri-

mer lugar absorbió mis pensamientos la contemplacion de este asunto; luego ha ilustrado mi razon el competente curso de estudios y de reflexiones, ayudando la ciencia para producir la conviccion necesaria que me impeliese á proceder, y habilitase para inducir á otros á fin de que tomasen parte en el designio.

—¿Y todos vuestros seguidores, señor almirante, estan guiados por iguales motivos?— preguntò Doña Ines, mirando de soslayo á Don Luis, cuyas gracias varoniles y marcial aspecto habian hallado favor en los ojos de todas las damas de aquella isla.—¿El señor Gutierrez se encuentra tambien movido por el mismo resorte? ¿tambien él ha consagrado sus noches al estudio para que la cruz se enarbolase en las regiones del Paganismo, y se establezcan vínculos de union entre Castilla y Catay?

—El señor Gutierrez es un aventurero voluntario; pero justo es que le dejemos ser intérprete de sus propios motivos.

—Entónces apelaremos al caballero mismo para que nos dispense una respuesta. Estas damas tienen un violento deseo de saber las causas que puedan haber impelido á un suge-

to que tan seguro estaria de lucir en la corte de Doña Isabela y en las guerras morunas, para juntarse á semejante expedicion.

—Las guerras con el Moro estan concluidas, señora, dijo Luis sonriéndose; y Doña Isabel asi como todas las damas de su corte, favorecen mas al doncel que con mayor ahinco se presta á servir sus intereses, y adelantar la honra de Castilla. Poco sé de materias filosóficas, y pretendo todavia menos á la ciencia de los eclesiásticos; mas, se me figura que veo delante de mis ojos á Catay, resplandeciendo como un brillante lucero en el empleo, y en busca de esa desconocida region, aventuraria voluntariamente la salud de mi cuerpo y la de mi alma.

Muchas lindas exclamaciones salieron del circulo de sus hermosas oyentes; pues era muy fácil que la gallardia mereciese aplauso, quando iba realzada por las recomendaciones que le prestan las ventajas del buen parecer, y la ostentan la juventud y el favor. Que el piloto genovés, veterano curtido con los aires de la mar, tuviese la osadia de poner á riesgo una vida, próxima ya á su término, en una teme-

raria tentativa de registrar los misterios del Atlántico, no parecia un acto tan recomendable ni osado; pero muchos descubrian elevadas cualidades en el carácter de un jóven, que iba á comenzar su carrera, y que con auspicios tan halagüenos en la apariencia, confiaba todas sus esperanzas á los inciertos acasos de tan extraordinario designio. Luis era hombre, y hallábase en el pleno goce de la admision que su empresa habia despertado entre tantas beldades sensibles, cuando Doña Ines, muy intempestivamente por cierto, interpuso su voz para interrumpir la felicidad del mancebo, y herir su amor propio.

—Esas espresiones, dijo la condesa, demuestran unas miras mas honoríficas, que las que mis cartas de Sevilla atribuyen á cierto mancebo, perteneciente á una de las casas mas orgullosas de Castilla, y cuyos titulos bastarian para instigarle á añadir nuevo lustre á un nombre que por tantos siglos ha sido orgullo de la España. Los rumores hablan de su disposicion vagamunda; pero tambien de su prurito de correr tierras en una guisa indigna de su rango, y eso tambien con objetos

á la vista que nada prestan para el servicio de los soberanos, de su patria ni de sí mismo.

—¿Y quién podrá ser ese jóven tan imprudente? preguntó con ansia Don Luis, demasiado engreído con la admiración que acababa de escitar para que pudiese precaver la respuesta.—A un caballero, de quien así se habla, debería avisarsele de lo mal parada que anda su reputación, á fin de estimulársele al proseguimiento de cosas mejores.

—No es su nombre un secreto, por cierto, desde que la corte habla abiertamente de su singular y estraviada carrera; y se dice que de resultas hasta su amor ha padecido descalabro. El sugeto á quien me refiero es un hidalgo de alcurnia no menos distinguida y de nombre no menos altisonante que Don Luis de Bobadilla, conde de Llera.

Dice el adagio, que «quien escucha, su mal oye,» y fué ahora la suerte de Don Luis, hacer buena la verdad de este axioma. Sintió subírsele la sangre á las mejillas, y fué menester todo el esfuerzo de la prudencia para impedir que estallase en exclamaciones, las cuales precisamente habrían contenido sus votos

correspondientes á la mitad de los santos del calendario, si por buena fortuna no hubiese conseguido refrenar el mancebo su repentino impulso. Tragándose á toda prisa las palabras que se le agolpaban á la lengua, miró alrededor con aire de reto, cual si buscase el rostro de algun hombre que siquiera osase sonreirse de lo que de espresar acababa. Felizmente, en aquel instante, rodeaban á Colon todos los tertulianos del género masculino, y tomaban parte en una vivísima discusion sobre la probable existencia de la isla de San Brandan; de modo que Luis no encontró en toda la sala una sonrisa, con la que pudiera reñir justamente, que tuviese para haberla hostil un pelo de barba. Por buena fortuna tambien, aquellos blandos impulsos, que suelen estimular á las jóvenes, indugeron á tomar la palabra á una de las hermosas compañeras de Doña Ines, é hizolo de manera que solazó al punto los agitados sentimientos de nuestro fogoso hidalgo.

—Es verdad, señora; interpuso la graciosa abogadita, mientras los primeros acentos de su voz fueron tan dulces que calmaron

la tempestad que fermentaba en el corazón del joven; — es verdad señora; dícese que Don Luis es un espíritu andalón, y un sugeto cuyos gustos y hábitos son muy saltos de estabilidad; pero también se añade que tiene un excelente corazón, que es tan generoso como los rocíos mismos del cielo, y que se le cuenta por la mejor lanza en toda Castilla, así como también aseguran que es mas que probable llegue á rendirse á él la doncella mas hermosa de España.

— En vano, señor de Muñoz, nos predicarán los eclesiásticos, en vano nuestros padres nos pondrán cara seria, dijo sonriéndose Doña Inés, mientras la gente joven y de buen parecer anteponga el valor, los hechos de armas, y a liberalidad, á las virtudes menos brilladoras que nuestra santa religion nos recomienda, y tan celosamente nos inculcan los ministros de su culto. El desensillar en el torneo á un caballero ó dos, y el rehacer un escuadron desordenado para dar una segunda carga á una tropa de infieles, alcanzan mas favor en los ojos del mundo que años enteros consumidos en la sobriedad, y semanas transcurridas sin

descanso en penitencia y oracion.

—¿Y qué sabemos, señora, si el caballero á quien mentais, no tiene tambien sus semanas de mortificacion y sus horas de prece? contestó Luis, quien por fin habia vuelto á encontrar su voz.—Pero bien considerado, páreceme que ese jóven se aprecia poco á sí mismo, y asi no extraño que sea mezquino su concepto en los ojos de su dama. ¿Y tambien os confian en la carta, señora, el nombre de la belleza á quien rinde homenaje el tal caballero?

—Si señor. Llámase Doña Maria de las Mercedes de Valverde; es parienta muy cercana de los Guzmanes y de otros distinguidos nobles, y al mismo tiempo una de las doncellas mas hermosas que hay en España.

—Verdad! exclamó Luis, y una de las mas virtuosas y discretas.

—Que, señor! ¿será posible que tengais suficiente conocimiento de una dama tan elevada en posicion, que podeis hablar con esa aseguanza de sus cualidades morales tambien como de sus dotes físicos?

—Su belleza hanla visto mis ojos, y de

sus demas perfecciones hablo lo que he oido decir. ¿Pero, vuestra corresponsal, señora, insinua algo respecto al paradero actual de ese irreflexivo amator?

—Susúrrase que ha vuelto á ausentarse de España, y segun se supone con visible disgusto de los soberanos: pues que se nota que la reina ni aun menciona su nombre. Ignórase la ruta que haya tomado, aunque es probable que ande recorriendo esas mares de Dios, como tiene de costumbre, en busca de aventuras poco dignas entre los puertos del oriente.

A poco rato la conversacion tomó un nuevo giro, y pronto despues el almirante y compañeros acudieron á bordo de sus respectivas embarcaciones.

—En verdad, señor Don Cristóval, dijo Luis al caminar á solas con el gran navegante hácia la playa, que un hombre nunca sabe cuando está adquiriendo nombradía, y cuando no. Aunque soy un marino de cortísimo mérito, y nada tengo de piloto, encuentro que mis hazañas en el océano estan ya suficientemente esparcidas por el mundo; solo con que vuestra esclencia adquiriera la mitad de la fa-

ma que disfruto yo á estas horas, tendreis todo motivo de creer que no haya la posteridad de entregar al olvido vuestro nombre.

—Es un tributo, hijo Luis, que los hombres grandes tienen que pagar por su ensalzamiento, respondió Colon, el que todos sus actos se censuran, y el que pueden hacer pocas cosas que consigan ocultar de la observacion, ó eximir de los comentarios.

—No estaria demás, señor almirante, arrojar de una vez dentro de las pesas, mil calumnias, mentiras, y detracciones; pues que todas estas lindezas han de formar precisamente artículos muy considerables en la lista de la censura. No es extraño pues que á un mozaivete no pueda ocurrírsele visitar tierras extrañas, con el objeto de acrecentar sus conocimientos y mejorar sus ideas, sin que todas las noveleras de Castilla llenen las cartas que dirigen á sus comadres en las Canarias, de párrafos referentes á sus movimientos y deslices! Por los santos mártires del oriente! Si yo fuera reina de Castilla habia de establecer una ley prohibiendo el que se criticasen por escrito los movimientos ajenos, y aun no sé si se me an-

tojára formar otra aun mas severa contra toda muger que escribiese una simple carta!

—En conformidad á cuya ley, señor de Muñoz, jamas tendriais el placer de recibir una epistola escrita por la mano mas linda que en Castilla hay.

—Quiero decir cartas que una muger dirigiese á otra, señor almirante. Ahora, respecto á esas epistolas, como las denominais, que fuesen obra de nuestras nobles damiselas para alentar los corazones y estimular los hechos de los caballeros que las adoran, júzgalas en extremo útiles, y hasta los santos mirarian con ceño al idiota que intentase prohibillas ó intercetallas. No, señor, creo que mis romerias me han hecho mas liberal que todo eso, elevándome sobre las mezquinas preocupaciones que obcecan al comun de los hombres en las provincias y ciudades, y léjos me encuentro de desear poner en veda la correspondencia epistolar entre los amantes, entre los padres y los hijos, y ni aun entre los esposos; pero respecto á todo cartapacio enviado de comadre á comadre, con vuestro permiso, señor Don Cristóval, lo aborrezco tan-

to como el padre de los Pecados detesta la expedicion que ahora emprendemos.

—Y por cierto que no tiene motivos para mirar con buenos ojos esta expedicion, respondió sonriéndose el almirante; pues que será seguida de la lumbre de la revelacion, y del triunfo de la cruz... pero ¿qué quieres de mi, buen amigo, que pareces aguardar á que te hable, con el objeto de deshacerte de alguna grave noticia que pensativo te trae? ¿Tu nombre es Sancho Mundo, si bien me ayuda la memoria?

—Señor Don Almirante, vuestra memoria bien os ha servido en esta ocasion, contestó el sugeto á quien Colon se dirigia.—Yo soy Sancho Mundo, cual ha dicho vuestra excelencia, aunque á veces me llaman Sancho el de la Compuerta del Dique. Quisiera deciros dos palabras, respecto al destino de nuestro viage, cuando os digneis oírlas, nobilísimo señor, donde no haya presente oído ninguno que desmerezca nuestra confianza.

—Puedes hablar con toda franqueza ahora, pues este caballero es mi confidente y secretario.

—No hace falta que yo le diga á un gran piloto, como vuestra escelencia, quien sea el rey de Portugal, ó lo que hayan andado buscando los marinos de Lisboa estos años atrás, porque lo sabeis mucho mejor que yo. Por lo tanto, me contentaré con añadir que estan descubriendo para sí mismos todas las tierras desconocidas que posible les es, y estorbando que otros, en cuanto está en su poder, hagan lo mismo.

—Don Juan de Portugal es un príncipe muy ilustrado, buen hombre, y harias bien en respetar su rango y carácter. Es su alteza un soberano muy liberal, y de sus puertos ha enviado muhas expediciones para grandiosos fines.

—Verdad que lo ha hecho, señor, y eso último no es lo que menos rebulle en sus ideas, contestó Sancho, mirando con socarroneria al almirante; lo que dió á conocer que el pobre gaviero reservaba algo mas de lo que pretendia descubrir sin que se le lisonjeara algun tanto. Nadie duda de lo dispuesto que se encuentra Dom Joao á enviar á las mares toda clase de expediciones.

—Tu tienes alguna noticia, Sancho, que es muy justo sepa yo. Habla con franqueza, y confía en que retribuiré ese servicio, hasta donde sus merecimientos alcanzaren.

—Si vuestra escelencia tiene la paciencia de oirme, referirle he toda la historia, con minuciosidad, y hecho por hecho, de manera que nada dejaré sin decirle, explicándome con cuanta claridad un corazón desear pudiera, ó un preste en el confesonario anhelara.

—Habla que nadie te interrumpirá. Proporcionado á tu franqueza ha de ser tu galardón.

—Bien pues, señor Don Almirante, habeis de saber que hará unos once años hice yo un viage desde Palos á Sicilia en una caravela perteneciente á los Pinzones; no á Martín Alonso, que manda ahora la Pinta, bajo las órdenes de Usencia, sino á un pariente de su difunto padre, quien hizo se construyera un bajel como son los bajeles, y no como estos barcos que se hacen en estos nuestros dias de prisa, y de jarcias podridas, y de malísimo calafateo, para no hablar del estado en que se encuentra el velámen...

—Por Dios! buen Sancho, interrumpiéndole impaciente Don Luis, á quien escocian aun las observaciones de la corresponsal de Doña Ines.—Parece que te olvidas de que la noche se halla á mano, y que la lancha está aguardando al señor almirante.

—¿Y como me he de olvidar de eso, señor, si estoy viendo al sol tocando con su disco la superficie de las aguas, y cuando pertenezco á la lancha yo mismo, de la que me he separado para venir á contar al señor almirante lo que tengo que decirle.

—Dejad que el hombre refiera su historia como mejor le plazca, señor Pedro, interpuso Colon. Nada se adelanta con poner á un marino fuera de su rumbo.

—Ni tampoco, señor almirante, con disputar á coces con una mula. Y así, como yo iba diciendo, hice el viage á Sicilia, y tuve de camarada á un tal José Gordo, portugués de nacimiento, mas quien preferia los vinos de España á todos los miserables calduchos de su propia tierra, y por esa razon navegaba mucho en los barcos españoles. Sin embargo de eso, nunca pude averiguar si en el fondo de

su corazon, seria José español ó portugués; mas á fe mia, aunque por lo que toca á Cristiano, puedo decir sin equivocarme que era de los muy sospechosos.

—Es de esperar que su carácter se haya mejorado á la hora desta; dijo con calma Don Cristóval. Y como preveo que va á seguirse alguna cosa, corroborada por el testimonio del tal José, me permitirás te diga, que un Cristiano sospechoso es un testigo algo sospechoso tambien. Dime pues de golpe lo que él comunicado te hubiere, á fin de que yo pueda juzgar por mi mismo del valor de sus expresiones.

—Que vaya cualquiera á dudar ahora que usencia no ha de descubrir á Catay? diré que es un herege, al ver que habeis adivinado mi secreto sin haberlo oido. Acaba de llegar José dentro de esa faluca que está surta cabe la Santa Maria, y sabiendo que nuestra expedicion tenia alistada en ella á un tal Sancho Mundo, vinose á bordo sin demora para ver á su camarada de miarras.

—Todo eso está tan claro, Sancho amigo, que extraño mucho juzgues que valga la

pena de contarlo; pero ya que le tenemos salvo á bordo de la buena caravela, podremos venir, supongo, sin otra demora al asunto de tu comunicacion.

—Y tanto como podremos! así, señor, diré ya sin prefacio que el asunto es concerniente á Don Juan de Portugal, á Don Fernando de Aragon, á Doña Isabel de Castilla, á vuestra escelencia, señor Don Almirante, á este señor de Muñoz y á mí mismo.

—Estraña mezclanza de personas es esa, Sancho, dijo riéndose Don Luis, mientras le puso en la mano al marinero un doblon de á ocho: quizas eso te ayude á hacer mas breve tu historia de conjuncion tan singular.

—Otro cualquiera con la insinuacion de vuestra merced, terminaria desde luego su relato. Para decir la verdad, se halla ahora José escondido detras de aquella tapia, y como me dijo que su noticia valia bien un par de doblas, buen chasco va á llevarse cuando sepa que yo he recibido la mitad que me corresponde, mientras la otra que á él debe tocarle no ha salido aun de la tesoreria.

—Esto pues tranquilizará su carcomilla,

dijo Colon poniéndole otra moneda de oro en la mano al ladino gaviero, pues observó el almirante por las espresiones de Sancho, que efectivamente tenia que comunicarle alguna cosa de mucha importancia. Bien puedes ahora llamar en tu auxilio á José, y aliviarte en derecho de la pesada carga que te oprime tanto.

Hizolo así Sancho Mundo, y un instante despues se habia ya presentado José, recibiendo su dobla, pesádola con detencion en la palma de la mano, y dádole principio á su cuento. En nada parecido al artificioso gaviero, dijo su historia sin pararse, empezándola por donde debia, y dejando de hablar luego que se hubo acabado. La sustancia de su comunicacion se reducía á lo siguiente: José acababa de llegar de la isla del Hierro y visto tres caravelas armadas en guerra, y llevando el pendon de Portugal en los topes; las cuales cruzaban entre las islas, con ciertas señales que no dejaban la duda mas ligera de que fuese su objeto interceptar la expedicion castellana. Como el hombre se referia en corroboracion de su aserto, á uno ó dos pasajeros que con él habian venido, Colon y Luis se di-

lencia y de la elevación.

rigieron al momento en busca de los indicados testigos, á fin de oír su relacion atento á la materia. Comprobóse por el resultado que nada habia referido el marínero que no fuese la pura verdad.

—De todos nuestros obstáculos y embarazos, Luis, dijo el almirante al jóven noble, mientras ambos se encaminaban á las playas otra vez, este es el mas serio. Esos alevos portugueses podrán detenernos absolutamente, ó seguir nuestra derrota; y en el último caso veremos á otros apoderarse de nuestros nobles laureles, y de todos los beneficios que se debieran con tanta justicia á nuestros riesgos y trabajos, ó cuando ménos disputárnoslos unos hombres que carecieron de conocimientos y de resolucion para aceptar la dádiva cuando les fué generosamente ofrecida.

—Para llevar á cabo su intento el rey Don Juan de Portugal, preciso es que haya enviado á unos caballeros mucho mas bizarros que los Moros de Granada, contestó Luis, quien tenia toda la mala voluntad de un verdadero Español hácia sus vecinos peninsulares... El es un monarca bravo é instruido, di-

ce la gente; pero la comision y enseña de la soberana de Castilla no ha de ser desairada, mucho menos aqui, en medio de unas islas que la pertenecen.

—Carecemos de fuerza para contender con los que en seguimiento nuestro han sido enviados. Conocido es el número asi como el porte de nuestros bajeles, y no cabe duda que los Portugueses hayan ocurrido á los medios necesarios para verificar sus propósitos, sea cual fuere su objeto é intencion. Ah! Don Luis, duro en demasia se ha mostrado mi destino, aunque tengo confianza en que al fin alcanzaré el galardón. Por años enteros solicité del Portugués emprendiera de buena fé este designio, y se esforzara en conseguir por medios honrosos lo que nuestra augusta ama Doña Isabela ha comenzado ahora con tanto aplauso. Oyó aquel mis razones y súplicas con frialdad... aun mas, desechólas con mofa y desden; sin embargo de eso, apenas me encuentro bucnamente embarcado, para hacer la aventurada probatura del proyecto que tantas veces han puesto en ridículo, empenñan-se en frustrar mis intentos por medio de la violencia y de la alevosia!

—Noble Don Cristóval, moriremos hasta el último Castellano antes que acontezca semejante cosa.

—Nuestra única esperanza consiste en una pronta partida. Gracias á la actividad y al celo de Martin Alonso, la Pinta se encuentra ya reparada, y podemos dejar á Gomera mañana al amanecer. Dudo que tengan el arrojo de seguirnos por el indescrito Atlántico sin otras guías que aquellos que les presten sus propios y mezquinos conocimientos; así con el favor del Altísimo dejaremos estas riveras al salir el próximo sol. Todo depende ahora en que nos hallemos zafos de las islas Canarias sin que se llegue á descubrirnos.

Así hablando, alcanzaron el bote, y á poco rato se vieron á bordo de la Santa Maria. A aquella hora encumbrábanse ya los picachos de las islas como hoscas sombras en la atmósfera, y momentos despues las caravelas parecían otros tantos puntos oscuros é informes, sobre el inquieto elemento que bañaba sus quillas.

CAPITULO VII.

Nadie pensó con pura luz brillante
 Con los años, en torno de aquel día,
 Ni a su memoria cuanto amor realizara
 Ni que imperio a sus hijos dejara,

D'AVANT.

noche que siguió, fué para los
 aventureros fértil en sentimientos
 discordes. Luego que Sancho hubo
 asegurado la recompensa, puso cortapisa á sus
 escrúpulos respecto á comunicar cuánto sabia,
 á cualquiera que dispuesto se hallase á escu-
 charle, y mucho ántes que Colón volviera al
 bagel, habia ya circulado la nueva de boca
 en boca, hasta que toda la escuadrilla quedó en-
 terada de las intenciones de los portugueses.

Muchos ansiaban que fuese cierta y que triunfasen sus perseguidores; pues á su modo de ver cualquier destino era preferible al que le ofrecia aquel viage; pero tal es el efecto de la oposicion, que la mayor parte de la chusma estaba ansiosa de levar el ancla, solo con el fin de salir vencedora en la disputa. Colon mismo, experimentaba la pesadumbre mas opresora, pues le parecia que la fortuna iba á derribarle de los labios la copa, en el momento de allegarla á ellos, en zaga de todos sus crueles padecimientos y dilaciones. Asi es que pasó una noche de zozobra y de pena, y fué el primero que se levantó luego que vino el dia.

Pocos instantes despues no habia quien durmiese abordo; y como los preparativos hubiesen quedado dispuestos la noche anterior, al salir el sol zarparon los tres bajeles, sirviéndoles de guia la Pinta, como de costumbre. El viento estaba flojo, y la escuadra apenas podia ponerse en rumbo; pero como los instantes eran tan preciosos, dirigieronse á occidente las proas de los buques. A las pocas horas de navegacion, pasó junto á ellos una caravela, que largo rato habian tenido á la vista, y habló con ella el

almirante. Venia de la isla del Hierro, la mas meridional al oeste del grupo, y casi traia la misma vuelta del derrotero que trataba de hacer la expedicion, hasta salir de las mares conocidas.

—¿Hay alguna novedad en el camino de la isla del Hierro? preguntó Colon, al deslizarse lentamente el buque extraño por el costado de la Santa Maria; cuyo andar no llegaba entónces á una hora por milla. ¿Hay algo que merezca la pena por aquel lado?

—¿Podreis decirme si estoy hablando ó no con el señor Don Cristóval Colon, el piloto genovés á quien sus Altezas han honrado con una comision importantísima? En ese caso me juzgaria garantizado de un modo mas positivo para contestar á lo que oigo y veo. fue la respuesta que recibió el almirante.

—Yo soy Don Cristóval mismo, almirante y virey, bajo las órdenes de sus Altezas, en todos los mares y territorios que podamos descubrir, y cual habeis dicho, Genovés por mi cuna, aunque Castellano por mi deber y por mi amor á la reina.

—Entónces, nobilísimo almirante, tengo

que deciros, que los Portugueses andan alerta, pues tres de sus caravelas se hallan á la altura de Hierro en este instante, con esperanzas de interceptar vuestra expedicion.

—¿Y como lo sabeis? ¿y que razones tengo yo para suponer que los Portugueses se atrevan á enviar sus caravelas con órden de molestar á los que naveguen en calidad de oficiales de Fernando é Isabel, los reyes Católicos? Deberán saber que el Padre Santo ha conferido últimamente este título á los dos soberanos en reconocimiento del gran servicio que prestado han, espulsando al moro de las tierras cristianas.

—Señor, algo se ha susurrado acerca de eso en nuestras islas; mas poco cuidado les dá á los Portugueses de cuanto decis, toda vez que se les figura que peligra su oro. Al salir de Hierro topé con las caravelas, y tengo motivos para creer que el rumor público no les haya hecho injusticia.

—¿Y era hostil su aspecto? ¿dieron muestras de hacer alarde de sus pretensiones á interrumpir nuestro viage?

—A nosotros nada nos insinuaron respec-

to á eso; solo se contentaron con preguntar, en tono de burla, si el ilustre Don Cristóval Colon, gran virey del oriente, navegaba á nuestro bordo. Respecto á pertrechos de guerra, señor, tienen muchas bombardas, y gran copia de hombres con corazas y cascos. Sospecho que no abundan ahora tanto los soldados en las Azores como antes que esos buques se hiciesen á la vela.

—¿Y se mantiene al abrigo de las costas, ó se dejan ir muy léjos á la mar?

—Por lo comun, señor, hacen mas bien lo último todas las mañanas, alargándose muy léjos á occidente, y vuelven á buscar la tierra luego que el dia va llegando á su conclusion. Cuidado, Señor Don Cristóval, tome su merced el consejo de un anciano piloto; esa canalla no está por alli para nada bueno.

Estas últimas palabras fueron apenas audibles; pues ya se hallaban algo distantes las dos caravelas, y á poco rato estuvieron fuera del alcance de la voz.

—¿Y creéis que el nombre castellano se encuentre tan deprimido, señor Don Cristóval, preguntó Luis de Bobadilla, que estos

perros de Portugueses se atrevan á hacer desacato á la enseña de la reina nuestra señora?

—Nada temo de la fuerza, sino la detencion y el fraude; pero estos obstáculos en tal momento serian para mi menos penosos que la muerte misma. Lo que mas sospecho es, que esas caravelas, so pretexto de proteger los derechos del rey Don Juan, tengan orden de seguirnos hasta Catay, en cuyo caso tendremos un descubrimiento disputado y unos honores divididos. Debemos, á toda costa, evitar á los Portugueses, si es posible; para cuyo intento, trato de pasar á occidente, sin arrimarme á la isla del Hierro, sino lo que sea absolutamente indispensable.

Apesar de eso, una impaciencia corrodora traia desasosegado al almirante, y á la mayor parte de los que le acompañaban; pues que hasta los elementos parecian oponerse á su pasage de entre las Canarias al océano abierto. Cayó el viento por grados, hasta que reinó tal calma, que fué preciso calar las velas, y quedaron los tres bajeles, recostándose ahora sobre la salada superficie de las aguas

y erguiéndose luego sobre el lomo de la marejada, cual si fuesen unos animales informes, reposando perezosamente bajo los calores del estio, en soñolienta holganza.

Muchos fueron los *padre nuestros* y *ave marías* que en secreto se rezaron, y no pocos los votos de futuras penitencias, en la esperanza de conseguir una brisa favorable. Parecía de cuando en cuando que la divina Providencia prestaba benigno oído á sus plegarias; pues solia la ventolina abanicar el rostro del ansioso marinero, y caian las velas al instante con la expectativa de que arrancasen los buques; pero el desaliento seguia un instante despues, y la tripulacion quedaba convencida de que era su suerte seguir detenida con la visita de una prolija calma. Precisamente al anochecer, levantóse sin embargo un aire ligero, y durante algunas horas, los gorgoritos de las partidas aguas pudieron oirse bajo las combas de los buques, aunque el camino que hacian, era apenas suficiente para que el timon les sirviese de gobierno alguno. A eso de la media noche, no obstante, aun este movimiento, ápenas perceptible, cesó, y

otra vez los inobedientes cascos comenzaron á mecerse en el mar de leva, que habian traído las brisas desde los desiertos inmensos del océano occidental.

Luego que reapareció la luz del día, hallóse el almirante entre Gomera y Tenerife, cuyo escelso pico arrojaba á lo léjos su puntiaguda sombra sobre las aguas, cual cometa caudoso, hasta que su afilado ápice se renovaba en borroso remedo, á lo largo de la superficie cristalina del océano. Temió ahora Colon que los Portugueses se valieran de sus lanchas, y diesen impulso á alguna liviana caravela por medio de sus remos largos, á fin de encontrar el parage donde se hallaba la escuadrilla; en consecuencia, determinó sabiamente se recogiesen las velas, con el objeto de ocultar los buques, en lo posible, de la vista de toda atalaya escudriñadora. La estacion se habia adelantado ya hasta el día siete de Setiembre; y tal era la situacion de esta renombrada escuadrilla á las cinco semanas exactas despues de su salida de las costas españolas; ocurriendo tambien en Viérnes esta calma de pésimo agüero, cuyo día de la sema-

na fué el mismo en que primeramente se hiciera á la vela.

La esperiencia nos enseña que el único remedio para una calma en la mar es la inalterable paciencia. Colon era un navegante demasiado práctico para no sentir la fuerza de este axioma, y despues de haber ocurrido á la precaucion mencionada, tanto él, como los pilotos que estaban á sus órdenes, consagraron toda su atencion al arreglo de aquellos espedientes requisitos para hacer su futuro viaje salvo y certero. Subiéronse al alcázar los pocos instrumentos náuticos que en aquella época se conocian; se corrigieron y comprobaron, con el doble objeto de asegurarse del estado en que se hallaban, y de ostentarlos á presencia de la marineria, para que esa científica exhibicion realizase el respeto de la chusma hácia sus gefes, en virtud de añadir á la subordinacion, la confianza bien fundada en su ciencia.

El almirante mismo habia adquirido ya una alta reputacion como navegador entre sus seguidores, á consecuencia de que sus cálculos fueran mucho mas exactos que los de los

otros pilotos, cuando se habian acercado á las Canarias; y mientras ahora maneja la balles-tilla que hacia las veces de cuadrante en aquel tiempo, y reconociese la aguja de marear, cada movimiento que hacia era espiado por los marineros, ya con secreta admiracion, ó con celosa vigilancia; pues algunos de ellos espresaban abiertamente la confianza que tenian en que su ciencia habria de llevarlos á donde él los guiase, mientras otros daban á entender á tapadillas precisamente aquel grado de conocimiento motejador, que por lo comun acompaña á los preocupados, á los ignorantes, y á los maliciosos.

Nunca habia sido capaz Don Luis de comprender los misterios de la navegacion; pues su noble cabeza daba muestra de repudiar toda instruccion cientifica, como una clase de adorno poco acorde con sus gustos ó sus necesidades. No por eso dejaba de tener bastantes luces; y en el círculo de aquellos conocimientos que era costumbre adquirieran los señores de su rango en aquel siglo, pocos gozaban de mejor reputacion que él en la corte de Castilla. Por buena fortuna, tenia el man-

cebo la mas implicita confianza en los recursos del almirante; ni contaba Colon entre sus seguidores un adicto mas ciego ni sumiso que el jóven conde de Llera.

El hombre, con toda la filosofia de que se jacta, con toda su inteligencia y razon, existe siendo engañado siempre por su propia fantasia y ceguera, tanto como por los artificios y ardides de los demás. Aun mientras se imagina á sí mismo mas vigilante y cauteloso, se le ve con tanta frecuencia descarriarse en pos de apariencias falaces, como regirse por el juicio y por los hechos: tal vez la mitad de los que presenciaban los cuidadosos cálculos de Colon, creían presentir las asegu-
ranzas de la ciencia y de las deducciones lógicas, cuando á la verdad hallábanse impresionados sus sentidos sin que en el mas leve grado quedasen esclarecidos sus entendimientos.

Asi transcurrió el dia 7 de Setiembre, y al llegar la noche halló todavia á la pequeña flota, ó escuadra, como hoy la llamariamos, sirviéndonos del altivo lenguaje que ahora se usa, meciéndose desvalida entre Te-

nerife y Gomera. Ni tampoco la siguiente mañana trajo consigo mudanza alguna; pues que un sol abrasador, sin un aliento de aire, caía á plomo sobre la mar que relucía como una masa inmensa de derrelida plata. Luego que el almirante se cercioró, en virtud de haber enviado gente á los topes para examinar el horizonte, de que los Portugueses no estaban á la vista, sintióse muy alentado, suponiendo que sus perseguidores yacían tan inertes como él mismo hacía la parte occidental de la isla del Hierro.

Por la vírgen de la mar! señor Don Cristóval, díjole Don Luis, al subir á la popa, donde horas hacia que el gran navegante se hallaba haciendo una guardia aburrida, mientras el jóven noble acababa de levantarse de siesta, parece que todos los demonios contra nosotros se han coligado. Aquí nos hallamos al tercer día de nuestra calma, con el Pico de Tenerife tan estacionario como un guarda canton, ó poste de legua, erigido ahí para decirles á los atunes ó delfines el camino que van haciendo por hora. Si uno creyera en agüeros, podría imaginarse que los

santos se oponían á nuestra partida, aun cuando vamos á hacer un mandado que les tiene mucha cuenta á ellos mismos.

—No debemos creer en agüeros, cuando solo son efecto de las leyes naturales, contestó con gravedad el almirante; pronto concluirá esta calma, porque empieza á haber cerrazón en el horizonte, la cual promete viento fresco por el Este, en virtud del movimiento de la nave fácil nos es conocer que las brisas no han estado muy quietas allá hácia el ocaso. Maese Piloto, añadió Colon dirigiéndose al oficial de ese título que se hallaba entonces sobre la cubierta; hareis bien en echar las velas abajo, y prepararos para una brisa favorable, pues no tardará en alcanzarnos la ventolina del nord-este.

Quedó verificada la prediccion una hora despues, cuando los tres buques comenzaron á surcar las olas con firme quilla. Pero la brisa fué en lo posible mas *tantalizadora* para los impacientes marineros, que lo habia sido la calma misma; porque les entraba por la proa un fuerte mar de leva, y como el aire era suave, los buques siguieron bregando con dificultad hácia el occidente.

Todo este tiempo, se tenia mucha vigilancia para descubrir si asomaban las caravelas portuguesas, cuya aparicion, sin embargo, era ménos temida de lo que lo hubiera sido, pues se las suponía á una distancia inmensa hácia barlovento; Colon y sus hábiles asociados, Martin Alonso y Vicente Yañez, ó los hermanos Pinzones quienes comandaban la Pinta y la Niña, pusieron en práctica todos los medios que la esperiencia sugerirles podia, con el fin de adelantar en la jornada, su progreso, no obstante, fué lento y penoso, pues cada nuevo impulso que la brisa les daba servia para hundir en la mar las proas de los buques con tal violencia, que amenazaba serias averias á los mástiles y jarcias. Tan frivolo era en verdad su camino, que se necesitaba de todo el cálculo de Colon para advertir la manera casi imperceptible con que el elevado y hermoso ápice del Pico de Tenerife se agachaba como si fuera pulgada á pulgada. Los sentimientos supersticiosos de los marineros estando ahora mas activos que nunca, algunos de ellos comenzaron á murmurar; que los elementos les amonestaban no prosiguiesen, y

aunque ya algo tarde, el almirante debería hacer caso de los agüeros y signos que la naturaleza dá raras veces sin suficiente razon. Estas opiniones, sin embargo, se proferian con toda cautela, pues la grave y firme conducta de Colon habia producido tal respeto para sí, que se acallaban en su presencia; y la chusma de los otros bajeles seguia siempre los movimientos de su almirante, con aquella especie de ciega dependencia, que señala la subordinacion del inferior á su gefe, en semejantes circunstancias.

Luego que Colon se retiró á su cámara para pasar en ella la noche, advirtió Luis que su semblante manifestaba mayor severidad que de costumbre, al concluir los cálculos náuticos de aquel dia.

—Espero que todo va conforme á vuestros deseos, señor almirante, dijo el jóven con aparente festividad. Ya estamos buenamente en vuestra ruta, y á mi modo de ver ya nos hallamos á vista de Catay.

—Teneis dentro de vos, Don Luis, contestó el almirante, lo que hace llano y liso cuanto deseais alcanzar, y por tanto os figu-

rais verlo todo con colores muy gayas. Respecto á mi, es mi deber mirar las cosas como realmente en sí son, y aun cuando Catay yazga con toda claridad al cabo de nuestra ruta, aun cuando palpable esté ante la vision de mis mientes... y tu, ó Señor, que implantado has, para tus propios grandes designios, el deseo de alcanzar la distante tierra, lo sabes con toda verdad... aunque Catay tan clara resplandece ante mi vista moral, estoy obligado á esquivarme de los obstáculos físicos que puedan existir antes que la alcancemos.

—¿Y estos obstáculos, señor, van haciéndose por ventura mas serios de lo que al principio sospechábamos?

—Mi confianza está siempre puesta en Dios; ved aqui, jóven caballero—dijo Colon poniendo su dedo en el mapa; en este punto nos hallábamos esta mañana; y hasta estotro hemos avanzado per medio de los trabajos de este día, con la porcion de la noche que transcurrido habemos... Bien veis que una sola linea de papel señala el total de nuestro progreso; y aqui otra vez estais notando que tenemos de atravesar este vasto desierto de

aguas oceánicas, antes que ni aun esperar nos sea dado aproximarnos al extremo de nuestro camino. Según mis cálculos, con todos nuestros esfuerzos, y á este momento crítico, no solo en cuanto á los Portugueses respeta, sino en cuanto tiene referencia con nuestra gente propia—solo hemos andado siete leguas, que son una parte pequeñísima de las mil que tenemos delante. A este paso podemos temer que nos falte hasta el pan y el agua.

—Tengo toda confianza en vuestros recursos, señor Don Cristóval, así como también en vuestra experiencia, y en vuestros conocimientos científicos.

—Y yo la tengo toda en la protección de Dios; y espero que no abandonará á su siervo en el instante en que tanto de su auxilio necesita.

Luego se preparó Colon para descansar algunas horas; pero se echó sobre su lecho, sin quitarse los vestidos, porque la desazon que el estado de las naves le causaba, impedía que se desnudase para disfrutar un mas sosegado reposo. Aquel célebre navegante vivió en un siglo, cuando una filosofía espú-

rea, y un ufano aunque insuficiente ejercicio de la razon, colocaba á muy pocos, ni aun en apariencia, sobre la franca admision de su constante confianza en un poder divino. Decimos en apariencia, pues que ningun hombre, cualquiera que sea la estension de sus ilusiones sobre este punto, cree de todas veras que se basta por si mismo á su propia proteccion. Esta confianza absoluta en nosotros mismos está vedada por las leyes de la naturaleza, pues cada uno lleva en su propio pecho un amonestador que le enseña su verdadera insignificancia, demostrando cada dia, cada hora, y aun cada instante, que solo es el hombre un agente diminutivo puesto en juego por un poder superior, á fin de llevar adelante sus propios fines misteriosos y grandes para los propósitos benéficos y sublimes en cuya virtud ha sido creado el mundo y cuanto contiene. De conformidad con los usos de aquel tiempo arrodillóse Colon, y oró con ferviente celo, antes de irse á dormir; ni tampoco se resistió Luis de Bobadilla á imitar un ejemplo que muy pocos en aquellos dias, juzgaban indigno de su inteligencia y refle-

tacion suele haber mucha falta de cálculo. ¿Si del éxito favorable dependen el honor y el provecho, qué no dependerá de un resultado impropicio? Si el rey y yo enviásemos á Colon nuestros despachos como virey perpétuo de los países que descubriera, y no llegase á descubrir país alguno, pudiera muy bien esponerse á justa critica la sabiduria de nuestros consejos, y quedar inútil aunque profundamente comprometida la dignidad de entrambas coronas.

—Traslúcese en esto, señora, la mano del arzobispo. Jamás ese prelado ha creído en la justicia de las teorías del navegante, y fácil es suscitar objeciones cuando los sentimientos estan dirigidos á que aborte un proyecto. La gloria no se consiguió nunca sin correr algun riesgo. Vuelva la vista Vuestra Alteza á nuestros vecinos los Portugueses! ¿cuánto no han ensalzado ese reino los descubrimientos, y cuanto mas no nos ensalzarian á nosotros? Bien sabemos, escelsa amia, que la tierra es redonda.—

—¿Y está averiguado ese hecho importante? preguntó el rey, quien atraído por los ani-

mados é inusuales tonos del locutor, habia salido de su gabinete, y aproximádose sin ser visto. ¿Se ha admitido esa teoria? Nuestros doctores de Salamanca estuvieron divididos sobre esa gran cuestion, y por San Diego que yo tampoco la veo muy clara!

—¿Si no es redonda, Señor Rey, contestó San Angel volviendo caras velozmente para recibir á su nuevo adversario, cual bien disciplinado tercio cambiando su frente de batalla—¿de que otra forma puede ser? ¿Podrá ningun doctor, aunque venga de Salamanca, ó de cualquier otro punto, sostener que la tierra tiene bordes, y que puede un hombre asomarse á ellos y dar un salto hasta el Sol, cuanto este astro glorioso pasa por debajo durante la noche? ¿es esto razonable, ó comitente con las santas escrituras?

—¿Y podrá un doctor de Salamanca ó de otra parte—repuso el rey con gravedad, aunque era evidente que sus sentimientos se interesaban muy poco en la discusion—alegar que existen naciones que andan con la cabeza para abajo, y donde llueva hácia arriba, y permanezca la mar tranquila en su lecho,

aunque tenga este encima, y deba su único sosten al ambiente?

—No es á fin de dar solucion á esos grandes problemas, señor Don Fernando, que me intereso en el viage de Colon. Podemos ver, muy venerando amo mio, y mas diré, tenemos demostraciones de que la tierra es una esfera, y sin embargo, no advertimos que las aguas se desprendan y caigan de ninguno de sus puntos. El casco de un bajel es mayor que la estremidad de sus mástiles, y á pesar de eso, los últimos se ven primero en el océano; lo que prueba que el cuerpo de la nao queda oculto en virtud de la forma de las aguas. Siendo esto asi, cual saben que lo es cuantos han viajado por los mares, ¿por qué motivo no forman las aguas un nivel aqui mismo en nuestras propias costas? Si el mundo es redondo, medios habrá de rodearlo por mar asi como por tierra, y de completar una jornada entera asi como una parcial. Propónese Colon abrir el camino para esta empresa, y el monarca que facilite los medios vivirá en la memoria de nuestros descendientes, como mas digno de renombre que el con-

quistador mas afamado. Acordaos, pues, escelso señor, que todo el oriente está poblado de infieles, y que el supremo gefe de la iglesia concede libremente sus dominios á cualquier principe cristiano que consiga sacarlos de su estado de obcecacion, para encaminarlos á la luz del favor divino. Creedme, Doña Isabela, si algun otro soberano llegára á otorgar las condiciones que Colon solicita, y alcanzase los beneficios que es probable emanen de tantos descubrimientos, los enemigos de la España harian resonar el mundo con sus cánticos de triunfo, mientras la península entera lloraria para siempre esta infortunada decision.

—¿Y á donde ha marchado Colon? preguntó el rey con celeridad, pues todos sus celos politicos se habian escitado momentáneamente con las observaciones del receptor general. ¿No habrá vuelto á la corte de Dom Joao de Portugal?

—No señor y amo mio; sino á la del rey Luis de Francia, cuyo amor al Aragon es casi proverbial.

Murmuró el rey algunas palabras, mien-

tras con pasos descompuestos media la habitación, porque mientras ningún hombre en este mundo estaba menos dispuesto que él á aventurar sus medios, sin la perspectiva de un segurísimo reembolso, la idea de que otro alcanzase una ventaja, que él mismo despreciado hubiese, le sugetaba desde luego al alvedrio de las únicas sensaciones que ejercieran influjo sobre su fría y calculadora política. Respecto á Isabela el caso era distinto. Sus piadosos deseos habianse inclinado constantemente hácia la verificación de los proyectos del navegante, y su generosa naturaleza habia simpatizado hasta lo íntimo con sus nobles ideas, vastas resultas morales, y estensa gloria de la empresa. Tan solo por haber ocupado sus mientes de tal manera, así como sus aspiraciones religiosas, la guerra de Granada, habíase visto impedida la princesa de interesarse mas precozmente en el pleno exámen de las miras de Colon, y habia cedido á los consejos de su confesor para que negase los términos que el Genovés solicitaba, con una repugnancia que no le fuera fácil restringir. Luego ejercian en ella su in-

flujo las sensaciones mas blandas de su sexo, pues mientras reflexionaba en el asunto que á su decision acababa de someterse, su vista discurría en torno del cuarto, y posábase en el rostro hechicero de Mercedes, quien permanecía callada por pura cortedad; pero cuyas pálidas y elocuentes facciones dejaban traslucirse todas las ansias deprecadoras del amor entusiástico de una muger.

—Hija Marquesa, preguntó la reina, volviéndose como de costumbre en sus dudas, hacia su bien probada confidente: ¿cuales tu opinion sobre esta ponderosa materia? ¿Debemos humillarnos hasta el punto de solicitar que vuelva ese altanero Genovés?

—No digais altanero, señora: pues paréceme superior á semejante debilidad; antes bien le considero como á quien tiene un justo aprecio de lo que trae entre manos. Convengo en un todo con el receptor general en creer que mucho descrédito caerá sobre Castilla, toda vez que se llegare á descubrir un nuevo mundo, y que los favorecedores de esta empresa señalarían con el dedo á esta corte, recordándole que tuvo en sus manos la glo-

ria del suceso, y que la desechó con desacierto imperdonable.

—Y solo por una quisquilla de vanos honores, Señora, interpuso Luis de S. Angel; por una cuestion de pergaminos y de bambolla.

—No tanto, no, replicó la reina; no faltan quienes crean que los honores pretendidos por Colon escederian en mucho al servicio que prestase, aun cuando este último fuese igual á sus esperanzas mas halagüeñas.

—Entonces, escelsa ama mia, ignoran esos las miras de Colon. Reflexionad, señora, que no será una hazaña adocenada para probar que la tierra es una esfera, en virtud de medida material, aunque ya asaz nos conste por teorías. Luego vienen la opulencia y beneficios de aquellas posesiones orientales, punto del orbe de donde emanan todas las riquezas... de allí las perlas, de allí las especias, de allí los metales mas preciosos. Despues de estos, ó mas bien antes que nada, viene la grande gloria de Dios que todo lo corona y sobrepuja!

Santiguóse Isabela, encendiéronseles las

mégillas, ilumináronsele los ojos, mientras su forma amatronada, aunque siempre hermosa, parecía erguirse con la magestad de las sensaciones que semejante cuadro creara.

—Mucho recelo, Don Fernando, dijo la princesa, que nuestros consejeros hayan obrado con precipitación, y que la magnitud de este proyecto pueda justificar unas condiciones mas que comunes.

El rey empero participó muy poco de las emociones generosas de su consorte régia; pues sentía mas á lo vivo el aguijón de los celos políticos que ningún estímulo de celo liberal por la iglesia ni por las ciencias. Teníasele generalmente en el concepto de un príncipe sabio; de cuyo título no podría inferirse por cierto que fuese generoso ni justo. Sonrióse al notar cuall cogía fuego el entusiasmo de su esposa, y prosiguió leyendo un papel que acababa de entregarle un secretario.

—Vuestra Alteza siente cual sentir debe Doña Isabelá de Castilla, cuando se trata de la gloria de Dios y del honor de su coroná, añadió Beatriz de Cabrera, usando aquella

libertad de discurso que tanto alentaba su régia señora en sus relaciones mas privadas.—Preferiria veros pronunciar las palabras que ordenasen la vuelta de Colon á Santa Fè, á escuchar de nuevo los vtores de nuestro último triunfo sobre el Alarbe.

—Sé que mucho me amas, Beatriz, exclamò la reina, y si en ese pecho tuyo no late un corazon leal, no le es permitido á la especie humana, en su estado de decadencia, hacer alarde de poseer joya tan rica.

—Todos amamos y reverenciamos á Vuestra Alteza, prosiguió San Angel, y solo apetecemos su gloria. Imaginaos, señora, que ante vos yace abierto el gran libro de la historia, y esta vasta proeza de la reduccion del Moro, seguida de la hazaña aun mayor del descubrimiento de una fácil y pronta comunicacion con las Indias, de la propagacion del culto divino, y de la afluencia de inagotables tesoros para España. Ese Colon desdeña verse sostenido por los frios é interesados cálculos del hombre; pero su empresa misma busca el sosten mas generoso de aquella á quien mucho place arriesgarse en pró de la gloria de

Dios y del bien de su iglesia.

—Vamos, San Angel, con un mismo aliento me lisongearis y zaheris.

—Estas espresiones provienen de un carácter honrado que dá suelta á sí mismo por culpa de su desconcierto, amadísima señora, y de una lengua que se ha vuelto atrevida á causa de su mucho celo por la fama de Vuestra Alteza. Ay! y mil veces ay! si llegase el rey Luis á conceder los términos que hemos rehusado, no volverá la pobre España á levantar la cabeza de pura vergüenza.

—¿Estais cierto, San Angel, de que se haya encaminado á Francia el Genovés? preguntó el rey súbitamente, con su voz imperante y aguda.

—Lo sé de sus propios labios, señor; sí, sí; en este instante está procurando olvidar nuestro idioma castellano y amoldar su lengua al dialecto del Francés. Fanáticos son y casquivanos discípulos de rancias preocupaciones cuantos niegan las teorías de Colón. Los antiguos filósofos han raciocinado de igual manera, y aunque á los tímidos parecer pudiere audaz y hasta temeraria aven-

tura soltar las velas por el anchuroso Atlántico, si el osado Portugues no lo hubiese hecho, jamas habria hallado las islas que le ensoberbecen tanto. Vive Dios! que siento me hervir la sangre, al considerar lo que esos Lusitanos hayan acometido, mientras nosotros los de Aragon y Castilla hemos estado lidiando con el Moro por unos cuantos valles y alcocerres, y en cruda lucha por la toma de posesion de una capital!

—Señor, os olvidais de la honra de los soberanos, asi como tambien del servicio de Dios! interrumpió la marquesa de Moya, cuyo era el delicado tacto de conocer que el receptor general iba perdiendo de vista su discrecion, arrebatado de la magnitud de su celo. Esta conquista es una de las victorias de la iglesia, y añadirá lustre á las dos coronas en todos los años futuros. La cabeza de la iglesia misma lo ha reconocido así, y todo buen cristiano deberá atribuirle semejante carácter.

—No es que yo pretenda rebajar el mérito de esta hazaña, Doña Beatriz; solo he hablado con referencia á la conquista de tantos

millones de almas que es probable llegue á verificar Colon.

La marquesa, cuyo espíritu era tan agudo como sincero su amor hácia la reina, le dió una réplica cortante, y por algunos momentos ella, Luis de San Angel y Alonso de Quintanilla sostuvieron la discusion entre sí, mientras Isabela conversaba con su esposo, sin que los que se encontraban presentes osaran mezclarse en su conferencia privada. La reina parecia hablar con teson y hallarse en extremo escitada, pero Fernando mantenía su acostumbrada frialdad y cautela, aunque sus maneras estuviesen señaladas con aquel respeto profundo que desde muy temprano inspirádole habia el carácter de Isabela, y que esta consiguió conservar durante todo el discurso de su vida. Este era un cuadro bien familiar para los cortesanos; pues uno de aquellos personajes regios era tan notable por su ladina prudencia, como el otro por su generoso y sincero ardor, siempre que un digno motivo le impeliese. Este aislado coloquio duró media hora; de cuando en cuando hacía una pausa la reina á fin de es-

cuchar lo que en el otro grupo se decía, y retornaba luego á sus propios argumentos para con su marido.

Al fin dejó Isabela á Fernando, quien con la mayor indiferencia volvió á dedicarse á la lectura del papel; y la reina se dirigió con pasos lentos hacia el escitado círculo, que se hallaba ahora unánime, y algo vocinglero en la espresion de lo que lamentaba—vocinglero diremos, aun mas de lo que permitia la indulgencia de una señora tan tolerante. La intencion de la princesa, sin embargo, de reprimir este ardor con su presencia, fué por un instante distraida de su objeto por una mirada al rostro de Mercedes, quien, separada de los demás, y con su labor abandonada en la falda, escuchaba anhelosa las opiniones que habian atraído á sus compañeras á formar parte en el corro general.

—Tu no tomas cartas en esta acalorada discusion, hija mia; observó la reina, deteniéndose delante de la silla de nuestra heroína, y fijando la vista por un momento en su rostro, donde la espresion mas elocuente se pintaba. ¿Has perdido todo tu interés hacia Colon?

—No hablo, señora; porque bien está á la juventud é ignorancia ser modesta; pero, aunque callo, no por eso dejo de sentir tanto como los demás.

—¿Y que es lo que sientes hija mia? ¿crees que los servicios de ese Genovés no pueden comprarse á un precio demasiado alto?

—Ya que Vuestra Alteza me dispensa esta honra, contestó la amable doncella, mientras el rubor carminaba gradualmente su pálido rostro, al encenderse su alma con tan escelso asunto—no vacilaré en hablar. Creo verazmente que esta gloriosa empresa ha sido ofrecida á los soberanos como recompensa de cuanto han hecho y sufrido por la iglesia y por su divino culto. Creo que una mano omnipotente ha guiado á esta corte á Colon, y que la misma le ha mantenido en ella y hecho que sucumba á siete años de servidumbre prolongada, mas bien que abandonar su proyecto; y creo por fin que esta última apelacion en favor suyo viene de un espíritu oculto que triunfar debiera.

—Eres una entusiasta, hija mia, y especialmente en esta causa, repuso la reina,

sonriéndose con bondad al notar el rubor que cubria la cara de Mercedes. Tus deseos me impulsan sobremanera á interesarme en este designio.

Así habló Isabela, en un momento en que no tenia lugar, ni se le ocurria, la idea de analizar sus propias sensaciones. Sin embargo hasta esta pasajera emocion de los afectos femeniles contribuyó á dar á su alma una nueva prevencion, y juntóse al grupo, que se abrió con el mayor respeto para acogerla, dispuesta sobremanera á ceder á las súplicas de S. Angel, bien intencionadas á par que algo bruscas. Aun vacilaba á pesar de todo la princesa; porque su cauto marido le habia recordado lo muy exhausto que ambas tesorerias se hallaban á la sazón, y el estado de penuria en que habia dejado á las dos coronas la reciente guerra.

—Hija Marquesa, dijo Isabel, correspondiendo de paso á las reverencias que le hicieron los del circulo, ¿crees con todas veras que ese Colon sea designado por Dios mismo, para el cumplimiento de los altos propósitos de que hace alarde?

—Señora, no diré tanto exactamente; aunque sospecho que el Genovés tenga de sí mismo semejante opinion. Pero lo creo hasta el punto de asegurar que el cielo se acuerda de sus fieles servidores, y cuando necesita acciones importantes, elige para la obra adecuados agentes. Ahora, bien sabemos que la iglesia, en algun dia, habrá de enseñorearse del mundo entero; ¿y por qué no ha de ser el actual, así como otro el señalado? Dios ordena las cosas misteriosamente, y hasta la aventura que á tantos sabios sirve hoy de befa, puede estar destinada á apresurar la victoria de nuestra santa religion. Debemos acordarnos, señora, de la humildad con que empezó esta iglesia; cuan pocos hombres sabios en apariencia le prestaron ayuda, y del alto punto de gloria á que ha llegado. Esta conquista del Moro tiene indicios de haberse cumplido alguna época milagrosa, y tal vez el término de su reinado de siete siglos pueda ser la aurora de un dia de gloria mas magnífico y lato.

Sonrióse Isabel al oir los propósitos de su amiga, pues que correspondian con los que sus

propios y secretos pensamientos le indicaban; pero sus luces superiores la hacian mas juiciosa en su entusiasmo que lo era la sincera y ardiente Marquesa.

—No parece cuerdo fijar el sello de la Providencia á este ó esotro designio, hija, contestó la princesa; y solo á la iglesia corresponde señalar las cosas que se reservan para los milagros, y las que se dejan para el humano esfuerzo. ¿Qué cantidad de dinero, señor San Angel, necesita Colon para llevar á cabo la aventura, de modo que queden satisfechas sus urgencias?

—Solo pide dos ligeras caravelas, señora, y tres mil pesos... cantidad que muchos de nuestros jóvenes pródigos malgastarian en sus placeres en unas pocas semanas.

—No es eso mucho en verdad, observó Isabela, que hacia rato iba animándose con la idea de lo noble de semejante proyecto; mas, mezquino como lo es, duda el rey mi señor que nuestras conjuntas cajas en este momento puedan abastecer el pedido.

—Oh! lástima fuera que semejante ocasion de servir al Altísimo, semejante opor-

tunidad de ensanchar el poderío cristiano, y de añadir á las glorias de España, se perdiese por cantidad tan frívola de oro! exclamó Doña Beatriz.

—Y lo sería en efecto, repuso la reina, cuyas mejillas resplandecían ahora con un entusiasmo poco menos óbvio que el que tan brillante carminaba el rostro de la fogosa Mercedes—Sr. de San Angel, no es posible conseguir que el rey entre en este negocio, á favor de Aragon; pero yo lo emprendo bajo mi propio riesgo, como Reina de Castilla, y en cuanto pueda servir de adelantamiento para los intereses cristianos, en beneficio de mi muy amado pueblo. Si el tesoro real se encuentra exhausto, mis joyas privadas bastarán para cubrir la corta suma que se pide; y yo las empeñaré francamente como seguridad del oro, mas bien que permitir se ausente Colon sin llevar hasta la prueba la veracidad de sus teorías. Y por cierto que las resultas son de tanta magnitud que el asunto no necesita de ulterior debate.

Una exclamación de sorpresa y deleite se escapó de los labios de todos los que pre-

sentes se hallaban, pues era cosa nada común ver á una princesa despojarse de sus adornos personales para adelantar los intereses de la iglesia ó los de sus súbditos. El receptor general, sin embargo, allanó la dificultad respecto al suministro de fondos, diciendo que sus cajas anticiparian la cantidad necesaria, bajo la garantía de la corona de Castilla, y que las joyas ofrecidas con tanto desprendimiento podrian permanecer en la custodia de su regia dueña.

—¿Y ahora como conseguiremos que vuelva Colon? observó la reina luego que estos preliminares se hubieron discutido. Ha rato que está en marcha, y no hay tiempo que perder para avisarle de estas nuevas determinaciones.

—Aquí tiene Vuestra Alteza un correo bien voluntario, y ya en trage de camino, en la persona de Don Luis de Bobadilla, dijo el contador general, cuyos ojos habia atraído hácia una de las ventanas el ruido de las herraduras de un caballo—no se hallará hombre en Santa Fé que mas gozoso se preste á llevar esta nueva al navegante.

—Tal servicio no es del todo adecuado para que lo desempeñe un hombre de rango tan distinguido—contestó Isabela vacilante: y á pesar de eso debemos considerar que cada momento de tardanza es un nuevo perjuicio para Colon.

—Nada señora, no tengais miramiento por mi sobrino, interpuso Doña Beatriz con ansiedad: demasiado dichoso habrá de considerarse en que le emplee vuestra Alteza para el cumplimiento de su voluntad.

—Que le llamen pues á mi presencia, sin demora ninguna. ¿De qué sirve mi decision mientras el principal personage de esta noble aventura se halla cada minuto mas distante de la corte?

Despachóse inmediatamente á un page en busca del jóven noble, y pocos minutos despues oyéronse en el aposento las pisadas de D. Luis. Entró el hidalgo, encendidas las megillas y visiblemente escitado, mientras sus sensaciones agitaba sobremanera la idea de la perentoria partida de su amigo. No dejó de achacar la culpa de esta ocurrencia á los que tenian poder para estorbarla, y cuando sus

ojos negros y espresivos se fijaron en el rostro de su soberana, si hubiera estado al alcance de esta leer en ellos, habria comprendido que el jóven la consideraba como á una persona que en mas de una ocasion habia deshecho sus esperanzas mas halagüeñas. Sin embargo, la influencia del carácter puro de Doña Isabel, y sus suaves maneras eran rara vez olvidada por aquellos á quienes se permitia acercarse á su persona. Asi es que el saludo del jóven noble fué respetuoso, cuando no espresivo.

—¿Es el placer de Vuestra Magestad dispensarme algun mandato? dijo el jóven tan luego como hubo hecho á la reina el acatamiento de uso.

—Os agradezco vuestra pronta obediencia, D. Luis; pues en efecto necesito emplearos en una comision: ¿podeis decirnos que se ha hecho del Sr. Cristobal Colon, aquel navegante genovés, con quien, segun me han informado, teneis relaciones muy intimas?

—Perdonadme, Señora, si algo no del todo conveniente se me escapare de los labios; pero cuando el corazon está lleno preciso es

desocuparlo para que no estalle. El Genovés se halla próximo á sacudir de sus sandalias el polvo de España, y en este momento endereza su viage hacia otra corte, á fin de ofrecer á un monarca extranjero unos servicios que los nuestros jamás deberian haber desechado.

—Bien se echa de ver, D. Luis, que no habeis pasado mucha parte de vuestros ocios en la corte, replicó sonriéndose la reina; pero ahora tengo empleo para vuestra disposición vagamunda. Montad á caballo, y dad alcance á Colon, á fin de participarle la nueva de que estan admitidas sus condiciones, y añadidle mi súplica de que vuelva al instante.

—Señora!... Doña Isabel!... reina bondadosa y escelsa! ¿he oido á derechas lo que Vuestra Alteza me dice?...

—Para señal de que vuestros sentidos no os engañan, D. Luis, aquí teneis mi mano en prenda.

Dijose esto con el mas dulce cariño, y la benigna manera con que la regia mano fué ofrecida transmitió un destello de esperanza al alma del amador, que no habia experimenta-

do desde que le insinuaran que era preciso asegurarse del aprecio de la reina para conseguir su felicidad. Doblando la rodilla con respeto, besó la mano de la reina; después de lo cual, sin variar de actitud, suplicó saber si debería partir al momento para cumplir la comision que su Alteza habia mencionado.

—Alzaos, D. Luis, y no perdais un instante á fin de aliviar el abrumado corazon del Genovés—casi podria añadir para solazar tambien el nuestro; pues que, hija marquesa, desde que este santo designio se desarrolló en mi ánima con una luz repentina y casi milagrosa, paréceme que ha de oprimir mi pecho una montaña hasta que averigüe la verdad el señor Colon.

Luis de Bobadilla no aguardó un segundo mandato; mas retiróse de la regia presencia, con la precipitacion que la etiqueta lo permitia, y al siguiente minuto estaba ya en el arzon.

Al presentarse en el aposento su amante, habiase escurrido Mercedes al hueco de una ventana, desde donde ahora, por buena for-

tuna, tenía la joven una completa vista del estenso patio. En el acto de ganar la silla, atisvóla D. Luis, y aun cuando ya las espuelas estaban en los hijares de su caballo, acortó la brida, y el resoplante animal quedó derribado sobre su cuarto trasero. Tan elásticos son los sentimientos de la juventud, tan alhagüenas y magnéticas las esperanzas de los que aman, que las miradas que trocaron aquellos dos jóvenes fueron las de una mútua delicia; á ninguno de los dos se le ocurrió en aquel instante el desesperado acaso del resuelto viage, la probabilidad de su aciago éxito, ni los muchos motivos que pudieran inducir á la reina á prolongar la época de su consentimiento para el anhelado enlace. Mercedes fué quien primero sacudió su éxtasis momentáneo; pues alarmándose con la indiscreta demora de Luis, hizole presurosa una seña con la mano á fin de que alojase la brida. Otra vez los acicates se enterraron en los hijares del noble bruto, cuyos herrados cascos hicieron saltar del pavimento mil chispas de fuego, y al próximo instante gineté y corcel habian desaparecido del todo.

Entretanto habia proseguido Colon su melancólico viaje á través de la vega. Caminaba con lentitud, y muchas veces, despues que su compañero le dejara, habia refrenado su mula, y sumido en tristes pensamientos con la cabeza sobre el seno caida, representaba el mismísimo emblema del pesar. La noble resignacion que habia manifestado en público, le amilanó enteramente en la soledad, y sentia su alma cuan duro le era sufrir sus desconciertos con entereza. Viajando en tan congojosa guisa habia ya llegado al célebre punto del puente de Piños, escena de muchos y sangrientos combates, cuando hirió por primera vez sus oídos el estruendo de las herraduras de un caballo. Volviendo la cabeza, reconoció á Don Luis de Bobadilla que venia á escape en su seguimiento, con los hijares de su caballo bañados en sangre y el pecho del animal blanco de espuma.

—Sea enhorabuena! mil veces enhorabuena, señor Colon! vociferó el agitado mancebo, aun antes que estuviese bastante cerca para que le oyera con claridad el navegante. Loda sea la virgen santísima! enhorabuena!

Señor, enhorabuena! y regocijo!

—No esperaba yo esto, Don Luis! exclamó el navegante: á que venis?

Procuró ahora el hidalgo explicar su misión; pero su ansia y falta de aliento le trastornaron las ideas, é hicieron su habla quebrada y confusa:

—¿Y á que he de volver yo á una corte vacilante, suspicaz y fria? preguntó Colon, ¿No he malgastado años enteros en procurar encaminarla á su propio beneficio? Reparad en estos cabellos, jóven noble, y acordaos que he perdido un tiempo casi igual al que contaís de vida, en esforzarme para hacer patente á los que rigen los privilegiados destinos de esta península, que mi proyecto tiene por base la verdad.

—Al fin habeis ganado el pleito. Isabela, la verídica y sincera reina de los dominios castellanos, ha llegado á convencerse de la importancia de vuestros designios, y empeña su real palabra para patrocinarlos.

—Será posible! ¡y es cual lo manifestais, señor Don Luis?

—Me envían á vos espresamente, á fin de

que apresure vuestro inmediato retorno.

—¿Y quien os manda, jóven hidalgo?

—Doña Isabela misma, mi muy escelsa señora, y vengo en virtud de sus propios y personales mandatos.

—Sabeis que no puedo rebajar un ápice de mis condiciones?

—Tampoco se espera que lo hagais. Nuestra escelente y generosa reina os concede cuanto pedis, y segun he sabido, se ha prestado noblemente á empeñar las alhajas de su privada pertenencia, antes de permitir que la empresa se frustre.

Profundamente conmovido Colon al oir esta última nueva, se ocultó con el birretel los ojos por un instante, cual si se avergonzara de manifestar la ternura que le derretia. Al descubrir el rostro, iluminábalo la felicidad, y toda duda parecia haberse borrado de él. Largos años de padecimiento quedaron olvidados en aquel instante de gozo, y el navegante manifestó sin demora á su amigo que se hallaba dispuesto á acompañarle de regreso á la corte de Santa Fé.

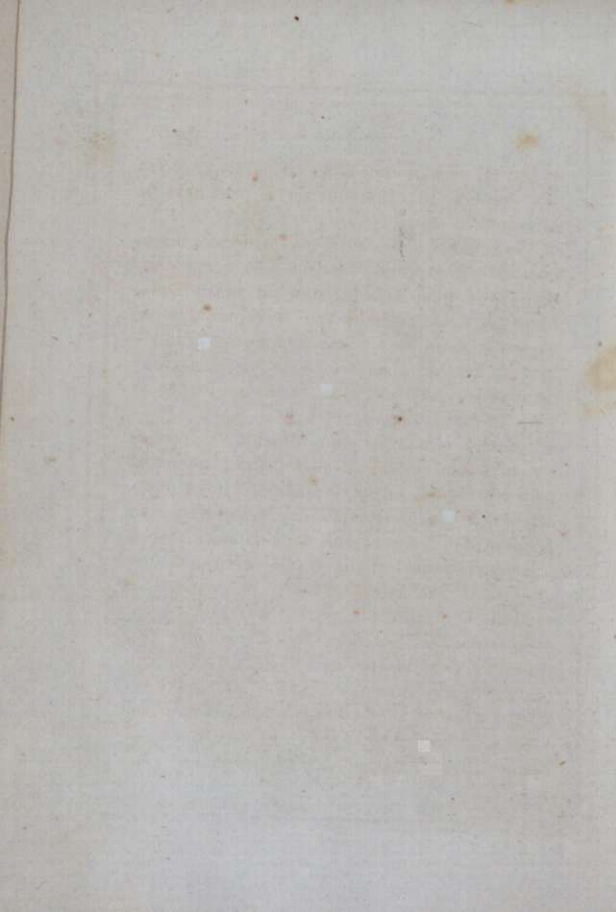
CAPITULO IX.

¡Cual nos hechiza el Genio á que acompaña
 La Santidad. Cuan dulces y divinas
 Son ay, del arpa terrenal las notas,
 Cuyas cuerdas recorre condolida
 De la dulce Piedad la mano blanda,
 Que de la Religión en la ara amiga
 La cuelga en pos, mientras que allí vibrando
 En los oídos de Dios solemne trina.

JUAN WILSON.

RECIBIERON á Colon
 sus amigos Luis de San Angel y
 Alonso de Quintanilla, con una
 satisfaccion que carecian de espresiones para
 manifestar. Hacianse lenguas de los favores que
 á Isabela adeudaban, y añadieron á las ase-
 guranzas de Don Luis tantas pruebas de la
 sinceridad de la régia palabra, que disiparon





todas las dudas del alma de Colon, quien sin demora fué introducido á presencia de la reina.

— Señor Colon, dijole la princesa, mientras este avanzando se arrodillaba á sus pies, seais muy bien venido, una vez mas. Todas nuestras desavenencias han terminado y en adelante confio que obraremos con unida voluntad, á fin de dirigirnos á un mismo y grandioso objeto. Alzaos, y recibid esta ofrenda de mi patrocinio y amistad.

Besó Colon la mano ofrecida, y púsose en pie. En aquel instante quizá, no habia nadie presente, cuyas sensaciones no estuviesen henchidas con la esperanza; porque fué una peculiaridad íntimamente adherida al origen y egecucion de aquella grande empresa, que despues de haberse planteado el proyecto y seguido el pretension, entre besas, y dudas, y desaires, se acogiera repentinamente con un interés hartó parecido al entusiasmo.

— Señora, contestó Colon, cuyo grave aspecto y nóbile semblante no contribuian en leve manera al adelanto de sus miras.— Señora, mi corazon os agradece esta

bondad,—tan grata, porque muy poco la esperaba esta mañana misma.... de Dios recibireis la recompensa. Grandes cosas en reserva tenemos, y sinceramente deseo que todos nos hallemos dispuestos al cumplimiento de nuestras respectivas obligaciones. Espero que el rey mi señor no negará á mi empresa el apoyo de su escelso patrocinio.

—Sois un servidor de Castilla, aunque poco ó nada hacemos nunca por este reino, sin la aprobacion y consentimiento del Monarca de Aragon. Don Fernando está ya de nuestra parte, aunque su cautela superior y mas profunda sabiduría, no abrazaron el proyecto con tanta presteza como lo hicieron desde luego la fé de una muger y sus esperanzas.

—No pido sabiduria mas escelsa ni fé mas intrínseca, que las de Doña Isabel; repuso el navegante con dignidad tan grave, que tornó tanto mas agradable el cumplimiento, al darle todos los visos de la sinceridad.—La bien conocida prudencia de Vuestra Alteza me escudará de la mofa de los ociosos y casquivanos, mientras coloco todas mis esperanzas en su palabra régia. En adelante, y

espero que para siempre, soy vasallo y siervo de la reina de Castilla.

Conmovió profundamente á la princesa el aire de altiva verdad que elevaba los pensamientos y maneras del locutor. Hasta entonces, rara vez habia visto al navegador, y nunca anteriormente en circunstancias que la facultasen á sentir tan de veras la influencia de su porte y talante. Carecia Colon de aquel pulimento de modales que se pretende solo pueden dar las cortes, y que seria mas justo suponer fuese propiedad de los que consagran sus vidas al arte de complacer; pero el carácter de aquel hombre se traslucia en su exterior, y respecto á su persona, todo cuanto pudiera hacerla recomendable el artificial doctrinamiento no habria igualado al noble aspecto de la naturaleza, animado con altas aspiraciones. A una imperante estatura, y á una gravedad realzada por lo sublime de sus propósitos, añadia Colon el plácido ahinco de un entusiasmo profundamente arraigado y que prestaba su colorido á todos los pensamientos del navegante, y difundia la gracia de la verdad y de la hon-

radez á cuanto hacia ó hablaba. Ninguna de las altas cualidades de su espíritu sobresalía tanto en él como el sentido de lo recto, en conformidad á como lo recto se consideraba entonces relativamente á las opiniones del siglo; y es una circunstancia singularísima que la mayor empresa de los tiempos modernos fuese confiada por la Providencia, para el cumplimiento de vias tan especiales, al cuidado de una soberana, y á las manos egecutivas de un caudillo, personajes entrambos distinguidos por la posesion de carácter tan raro y de cualidad tan poco comun.

—Os agradezco esta prueba de confianza, replicó la reina, sorprendida á par que lisonjeada, y mientras Dios me dé facultades para dirigir, así como el conocimiento adecuado para resolver acerca de vuestros intereses y los de este proyecto, tan halagüeño tiempo ha para mi corazon, unos y otros contarán con mi patrocinio. Mas no hemos de escluir de nuestra confederacion al rey, pues que al fin le hemos convertido á nuestras doctrinas, y no dudo que desde ahora anticipe el éxito de nues-

tra aventura con tanto anhelo como nosotros.

Manifestó Colon su anuencia con una profunda cortesía, y el afecto conyugal de Isabela quedó lisongeadó en virtud de esta concesion tácita que acataba el carácter y los motivos de su esposo; pues que, mientras era imposible que un alma tan pura y ardiente en la causa de la virtud, y tan desinteresada como la de la reina, no descubriese alguna pizca de egoismo en la cautelosa política de Fernando, los sentimientos de la esposa prevalecian en su pecho á tal punto, y superaban la sagacidad de la soberana, que la volvian ciega atento á los defectos que los enemigos del Aragonés se complacian en exagerar. Reconocian todos la veracidad de Isabela, pero Fernando estaba muy léjos de gozar de semejante reputacion en el sentir de sus contemporáneos, ni con respecto á buena fé, ni á pureza de motivos. Y sin embargo, podia clasificársele entre los príncipes mas rectos que ocupaban entonces los tronos de Europa; haciéndose sus defectos mas notables, quizás, á causa de verse necesariamente puesto en parangon y formando tan vivo

contraste con las virtudes mas sinceras de la reina. En una palabra, estos dos soberanos unidos tan intimamente en virtud de intereses personales y politicos, exhibian sobre el trono ni mas ni menos el cuadro que puede verse en todas las gradaciones de la escala social, en las que las miras mundanas y motivos meretricios del hombre sirven de contrapeso al carácter mas sincero y generoso y á la conducta mas delicada de la muger.

Presentóse ahora D. Fernando, y se mezcló en el coloquio de tal suerte que parecia mostrarse comprometido plenamente á redimir las prendas que su esposa habia dado. Nos han dicho los historiadores que su conversion á las ideas del navegante fué obra de las intercesiones de un favorito, aunque seria mas fundado suponer que su deferencia hácia Isabela, cuyo puro anhelo en la causa de la virtud le desviaba á veces de su política interesada, fué la causa principal de su condescendencia. Cualquiera que fuese el motivo, sin embargo, cierto es que el rey jamás abrazó aquella empresa con los esfuerzos sinceros y celosos para asegurar sus resultas

que desde aquel instante distinguieron la conducta de su esposa.

—Hemos traído otra vez aquí á nuestro desertor, dijo Isabela al acercarse su marido, mientras encendia sus megillas y ojos un piadoso entusiasmo, cual acontecia á Mercedes, testigo estasiada de la escena en cuestion. Hemos atado corto á nuestro novillero, y no debemos permitirnos un instante de innecesaria demora, hasta que no se le envíe al gran viage. Si efectivamente consigue llegar á Catay y á las Indias, será un triunfo para la Iglesia, superior aun al de esta conquista de los territorios del Moro.

—Pláceme ver al señor Colon en Santa Fé, de nuevo; repuso el rey con toda cortesía; y solo con que consiga la mitad dello que se propone, tendremos motivos para alegrarnos de no haberle rehusado nuestra proteccion. Tal vez no haga mas poderosa la corona de Castilla, pero fácil le será enriquecerse á sí mismo, como súbdito, hasta el punto de no hallar en que invertir su acumulado oro.

—Jamás saltará en qué invertir el oro

de un cristiano, señor; respondió el navegante, mientras los infieles sean dueños del Santo Sepulcro.

—Como! exclamó Fernando en su tono de voz ligero y agudo. ¿Pues qué? ¿estais ideando una cruzada, ademas del descubrimiento de regiones desconocidas?

—Tal, escelso rey, ha sido por largo tiempo mi esperanza, y ese seria el destino de las riquezas, que fuera de toda duda han de emanar del descubrimiento de una nueva y mas corta ruta á las Indias. ¿No es un borron para la cristiandad el que se tolere al Mahometano elevar sus altares inmundos sobre el lugar santo que visitó Cristo en la tierra, en donde nació verídicamente, y yacieron sus restos sagrados hasta su gloriosa resurreccion? Dispuestos á borrar esta vergonzosa mancha, no faltan corazones ni espadas en el mundo; pero falta el oro. Si el primer anhelo de mi alma es hallar un camino al oriente á favor de un pasage por la direccion contraria, constituye el segundo ver que las riquezas que con toda certeza afluirán de descubrimiento semejante, se consagren al servicio de Dios,

reedificando sus altares, y haciendo que reviva su culto en la tierra donde padeció su agonía y le plugo espirar por los pecados de los hombres.

El entusiasmo del navegante hizo sonreír á Isabela, aunque, para decir la verdad, ese sentimiento halló cierto eco en su propio y piadoso corazón; no obstante que el siglo de las cruzadas le parecia haber ya transcurrido. No le sucedió lo mismo á Fernando. Sonrióse tambien, mas no se despertó en su interior sensacion alguna que tuviese la mas leve analogia con la idea del Genovés. Al contrario, ocurriósele una fuerte desconfianza acerca de la prudencia de confiar el cuidado, aun de dos insignificantes caravelas, y el destino de la mezquina cantidad de tres mil pesos, á un fanático visionario, quien antes de dar el primer paso en una empresa estremadamente equívoca, daba suelta á su imaginacion en pos de otra, que habia frustrado los unidos esfuerzos y piadosa constancia de la Europa entera. Para el monarca, ese descubrimiento de una ruta occidental á las Indias, y la readquisicion del Santo Sepul-

cro, eran cuestiones igualmente problemáticas, y para incurrir en su desconfianza, bastaba creer que fuese practicable una ú otra resulta. Sin embargo, tenia delante á un hombre próximo á embarcarse para acometer la primera empresa, dejando de reserva la última, como consecuencia del buen éxito de la aventura en que ya se veia empeñado.

Por algunos minutos, sintióse tentado el rey con todas veras á deshacer los planes de Colon, y si el coloquio hubiese terminado aqui, seria difícil acertar hasta que punto su fria y calculadora política hubiera prevalecido sobre la buena fé, la sincera integridad, y el recién despierto entusiasmo de su régia consorte. Felizmente la conversacion habia proseguido mientras el desconfiado monarca meditaba sobre el asunto, y cuando se reunió al corro halló que la reina y el navegante continuaban discutiendo la cuestion con tanto interés que no habian echado de ménos su ausencia momentánea.

—Manifestaré á Vuestra Alteza cuanto saber desea, contestaba Colon á una pregunta de Isabela. Espero llegar á los dominios del gran

Khan, descendiente del monarca á quien visitaron los Polos, ahora un siglo, en cuya época muchos magnates de aquella opulenta corte, incluso el monarca mismo, se mostraron inclinados á abrazar nuestra santa religion. Se nos asegura, en los divinos libros de los profetas, que el día ha de llegar en que toda la tierra adore al Dios verdadero y vivo, y ese día, segun debe creerse en virtud de las numerosas señales visibles á los que las buscan, está á mano y se ostenta repleto de esperanzas para aquellas que honran al Altísimo, y anhelan su gloria. Para sujetar á la iglesia todas esas vastas regiones, solo se necesita una fé constante, sostenida por las agencias delegadas del sacerdocio, y las manos protectoras de los príncipes.

—Eso encierra una probabilidad aparente, observó la reina y así nos guie la sabiduría divina en esta estupenda empresa, á fin de que el éxito sea favorable. ¿Y esos Polos, señor Colon, eran algunos piadosos misioneros?

—Eran unos meros viajeros, señora, hombres que buscaban su propio lucro, á par que

no del todo negligentes en los deberes de la religion. Será bien, plantar primero la cruz en aquellas islas, y luego difundiremos la verdad por el contiguo continente. Cipango, en particular, es punto adecuadisimo para el comienzo de obra tan gloriosa, que sin duda acrecerá con la celeridad de un milagro.

—¿Y se sabe que la tal Cipango produzca especias, ó otras producciones que sirvan para nutrir á una tesoreria casi consunta, y resarcirnos de los costos y riesgos de la empresa? preguntó el rey algo intempestivamente para el celo de sus interlocutores.

Pintóse una leve sombra de desazon en el rostro de Isabela; pues que el rasgo prevaletiente en el carácter de Fernando la hacia sentir algunas veces lo que siente toda afecta muger, cuando á su marido se le olvida pensar, conducirse, ó hablar de acuerdo con sus propias inclinaciones virtuosas y sinceras: sin embargo no permitió la princesa que se le escapase otra señal de su transitoria emocion.

—Segun el relato de Marco Polo, contestó Colon, ha de saber Vuestra Alteza que

no hay en el mundo una isla mas rica. Abunda especialmente en oro: ni escasean alli tampoco las perlas ni las piedras preciosas. Pero aquella region, á par que es una mina de inagotable riqueza, está cubierta de la mas tenebrosa idolatria. La sábia Providencia parece haber unido la primera con la última, por via de galardón al monarca cristiano que se esfuerze en estender alli el dominio de la iglesia. Los mares contiguos estan sembrados de islas mas pequeñas; asegura Marco Polo que se han contado hasta siete mil cuatrocientas cuarenta, ninguna de las cuales deja de producir algun árbol odorífero ó algun arbusto que no exhale el perfume mas aromático. Hacia allá, pues, escelsos soberanos, es mi intencion dirigir de una vez el rumbo sin hacer caso de objetos ménos importantes, á fin de engrandecer vuestros dos reinos y servir á la iglesia del verdadero Dios. Si llegásemos á Cipango con felicidad, lo cual con la bendicion del Altísimo y pues que nos impelen un celo y una fé no fáciles de desalentar, espero conseguiremos alcabo de dos meses de diligente navegacion, será mi próxi-

mo conato pasar al continente, y buscar al Khan mismo en su reino de Catay. El día que mis pies huellen la tierra del Asia, será un día de gloria para España, y para cuantos hayan contribuido á llevar á madurez tan grande empresa.

Los penetrantes ojos de Fernando estaban fijos en el navegante, mientras así daba suelta á sus esperanzas con la plácida aunque veraz manera de un entusiasmo profundo, y en aquel momento el monarca habria hallado quizás harto difícil analizar sus propias sensaciones. La pintura de los tesoros que Colon habia evocado ante su fantasia era tan halagüena, como problemática la bacián sus propios frios y calculadores hábitos de desconfianza y de cautela. Isabela entre tanto solo oía ó pensaba aisladamente en los piadosos anhelos de su puro espiritu en pró de la conversion y salud mística de los infieles; y así el uno como el otro soberano sentian un impulso favorito hácia la verificacion de aquel viage.

Despues de esto se hizo el coloquio mas material acerca de varios pormenores; reca-

pituláronse los términos que Colon exigia, y obtuvieron la aprobacion de quienes tan interesados se hallaban en concederlos. Borróse por el instante toda idea del arzobispo y de sus objeciones, y si el Genovés hubiese sido un monarca pactando con sus iguales en dignidad, no hubiera quedado mas satisfecho del modo respetuoso con que sus condiciones se escucharon. Hasta su proposicion de recibir una octava parte de los provechos que resultasen tanto de aquella expedicion como de las venideras, que hubiesen de dirigirse á los puertos descubiertos por él toda vez que suministrase en proporcion igual parte de los gastos de armamento, fué admitida del modo mas agradable. Esta concesion le hacia de una vez participe de la corona en todos los riesgos y beneficios de las muchas empresas que se esperaba habian de seguir al buen éxito de la actual.

Retiráronse de la real presencia Luis de San Angel y Alonso de Quintanilla en compañía de Colon. Habiéndole dejado en su alojamiento, se despidieron de él con maneras á tal punto respetuosas y cordiales que prestaron

solaz á un corazon tan maltratado y herido recientemente. Al volver de allá, el receptor, quien no obstante la liberalidad de sus miras y el fuerte apoyo que prestaba el navegante, no tenia costumbre de disimular sus pensamientos, dió principio al coloquio con las palabras siguientes:

—Por todos los santos! amigo Alonso, exclamó él, este Colon se encrespa demasiado entre nosotros, y en tal guisa, que á veces me vienen ganas de dudar de la prudencia de nuestra intervencion. Ha pactado con ambos soberanos á fuer de monarca, y cual si fuese una testa coronada ha conseguido su fin.

—¿Y quién le ha ayudado mas que tú mismo, San Angel? respondió Alonso de Quintanilla; pues sin el osado asalto que diste á la tolerancia de Doña Isabel, es muy probable que este viage jamás se hubiera decidido, y que el Genovés se hallase á estas horas prosiguiendo su ruta á la corte del rey Luis.

—No me pesa: todo lo que contribuya á cercenar el poderío de Francia vale bien

los conatos mas enérgicos. Su Alteza—Dios y todos sus santos se reúnan para bendecirla por sus rectas intenciones y generosos pensamientos—jamás tomará en mala parte los mezquinos costos que haya causado tan grandiosa tentativa, aun cuando fuese su éxito estéril del todo. Pero, ahora que el negocio está concluido, cáusame asombro el ver que una reina de Castilla y un rey de Aragon hayan admitido semejantes condiciones que les propusiera un marinero oscuro y sin nombradía; uno que carece de servicios, de alcurnia y de oro para recomendarle.

—¿Pero no cuenta en su apoyo con Luis de San Angel?

—Eso sí, dignísimo amigo, contestó el receptor general, y con todas veras tambien; prescindiendo del motivo que es asaz bueno y suficiente. No me maravillo sino del feliz éxito de nuestra interferencia en el asunto, y del modo con que se ha conducido Colon en este negociado. Mucho temí que el alto precio en que tasaba sus servicios arruinase nuestras esperanzas.

—Y sin embargo, discutiste el punto con

la reina, cual si creyese insignificante el pedido, en comparacion de las ventajas que resultarian del viage.

—¿Y que tiene eso de extraño, amigo mio? Agotamos nuestros medios á fin de conseguir nuestros fines, y luego que nos sentimos desalentados con el esfuerzo que acabamos de hacer, empezamos á discurrir sobre el lado opuesto de la cuestion. Yo mismo me sorprendo del resultado que hemos obtenido! Respecto al Genovés, no hay duda que puede considerársele como á un hombre extraordinario, y aqui, dentro de mi corazon, creo que le asiste la justicia en exigir unas condiciones tan elevadas. Si sale con la suya, ¿quién podrá igualarle en grandeza? y si se frustran sus planes, las condiciones de nada pueden servirle, y acarrear á Castilla poquísimos daños.

—He observado, Señor de San Angel, que cuando los hombres de mérito se valuan altamente á si mismos, se encuentra dispuesto el mundo á creerlos bajo su palabra; al mismo tiempo que se halla muy propenso á mofarse de las pretensiones de los ineptos. En re-

súmen, las altas exigencias de Colon le habrán conceptuado sobremanera, pues que sus Altezas no pudieron menos de sentir que se hallaban negociando con quien tenia implícita fé en sus propios proyectos.

—No vas descaminado en tu opinion, Alonso; porque los hombres suelen apreciarnos en conformidad á lo que nos apreciamos á nosotros mismos, toda vez que nuestra conducta no desdiga de nuestras pretensiones. Pero en este Colon hay un mérito intrínseco, que le sostiene en cuanto dice y hace; en él se halla sabiduria de discurso, dignidad y gravedad de talento, con nobleza de sentimientos y de ideas. Muchas veces cuando le he oído hablar figurado me hé que estaba inspirado.

—Bien, ahora tiene ocasion de mostrar si esas inspiraciones vienen de una fuente buena ó mala, repuso el otro. Y en verdad, no siempre confio en la sabiduria de nuestras propias conclusiones.

De esta suerte, hasta estos celosos amigos del navegante discutian su carácter, cerniendo las probabilidades del buen éxito de su

empresa; pues al paso que se contaban entre sus sostenedores mas decididos, y habian manifestado el mayor interés por prestarle apoyo cuando su causa parecia desesperada, ahora que era dable se le proporcionasen los medios de demostrar la justeza de sus temas, sendas dudas y desconfianzas asaltaban sus mientes. Tal es la naturaleza humana. La oposicion espolea nuestro celo, aguza nuestra aprehension, estimula nuestra fantasia, y presta atrevimiento á nuestras opiniones; al paso que abandonados á nosotros mismos en busca de pruebas para vigorizar lo que por largo tiempo hemos sostenido bajo las contrariedades de la resistencia, empezamos á desconfiar de la justicia de nuestras propias lucubraciones, y á temer que se nos demuestre su falacia. Hasta los primeros discípulos del Hijo de Dios vacilaron mas en su fé, cuando mas proxima se hallaba la realizacion de sus predicciones; y á la mayor parte de los reformistas se les vé siempre mas dogmáticos y obstinados cuando luchan en pró de los principios que establecer pretenden; al paso que mas tímidos y titubeantes cuando ponen por

obra los proyectos que por tan largo tiempo fueran el objeto predilecto de sus afanes. En todo esto, nos seria fácil trazar la sabia prevision del Ser Inescrutable, que nos inspira el celo adecuado para vencer las dificultades, asi como nos dispensa la prudencia cuando la cautela y la moderacion se convierten en virtudes mas bien que en defectos.

Aunque Luis de San Angel y su amigo conversaban de este modo con sinceridad, no por eso habian apostatado de sus originales convicciones. Sus dudas eran pasajeras y de poca validez: siendo muy notable, que cuando estos mismos se hallaban en la presencia de Colon, el sereno, firme y profundamente basado entusiasmo de aquel hombre maravilloso, jamás dejaba de arrastrar á favor suyo, no solamente las opiniones de estos sus sostenedores decididos, sino las de cualesquiera otros que sus palabras escuchasen.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

obra las proyectos que por tan largo tiem-
 po hechas el objeto predicho de sus alabes.
 En todo esto, nos sería fácil tratar la obra
 prevista del Sr. Inscrutante, que nos in-
 dica el celo abarcado para vencer las difi-
 cultades, así como nos dispensa la prudencia
 cuando la cuenta y la modestia se con-
 vierten en virtudes más bien que en defectos.
 Así, aunque Luis de San Agustín y su amigo
 conversaban de este modo con sencillez, no
 por eso habían apostado de sus originales con-
 visiones. Sus dadas eran pasageras y no por
 eso vanidosas, siendo muy notable, por cuando
 estos mismos se hallaban en la presencia de
 Colón, el sereno, firme y prudentemente pa-
 sado en la vida de aquel hombre maravillo-
 so, jamás dejaba de atraer a la vez suyo,
 no solamente las opiniones de estos sus so-
 leñeros de la vida, sino las de los capata-
 ces de los que sus palabras escuchaban.
 En el fin del tomo primero.



